

**La construcción social de los miedos de las mujeres asociados al uso del espacio público del centro de Medellín**

Jenny Alexandra Giraldo García

Trabajo de grado presentado como requisito  
para optar al título de Magíster en Estudios Humanísticos

Asesora: Marda Zuluaga Aristizábal

Universidad Eafit  
Escuela de Humanidades  
Maestría en Estudios Humanísticos  
Medellín  
2018

**A las mujeres de mi vida: la Mamá, Andrea y Laura.**

**Al papá, que me permitió ser la mujer que soy.**

**A cada mujer que hizo y hace parte.**

## **Agradecimientos**

A las veintiocho mujeres que me acompañaron.

A las amigas y amigos, cómplices y ayudantes: Laura, Andrea, Angie, Carmen E., Alejo, Maritza, Ana María, Oriana, Lina B., Cata C.

Al ilustrador de los miedos, José Manuel Celis Vivas.

A la Corporación Región: casa vital para las preguntas sobre el miedo.

A Marda Zuluaga Aristizábal, en el rol maravilloso de asesora-amiga.

A Eafit, universidad paciente.



*EL ESTRÉPITO DE LA CIUDAD*

*es superado por un rayo de la tarde*

*El sangriento cuchillo lleva toda la soledad*

*Desgarradora corriente de los que vuelven al hogar*

*Mendigando ante la noche*

*está un duelo más negro*

Nelly Sachs

## Tabla de contenido

Introducción .....	0
Mujeres y espacio público: una relación atravesada por el miedo .....	8
El miedo: pasión, emoción y sentimiento.....	8
La construcción social del miedo: el entramado de ideas y experiencias que nos hace temer .....	14
El miedo en las ciudades: temer al otro, a lo desconocido .....	18
Experimentar, ver, imaginar: una clasificación para los miedos urbanos. ....	22
Miedos experimentados. ....	25
Miedos referenciados. ....	26
Miedos imaginados.....	26
El espacio público: la igualdad y la democracia en juego.....	27
Espacio público y género: las desigualdades en relieve.....	32
El espacio público en el centro de Medellín. ....	39
Políticas públicas para el centro de Medellín. ....	45
El género como construcción social y lo femenino como ideal privado.....	47
Las mujeres de Medellín y Antioquia: gritos de libertad en una sociedad patriarcal y conservadora.....	52
Transitar mapas activando la palabra Memoria metodológica .....	61
Característica de los grupos.....	62
Desarrollo de los grupos de discusión .....	64
Estructura general del grupo de discusión. ....	66
Descripción de actividades. ....	66
Presentación. ....	66
Intercambio de experiencias.....	67
Reflexiones finales.....	67
Cartografías colectivas .....	69
Elaboración de mapa personal. ....	70
Construcción de mapa colectivo.....	71
El lobo del miedo.....	72
Herramientas de sistematización.....	75
El centro de Medellín: ¿un territorio de miedo para las mujeres? .....	79
Habitar el centro de Medellín: usos del espacio público .....	81
Encuentro y vida nocturna. ....	86
Oferta cultural y artística. ....	89
Actividades económicas.....	93
Movilidad y transporte.....	96
La construcción de los miedos de las mujeres en el espacio público del centro de Medellín .....	98
Violencias urbanas: cuando la banda sonora del barrio es: «¡Cójanlo, cójanlo!». ....	104
Violencias de género: cuando el riesgo es ser mujer.....	117
«Acoso sexual callejero, todo el tiempo». ....	122
Un mapa de los miedos de las mujeres: «La tensión entre habitar y no habitar y el miedo de por medio». ....	127
Zona San Antonio-Niquitao: «Siento que es un lugar muy denso». ....	131

Zona parque Berrío: «Atravesar el parque Berrío es estar expuesta a una banda».....	138
Zona parque Bolívar: «Aquí cualquier cosa me puede pasar».....	146
Zona Prado Centro: «De todas las esquinas puede salir un malandrín».....	151
Parque del Periodista: «Uno no sabe quiénes son los que mandan».....	158
¿Ser mujer es tener miedo? Asociaciones entre la construcción social del género y la construcción social del miedo.....	162
Estrategias preventivas.....	171
Estrategia evasiva.....	173
Estrategia reactiva.....	174
Conclusiones.....	179
Lista de referencias.....	186
Anexos.....	192
Anexo 1. Matriz de categorías.....	192
Anexo 2. Matriz de descriptores.....	192
Anexo 3. Cartografías colectivas.....	193

## Lista de tablas

Tabla 1. Características de las participantes.....	62
Tabla 2. Actividades grupos de discusión. ....	66
Tabla 3. Categorías sobre representaciones del centro y amenazas o riesgos. ....	102
Tabla 4. Elementos que configuran las representaciones. ....	102
Tabla 5. Lista de lugares identificados por miedos experimentados, referenciados o imaginados. ....	131
Tabla 6. Estrategias de afrontamiento según las participantes de los talleres. ....	171
Tabla 7. Matriz de categorías aplicadas a los relatos escritos y orales.....	192
Tabla 8. Matriz de descriptores .....	192

## Lista de figuras

Figura 1. Mapa de la comuna 10, La Candelaria. ....	42
Figura 2. Comparativo violencias de género en Colombia.....	54
Figura 3. Mapa usado para el ejercicio individual.....	71
Figura 4. Mapa para el ejercicio colectivo de cartografía social. ....	72
Figura 5. Imágenes que representan los tipos de miedo. ....	75
Figura 6. Nube de descriptores asociados a la categoría Encuentro y vida nocturna.....	86
Figura 7. Nube de descriptores asociados a la categoría Oferta cultural y artística. ....	89
Figura 8. Nube de descriptores asociados a la categoría Historia y patrimonio.....	92
Figura 9. Nube de descriptores asociados a la categoría Diversidad.....	92
Figura 10. Nube de descriptores asociados a la categoría Actividades económicas.....	93
Figura 11. Nube de descriptores asociados a la categoría Movilidad y transporte.....	96
Figura 12. Nube de descriptores asociados a la categoría Sentimientos aversivos. ....	98
Figura 13. Ejemplo de noticia sobre la inseguridad y los robos en el centro.....	107
Figura 14. Ejemplo de noticia sobre la inseguridad y los robos en el centro.....	107
Figura 15. Ejemplo de noticia sobre la inseguridad y los robos en el centro.....	108
Figura 16. Infografía sobre la inseguridad y los robos en el centro.....	108
Figura 17. Noticia sobre asesinatos en Medellín en 2017. ....	112
Figura 18. Noticia sobre muertes violentas en Medellín en los últimos tres años.....	112
Figura 19. Noticia sobre asesinatos en Medellín. ....	113
Figura 20. Noticia sobre presunto abusador en Medellín. ....	119
Figura 21. Noticia sobre violaciones en Medellín.....	120
Figura 22. Noticia sobre mujer abusada por habitantes de calle en Medellín. ....	122
Figura 23. Localización de los miedos de las mujeres en el centro de Medellín.....	128
Figura 24. Noticia sobre hurtos en el centro de Medellín.....	135
Figura 25. Noticia sobre hurtos en el centro de Medellín.....	135
Figura 26. Noticia sobre asaltantes mujeres en Bogotá.....	140
Figura 27. Noticia sobre el hurto en Medellín. ....	141
Figura 28. Artículo sobre hurto en Medellín. ....	144
Figura 29. Titular de operativo a zonas de consumo de drogas en Medellín.....	149
Figura 30. Titular de operativo a zonas de consumo de drogas en Medellín.....	149
Figura 31. Titular de operativo a zonas de consumo de drogas en Medellín.....	150
Figura 32. Noticia sobre intervención del Estado en zonas de consumo de drogas en Medellín. .....	151
Figura 33. Noticia sobre el cambio de usos del suelo en el barrio Prado Centro de Medellín. .....	153
Figura 34. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 1.....	193
Figura 35. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 2.....	194
Figura 36. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 3.....	195
Figura 37. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 4.....	196

## Introducción

La pregunta que da origen a esta investigación está atravesada por las relaciones entre tres conceptos que se definen a partir de representaciones y construcciones sociales: el **género** —de forma particular el género femenino—, el **miedo** y el **espacio público**. Siendo el **género** —masculino/femenino— una categoría que permite explicar la construcción social, simbólica, histórica y cultural de lo que significa ser hombre o mujer (Hernández García, 2006); entendiendo el **miedo**, más allá de su definición biológica, como una construcción sociocultural, puesto que «los temores cambian según el tiempo y los lugares en relación con las amenazas que abruma» (Delemeau, 2001, p. 13); y comprendiendo el **espacio público**, además de la infraestructura urbana, como el resultado de flujos e interacciones que se presentan entre los ciudadanos que lo recorren o habitan y, como expresa Manuel Delgado, con «la tarea estratégica de ser el lugar en el que los sistemas nominalmente democráticos ven o deberían ver confirmada la verdad de su naturaleza igualitaria» (Delgado, 2011, p. 27). Con dichos conceptos se propone una indagación por las formas en las que estos se entrecruzan para explorar posibles respuestas a la pregunta de investigación: ¿De qué maneras se construyen y afrontan los miedos asociados al espacio público que experimentan las mujeres en el centro de la ciudad de Medellín?

En las ciudades se siente miedo; hay una serie de relatos, de personajes, de espacios, que van configurando un mapa de amenazas, de temores y de riesgos para las personas que las habitan. En Latinoamérica, varios autores —autoras, de manera particular— han dedicado numerosas investigaciones a esa exploración: los miedos urbanos o los miedos en las ciudades. En Medellín, por ejemplo, el trabajo *Rostros del miedo* nos entregó una guía para

reconocer cuál es esa ciudad temida, en dónde se ubica, cuáles vestigios dejó el narcotráfico en forma de «rostros» que representan un temor, infundado o no; también ese estudio permitió ver la relación entre conflicto armado y miedo, entre pobreza y miedo, entre religión o misticismo y miedo; llegando a la conclusión de que la sociedad de riesgo construye una ciudadanía del miedo. Pero, destaca este trabajo, realizado por tres mujeres de la Corporación Región en 2001, que además del miedo circundante, están la resistencia y las múltiples estrategias ciudadanas para no huir. Asimismo, autoras como Soledad Niño, Alicia Entel, Susana Rotker, Teresa Pires o Rossana Reguillo, han escudriñado y caracterizado los miedos en sus ciudades: Bogotá, Buenos Aires, Caracas, São Paulo y México, respectivamente. Curiosamente, todas ellas mujeres; lo que conduce a otras preguntas: ¿por qué, de manera particular, se interesan las mujeres por el miedo? ¿Acaso la construcción de la subjetividad femenina predispone a las mujeres a sentir miedo y a interrogarse por él?

Sin embargo, estos estudios no ponen el lente de manera particular sobre las mujeres. Ellas aparecen como un dato estadístico, una población que es tenida en cuenta en términos de porcentaje; por ello, esta tesis busca indagar de manera más detallada los miedos de las mujeres en las ciudades, tomando como espacio geográfico de referencia el centro de la ciudad, en tanto este se nos presenta como una suerte de «resumen» de lo que en una ciudad acontece. Según registraron algunos medios, 2017 fue el año del feminismo. La razón fue el movimiento que, como si de una nueva ola se tratara, empieza a hacerse visible cada vez con más fuerza: el movimiento de la denuncia. Y en medio de esa ola que se levanta, prácticas normalizadas a lo largo de la historia hoy también son señaladas y denunciadas; un ejemplo pertinente a esta investigación: el acoso callejero. Su normalización evidencia que sí hay una forma particular de relación entre las mujeres y las calles, que las posibilidades de un habitar

urbano están condicionadas por prácticas que han construido las relaciones entre los géneros, de ahí que las luchas de las mujeres para ocupar el espacio público hayan dado lugar a fuertes movimientos históricos para la conquista y reivindicación de sus derechos y libertades: el voto y la educación, por ejemplo, son conquistas de las mujeres que ocurren tras manifestaciones que se dan en la calle. Ahí se inscribe entonces este trabajo, que tiene por objetivo central: analizar las formas en las que un grupo de mujeres construye y afronta sus miedos con relación al uso del espacio público en el centro de la ciudad de Medellín; propósito que se logra mediante tres objetivos específicos:

1. Reconocer las principales zonas del centro de Medellín que representan riesgos desde la perspectiva de mujeres que lo habitan o transitan cotidianamente.
2. Identificar acciones individuales o colectivas a través de las cuales las mujeres afrontan los miedos asociados al uso del espacio público.
3. Describir las formas en las que un grupo de mujeres ha construido los miedos asociados al uso del espacio público.

¿Y para qué estudiar los miedos de las mujeres en el espacio público? Si la historia de las mujeres en el espacio público ha estado determinada por restricciones, tensiones y luchas, y muchas de las ideas asociadas a la construcción social del género femenino están marcadas, precisamente, por el lugar que en dicha construcción ocupa el uso y la habitación del espacio privado, tiene sentido pensar que estos miedos se van conformando de manera diferenciada y que las estrategias para hacerles frente también son distintas para cada género. Y vale la pena estudiarlos, darles lugar en la necesaria reflexión sobre los miedos en las ciudades y en la creciente e indispensable reflexión sobre el lugar de las mujeres en las ciudades, ya al margen de ese habitar íntimo, sin desconocer que esas construcciones de lo femenino en el ámbito privado tienen estrecha relación con las formas de ser mujer de puertas

para afuera. Por último, este estudio tiene sentido para seguir combatiendo los miedos de las mujeres en el espacio público, esos que las obligan a cambiar sus rutas, a mantenerse encerradas, a seguir obedeciendo a los dictámenes de lo que se ha creído que para ellas es natural: el encierro. Por ello, el análisis aquí presentado recurre al paradigma feminista, pues es desde allí desde donde se visibiliza el género como una estructura de poder (Cobo Bedia, 2014, p. 8), permitiendo revisar una faceta de un tema ya ampliamente trabajado, pero con un lente específico que nos permita adquirir una perspectiva crítica, tomando en cuenta el enfoque de género. Explica Rosa Cobo Bedia que «la teoría feminista pone al descubierto todas aquellas estructuras y mecanismos ideológicos que reproducen la discriminación o exclusión de las mujeres de los diferentes ámbitos de la sociedad»; así, desde este punto de vista, la investigación pretende precisar cuáles son y cómo se construyen los miedos de las mujeres a partir de las relaciones particulares que ellas tienen con el espacio público.

El primer capítulo, «Mujeres y espacio público: una relación atravesada por el miedo», corresponde al marco teórico y al contexto de esta investigación. Partiendo de las perspectivas de diferentes autores, se define el miedo como pasión, emoción y sentimiento, se aborda su construcción social, cómo se da en las ciudades y se exponen tres categorías que fueron útiles para el análisis: miedos experimentados, referenciados e imaginados. También se hace un acercamiento al concepto de espacio público como escenario de interacciones y relaciones, además de las desigualdades de género que se presentan en este; y se ubica el contexto del espacio público en el centro de Medellín para comprender mejor el territorio del cual se está hablando. Por último, en este capítulo se plantea la noción de género como construcción social y cómo ha sido tal construcción en la sociedad antioqueña, reconociendo que este es uno de los departamentos colombiano con mayores índices de violencias y asesinatos contra

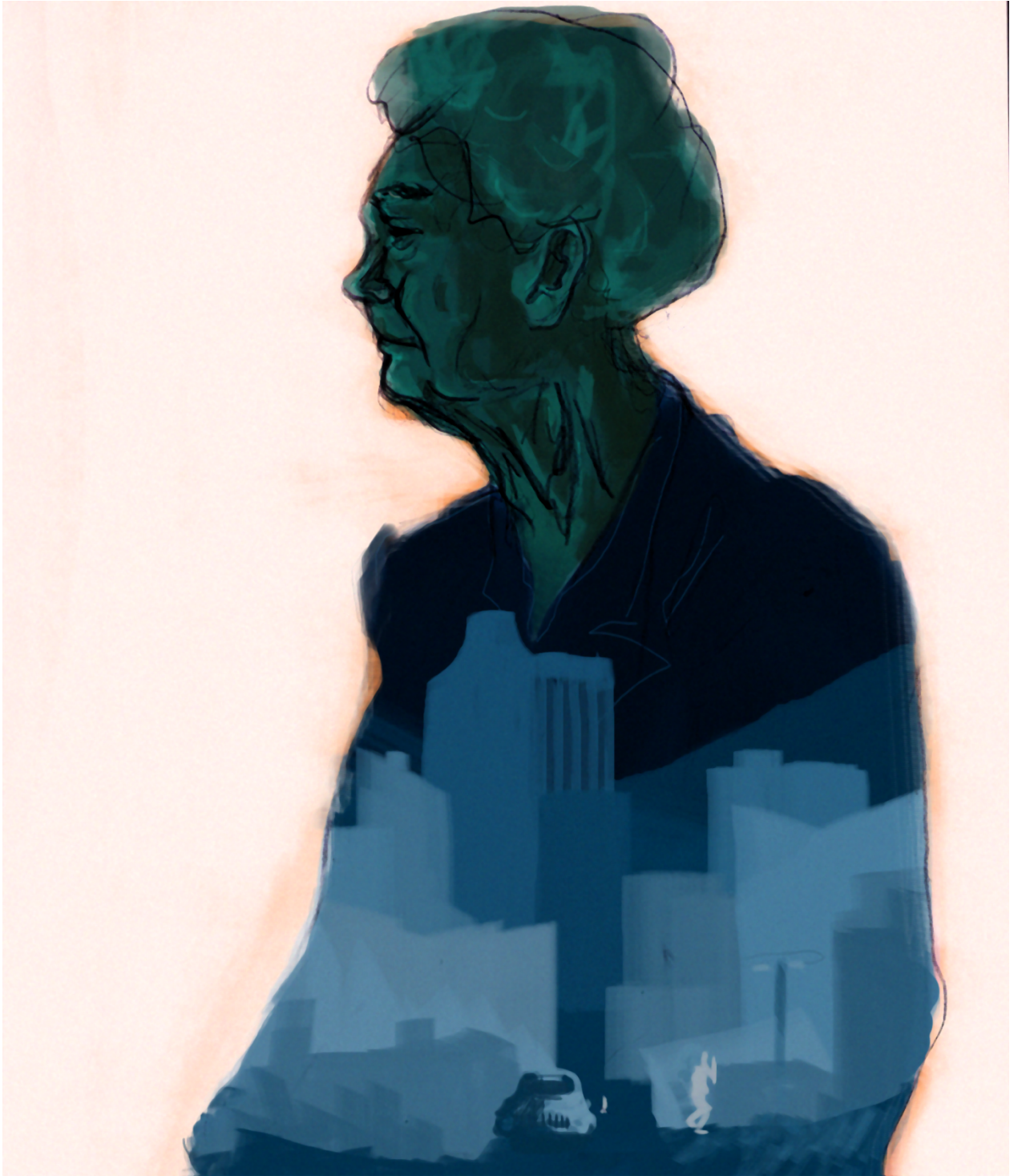
las mujeres y que en la denominada «cultura antioqueña» el machismo sigue ocupando un lugar importante en la construcción de las relaciones de género, dando lugar preponderante a la mujer como sustento de la familia y el hogar y limitando su condición al ámbito doméstico, a las tareas asociadas a la maternidad y a la importancia de su aspecto físico, restringiendo con ello el goce efectivo del derecho a la ciudad, la ocupación del espacio público o la participación política.

El segundo capítulo, «Transitar mapas activando la palabra», está dedicado a la memoria metodológica. Se exponen las características de las 28 mujeres convocadas para la investigación, todas ellas con edades entre los 25 y los 40 años y con alguna relación con el centro de Medellín, bien sea porque sus viviendas están ubicadas allí, porque acuden cotidianamente a sus lugares de trabajo o porque lo frecuentan para actividades culturales y de esparcimiento. Se detallan las dos técnicas usadas para la recolección de información: grupos de discusión y cartografías; con ellas, tuvieron lugar los relatos escritos, los mapas individuales y colectivos y un espacio amplio de conversación e intercambio de ideas. Por último, se exponen las herramientas de sistematización, que en este caso fueron una matriz de categorías, una matriz de descriptores y un mapa.

Finalmente, el tercer capítulo «El centro de Medellín: ¿un territorio del miedo para las mujeres?», se centra en el análisis de la información recolectada. En primer lugar, se describen las formas en las que este grupo de mujeres se relaciona con el territorio; el segundo subcapítulo habla de la construcción social de los miedos en el espacio público del centro, partiendo de dos tipos de violencias identificadas: las urbanas y las de género. Luego, se presenta el mapa de los miedos de las mujeres, señalando las cinco zonas identificadas por ellas: San Antonio-Niquitao, parque Berrío, parque Bolívar, Prado Centro y parque del

Periodista. Y para cerrar este capítulo, se exponen las asociaciones entre la construcción social del género y la construcción social del miedo.

A través de las comprensiones teóricas sobre miedo, espacio público y género y del análisis de relatos y testimonios que dan cuenta de representaciones y experiencias de un grupo de mujeres que habitan el centro de Medellín, se espera entonces dar respuesta a las preguntas que se han planteado para encarar esta investigación: ¿a qué le temen las mujeres cuando salen a las calles de sus ciudades?, ¿de qué forma es posible hacerle frente a esos miedos? También, es esta la oportunidad para abrir nuevos debates con relación a las implicaciones de las construcciones de género en nuestra sociedad: ¿podemos aprender a ser mujeres sin miedo?



*Miedo de las gentes*

*me parece que las gentes afuera me esperan*

*con la boca abierta*

*con tremendos dientes para devorar mi vida*

Helí Ramírez

## Mujeres y espacio público: una relación atravesada por el miedo

### El miedo: pasión, emoción y sentimiento

¿Qué es el miedo?, ¿cómo se siente?, ¿a qué se le teme? En muchos casos, es lo desconocido lo que configura esa dimensión terrorífica; el pánico surge al estar por fuera de la comprensión y el conocimiento, la incertidumbre frente a lo posible genera en el ser humano una sensación de angustia, un sentimiento de miedo. «Si fuera posible conocer lo que nos aguarda más allá de la muerte, ninguno de nosotros tendría miedo a morir», decía uno de los artilleros del ejército ruso de la novela *Guerra y paz*, de León Tolstói (1869). Pero en la literatura, el miedo se asocia también de manera directa al terror y al misterio; allí se concentran situaciones que producen miedo y personajes que lo generan o lo sienten. En *El corazón delator*, de Edgar Allan Poe, por ejemplo, tanto el protagonista como su víctima son presas de este sentimiento en diferentes momentos del relato, sentir que se manifiesta en reacciones físicas como un corazón de latir precipitado, un aumento en la velocidad de las acciones, en el volumen de la voz, movimientos repetitivos y la escucha de sonidos que bien podrían haber existido solo en su imaginación. Así actúa el miedo:

Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento. El espanto del viejo tenía que ser terrible. ¡Cada vez más fuerte, más fuerte! ¿Me siguen ustedes con atención? Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el terrible silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquel me llenó de un horror incontrolable. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido

crecía cada vez más fuerte, más fuerte! Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... (Poe, 1843)

Diversos planteamientos sobre el miedo hablan de este como una emoción, como una pasión o como un sentimiento; para algunos autores estas definiciones no son mutuamente excluyentes y los límites entre unas y otras pueden llegar a ser difusos; se habla del miedo como emoción-sentimiento, pues se experimenta en el cuerpo y se manifiesta a través de reacciones biológicas, pero también se construye, puesto que proviene de la socialización y de la cultura.

Antes de hablar del miedo como emoción es necesario clarificar este concepto: «Las emociones son programas complejos de acciones, en amplia medida automáticos, [estas] se llevan a cabo en nuestros cuerpos, desde las expresiones faciales y las posturas, hasta los cambios en las vísceras y el medio interno» (Damasio, 2010, p. 175). El autor, quien ha dedicado gran parte de su trabajo a este tema —y a la diferenciación entre emoción y sentimiento— incluye al miedo en la categoría de *emoción primaria básica*, «fácilmente identificables en los seres humanos de numerosas culturas y también en especies no humanas» (Damasio, 2010, p. 175). Sin embargo, y aunque Damasio también identifica la categoría de *emoción social* y no incluye al miedo en ella, otras acepciones de la emoción permiten mirarla de forma más amplia, comprendiendo que en esta también están presentes las dimensiones social y cultural:

La emoción, entonces, puede definirse como el aspecto «cargado de energía» de la acción, en el que se entiende que implica al mismo tiempo cognición, afecto, evaluación, motivación y el cuerpo. Lejos de ser presociales o preculturales, las

emociones son significados culturales y relaciones sociales fusionados de manera inseparable, y es esa fusión lo que le confiere la capacidad de impartir energía a la acción. Lo que hace que la emoción tenga ese «energía» es el hecho de que siempre concierne al yo y a la relación del yo con otros situados culturalmente [...] Sin duda la emoción es un elemento psicológico, pero es en mayor medida un elemento cultural y social: por medio de la emoción representamos las definiciones culturales de personalidad, tal como se las expresa en relaciones concretas e inmediatas, pero siempre definidas en términos culturales y sociales. (Illouz, 2007, p. 15)

Uno de los referentes teóricos más importantes al hablar del miedo es Jean Delemeau, historiador francés, quien indica que el miedo es natural, ambiguo e inherente a nuestra naturaleza: «Es una muralla esencial, una garantía contra los peligros, un reflejo indispensable que permite al organismo escapar provisionalmente a la muerte» (Delemeau, 1987, p. 23). En términos fisiológicos, nos dice el mismo autor que se trata de una *emoción choque* que se manifiesta a través de reacciones biológicas, corporales. Tomando en cuenta lo anterior, se entiende que el miedo haya operado en la historia de la humanidad como un factor para la «toma de conciencia de los peligros que sucesivamente se presentaron en el camino» (Delemeau, 2001, p. 17). Carlo Mongardini lo refiere así: «El miedo es tal vez la emoción más primitiva y más incontrolable [...] constituye un elemento fundamental del ánimo humano y uno de los componentes de cualquier forma de asociación» (Mongardini, 2007, p. 9). Este carácter emocional del miedo también lo vincula a lo sagrado, «[que] revive y se polariza en las emociones más profundas y en las relaciones más intensas de la humanidad y proporciona también un modo de ritualizar el miedo y atribuirle un significado social concreto» (Mongardini, 2007, p. 12). Se traza aquí ese tránsito entre los aspectos biológico, psicológico y

sociocultural que pueden definir el miedo: el cuerpo advierte, a través de señales concretas, que se está ante una situación peligrosa, bien sea porque se desconoce o porque ya se han experimentado las consecuencias de una situación igual o similar; ante tal advertencia, se toman decisiones que permiten, en algunos casos, evitar el peligro, mientras que en otros se opta por asumir los riesgos. Pero, sea cual sea el caso, ¿de dónde proviene eso a lo que tememos?, ¿dónde y cómo aprendimos los miedos que nos generan tales reacciones? Es allí donde entran a jugar las dimensiones sociales y culturales a partir de las cuales se construyen los significados concretos de los que habla Mongardini. Al ser identificados los riesgos o los peligros, el cuerpo da la alerta. Y así opera lo que podríamos llamar el círculo del miedo.

La filosofía también ha hecho su parte. Spinoza define el miedo como «una tristeza inconstante, aunque nacida de una cosa dudosa» (como es citado por Bodei, 1995, p. 73). El miedo, para Spinoza, es una pasión, de allí que se presente como incontrolable, impetuoso, destructible, contagioso e intratable. Como pasión, el miedo implica «la duda, la vacilación, la incertidumbre, la turbulencia negativa, el peligro o la espera de salvación [...] la conciencia de encontrarse delante de potencias, hombres y acontecimientos inescrutables, más fuertes que la resistencia que se les puede oponer» (citado por Bodei, 1995, p. 73). Esas potencias, hombres o acontecimientos podrían verse representados en la figura del Leviatán, y en su autor se encuentra otro de los aportes de la filosofía a la construcción de la noción del miedo. María Teresa Uribe de Hincapié hace una lectura del miedo en Hobbes:

El miedo hobbesiano, esa pasión humana que explica la guerra y la paz, que es el principio estructurante del orden político y de la soberanía del Estado, es un miedo esencialmente moderno; miedo a los otros hombres en tanto que son libres e iguales; miedo racional que calcula, prevé y obra en consecuencia; miedo que se representa y

se imagina lo que el otro puede hacer, porque todos tienen las mismas pasiones y deseos. (Uribe de Hincapié, 2001, p. 31)

Para hablar del miedo como un sentimiento —acepción que se entrecruza fuertemente con la del miedo como emoción—, en primer lugar, se requiere de claridad sobre la noción de sentimiento que, como explica Damasio, tiene su origen en la emoción misma y, por tanto, en la actividad cerebral: «el ciclo emoción-sentimiento tiene su inicio en el cerebro con la percepción y la valoración de un estímulo potencialmente capaz de causar una emoción, y el desencadenamiento consiguiente de la emoción». Ese desencadenamiento regresa a otras zonas del cerebro y así se produce el sentimiento. En otras palabras, cuando se toma consciencia de la emoción, es posible sentirla (Damasio, 2010, p. 177).

José Antonio Marina describe los rasgos comunes que comparten los sentimientos: son un *balance consciente de nuestra situación*; constituyen una *experiencia cifrada* en muchos casos difícil de definir por el sujeto que siente; son *fenómenos transaccionales* que no necesariamente atienden a la cadena causa-efecto; e *inician una nueva tendencia*, movilizan al sujeto y modifican su punto de atención (Marina, 2006, p. 16). También Agnes Heller ubica el miedo como un sentimiento, afirmando que es uno de los más expresivos. Para ella, las fuentes del miedo son la experiencia personal y la experiencia social, es decir, la que se comunica; y en el caso del miedo, de manera particular, la experiencia juega un papel mucho mayor que en los demás sentimientos (Heller, 1999, p. 103).

Otro aporte que hace Heller a esta comprensión del miedo como sentimiento es la caracterización que elabora de los afectos<sup>1</sup> atribuyéndoles una serie de rasgos que es posible

---

<sup>1</sup> Afecto y sentimiento son términos usados indistintamente por la autora.

encontrar en la constitución del miedo. Por ejemplo, su carácter expresivo; el hecho de que este no se encuentre dirigido a un objeto específico —no sabemos exactamente cuál será el objeto de ese miedo, podemos temerle a algo, prever algunas consecuencias, pero en realidad, no sabemos hacia donde se dirige nuestro miedo—; que la tensión que este produce puede ser buscada por decisión del sujeto —la búsqueda de experiencias extremas, por ejemplo, provoca intencionalmente el miedo—; que puede disminuir con el hábito, o cuando, intencionalmente o no, la atención se aparta del objeto que lo produce; el miedo puede ser reprimido por otro sentimiento, como la rabia o la curiosidad —que para Heller también se ubican en la escala de los afectos—. También pasa que un objeto puede reprimir el sentimiento frente a otro objeto, es decir, si algo le produce miedo, pero se encuentra con algo que le produce un miedo mayor, el primer miedo puede quedar reprimido; los sentimientos son contagiosos y esa es su propiedad más peligrosa, con el miedo vemos cómo se pueden generar pánicos colectivos que pueden tener graves consecuencias. También señala Heller, que los sentimientos no son vinculantes en sí mismos, como sí lo es la acción que se deriva de este; y un rasgo del sentimiento fundamental para entenderlos como construcciones sociales es el carácter universal de estos y de su expresión pura, siendo esta modificada por el carácter social de cada cultura:

Ninguna cultura desconoce la expresión del miedo (y el miedo mismo [...]) Debo añadir que la expresión de los afectos puede modificarse (idiosincráticamente) a pesar del carácter universal de los afectos (y de la expresión de los afectos). Sin embargo, esas modificaciones son consecuencia de emociones secundarias, de emociones cognoscitivo-situacionales construidas sobre los afectos. Si reprimimos la rabia intencionadamente, ya no tenemos una expresión «pura» de rabia, la expresión cambia.

Las prescripciones sociales relativas a los afectos, y además las decisiones y preferencias individuales, pueden disminuir la intensidad de la expresión, y el hábito o práctica de reprimir la expresión puede llegar muy allá. (Heller, 1999, p. 96)

Es a partir de la comunicación o la socialización que incide en la consciencia de nuestras emociones y, por lo tanto, en la elaboración de nuestros sentimientos, que podemos hablar de la construcción social del miedo; por ello, en este trabajo, más que pasión o emoción, será la noción de sentimiento a la que se hará referencia al hablar del miedo.

### **La construcción social del miedo: el entramado de ideas y experiencias que nos hace temer**

En el cuento «La idea que da vueltas», de Gabriel García Márquez, se expande un rumor: «algo grave va a suceder en este pueblo». Nadie sabe qué, pero ya todos hablan de ello y toman medidas preventivas que van desde abastecerse lo suficiente para no pasar hambre durante la tragedia, hasta tomar las pertenencias y subir a una carreta para huir antes de que pase eso tan grave que todos están esperando. Una vez el rumor está instalado en todos los habitantes del pueblo, aunque todo transcurre en completa normalidad, todos, contagiados por el miedo, empiezan a ver con sospecha el calor habitual de las dos de la tarde o el canto cotidiano de un inofensivo pájaro. Todo se torna peligroso, todo es una amenaza. Finalmente, el pueblo es abandonado y sus mismos habitantes, para evitar que la tragedia destruya lo que queda, deciden incendiarlo. Efectivamente, algo muy grave ocurrió en el pueblo. El rumor se coló en cada casa; sin tener muy claro a qué o a quién temerle, toda la población se movilizó, generando ella misma la catástrofe. Así opera también el miedo: se contagia, se expande a través de rumores, imaginarios colectivos, hace uso de diferentes medios para su propagación

hasta llenar todas las rendijas que le sean posibles y obligar a quienes lo sienten a tomar alguna determinación, a movilizarse, aquietarse o esconderse.

La construcción social del miedo responde a las representaciones que tenemos sobre eso que puede hacernos mal. Georges Duby relata cinco grandes miedos de la sociedad medieval que se extienden hasta la actualidad; quizás con otros empaques, formas o nombres, pero que se conservan en su esencia. El miedo a la *miseria*, que de las hambrunas aniquiladoras del año 1000 (Duby, 1997, p. 26) pasó a convertirse en el miedo al desempleo, a descender en la escala social, a no satisfacer necesidades básicas o a no dar un lugar privilegiado a la familia (Entel, 2007, p. 52). Luego está el miedo a las *epidemias*: la peste negra, las altísimas tasas de mortalidad, las condiciones poco higiénicas de los primeros siglos del pasado milenio; más adelante la lepra, hoy el sida (Duby, 1997, p. 88). Se trata de un miedo que se mantiene y que corre el riesgo de contagiarse por la vía del rumor y las noticias: agujas infectadas de VIH en los teléfonos públicos o sobres con el virus del Antrax en los aeropuertos son algunos de los relatos que en los últimos años han contribuido a la expansión de este miedo. El *más allá* es otro de esos miedos identificados por Duby; podría compararse con el miedo a la muerte, o el miedo fundamental del ser humano, como lo llamaría Delemeau (2001, p. 11); sin embargo, en aquellos siglos, el carácter ceremonial de la muerte permitía que esta fuera concebida como un tránsito; así que ese más allá era más bien el infierno o lo desconocido para el alma después de la desaparición del cuerpo (Duby, 1997, p. 124). El miedo a la *violencia* es otro que se ha presentado a lo largo de los siglos; de una guerra brutal se fue transitando hacia ciertos códigos para su contención; sin embargo, hoy, a pesar de su control y tecnificación, la violencia sigue siendo una de las grandes amenazas y fuentes de miedo para el ser humano. Por último, vinculado a la violencia, está

el miedo al *otro*, un miedo que se conserva en las sociedades contemporáneas: «El hombre medieval teme sobre todo al pagano, al musulmán y al judío, infieles que debe convertir o destruir; pero desconfía también del otro, su vecino» (Duby, 1997, p. 51). Y el *otro* es temido por razones colectivas, por las dimensiones sociales y culturales que actúan en el proceso de construcción del miedo, que es: «una experiencia *individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida*... La sociedad es la que construye las nociones de riesgo, amenaza, peligro y genera modos de respuesta estandarizada» (Reguillo, 2001, p. 189). El miedo a la violencia, mencionado anteriormente, no es un miedo que nazca en la soledad; es, por el contrario, un miedo construido socialmente, tiene que ver con la existencia de un actor que violenta, que invade, que atropella, que vulnera. Hordas de saqueadores, invasores que destruían, secuestraban mujeres, robaban ganado, esos eran los otros de los siglos x y xi; hoy, la figura del extranjero, del extraño, de ese que no pertenece al grupo social, sigue siendo un factor generador del miedo humano. De hecho, «en la ciudad no se teme a la naturaleza, sino a los otros» (Borja, 2003, p. 203). Y en palabras de Delemeau (1978): «El miedo es, en este caso, el hábito que se tiene, en un grupo humano, de temer a tal o cual amenaza (real o imaginaria)» (p. 29). Cabe entonces preguntarse, en el marco de esta investigación: ¿quiénes son los otros amenazantes para las mujeres?, ¿de dónde surge la idea de que esos otros podrían hacer daño y, por lo tanto, producen miedo en ellas?

«El miedo habita la ciudad, recorre sus calles, sus gentes, las prácticas sociales y los imaginarios» (Jaramillo, Sánchez & Villa, 2003, p. 12); es decir, el miedo hace presencia en el espacio público a través de múltiples factores que, debido a las experiencias vividas o a las ideas construidas alrededor de ellos, se convierten en amenazas y desencadenan el miedo de los habitantes de una ciudad. Construimos *imaginarios urbanos maléficos* a través de

condiciones y situaciones objetivas que están ligadas a la realidad comprobable, como estadísticas e informes; de cualidades subjetivas, que surgen de lo que nos cuentan que sucedió a otros, de los estereotipos o de los rumores sobre la violencia urbana; y, por último, de las informaciones difundidas por los medios de comunicación (Fuentes Gómez & Rosado Lugo, 2008, p. 102). El factor de los medios de comunicación es fundamental en la construcción social de los miedos. Y además de los medios tradicionales o *mass media* — prensa, radio, televisión e internet—, habría que agregar el papel del rumor, el relato oral y la memoria, pues los miedos son contagiosos y requieren de medios para transmitirse. En el año 1000, explica Duby (1997), a pesar de no existir ya el peligro de los vikingos o los húngaros que llegaron a Europa tiempo antes, se mantenía «viva la memoria y, por lo tanto, la inquietud» (p. 52). Para los siglos xx y xxi, nos explica Barbero (2003), por acción de los medios de comunicación (especialmente la televisión), «el terror circula de punta a punta de la geografía». Así, muchos de los miedos que pertenecen al lugar del imaginario social se configuran a través de mensajes noticiosos que advierten de manera repetida sobre los peligros de ciertos lugares o de ciertos estereotipos:

La prensa ubica los lugares donde ocurren las noticias relativas a la inseguridad y la violencia urbana y, al hacerlo en forma reiterada, contribuye a formar imágenes de la ciudad, estigmatizando a espacios y personas que habitan en ellos. (Fuentes & Rosado, 2008, p. 105)

Lo que esa construcción social del miedo significa lo resumen claramente Jaramillo et al. (2001):

Los sujetos aprenden cuándo, cómo, a qué o a quién temer y cómo responder a través de diversas fuentes que incluyen la experiencia propia y la de otros, los espacios cotidianos de socialización, las representaciones que circulan en los medios de comunicación, las agendas globales que señalan cuáles son los problemas cruciales para la sociedad, los sentidos y creencias desde los que se construyen sentidos sociales. (p. 14)

### **El miedo en las ciudades: temer al otro, a lo desconocido**

El protagonista del cuento «¿Fue un sueño?», de Guy de Maupassant (1887), es aniquilado por el miedo que siente en el cementerio: «Yo estaba solo, completamente solo. De modo que me acurrugué debajo de un árbol y me escondí entre las frondosas y sombrías ramas. Esperé, agarrándome al tronco como un náufrago se agarra a una tabla». En el cementerio ocurre lo inesperado, los muertos se levantan a contar sus verdaderas historias; la oscuridad, el descuido del lugar y la soledad se suman a la fórmula para sentir miedo. Así, en las ciudades, son estas mismas condiciones las que posibilitan que se instalen los «miedos urbanos»: pasajes solitarios, iluminación precaria, suciedad y fetidez aportan a la construcción de imágenes de ciudad para ser temidas. Y el miedo, como al personaje del escritor francés, nos paraliza; así, cuando este sentimiento se apodera de la ciudadanía, esta puede quedar adormecida, sucumbir ante los agentes que lo producen y optar por el encierro, la segregación o el exilio. O puede, al contrario, actuar colectivamente, no permanecer *sola, completamente sola*, y apoderarse de ese territorio urbano y gozar, efectivamente, del derecho a la ciudad que apenas se empieza a comprender.

Como constante sociocultural, identificada por Rossana Reguillo (2000), existe una «profunda necesidad de “nombrar” los miedos, es decir, encontrar la manera de explicar, de acuerdo con la racionalidad en juego, los miedos experimentados» (p. 191). De esa necesidad de crear un nombre y de darle rostro a los miedos nacen trabajos dedicados a la exploración de lo que en las ciudades se configura como agentes del miedo. Alicia Entel (2007) recoge en su libro *La ciudad y los miedos* los hallazgos de Guadalupe López en un sector de la ciudad de Buenos Aires e identifica allí el miedo a la inseguridad, cuyo foco estaba en los jóvenes del barrio (p. 51), en la soledad y en la oscuridad de las calles, los tres agentes dan como resultado el miedo a sufrir un atraco (p. 53). Siguiendo en la línea de Reguillo (2000), «otro efecto producido por el miedo era la búsqueda constante de un culpable» (p. 55); de allí surgen entonces algunos personajes estigmatizados y señalados como peligrosos: el «villero»<sup>2</sup>, el «barra brava»<sup>3</sup>, el que piensa diferente, el policía, el adicto y los jóvenes, entre otros (p. 57).

En Medellín han sido identificadas figuras que encarnan el terror de las comunidades: atracadores, habitantes de calle, travestis, sicarios, narcotraficantes, paramilitares, militares y guerrilleros, jóvenes desempleados, y drogadictos también aparecen en el imaginario colectivo como fuentes de amenaza. «Desde la perspectiva de la alteridad, se trata de leer, en los rostros del miedo, la forma como se construye ese Otro amenazante y las múltiples relaciones de inclusión y exclusión social y simbólica que se tejen a su alrededor» (Jaramillo *et al.* 2003, p. 67); porque la idea del otro amenazante también se transforma. En la década de los ochenta del siglo xx, para dar un ejemplo, se hablaba en Colombia de escuadrones de

---

<sup>2</sup> En Argentina, habitante de las «villas», sectores populares, marginales y altamente poblados, generalmente ubicados en las periferias de los barrios centrales de las ciudades.

<sup>3</sup> Integrantes de barras de fútbol a quienes se asocia con actos vandálicos y, en algunos casos, delictivos.

la muerte, cuya acción consistía en exterminar a los considerados «desechables»<sup>4</sup>, como atracadores, prostitutas, ladrones o viciosos; cierto ordenamiento social y político hizo de ellos figuras peligrosas, rostros del mal. Sin embargo, en otros ordenamientos sociales, policías, jueces o políticos son los que encarnan el peligro. También, como producto de procesos culturales, se transforman las percepciones y los imaginarios frente a los sujetos: hoy, por ejemplo, son evidentes los esfuerzos por mantener una idea positiva sobre el lugar de los jóvenes en la sociedad, generando así una imagen distinta sobre ellos.

Las mujeres, explica Delemeau, han sido consideradas «agentes de Satán», seres impuros e indescifrables a los cuales se les ha temido y, por lo tanto, se han confinado, eliminado y menospreciado. A lo largo de la historia, las ideas que las sociedades han tenido frente a las mujeres también se han transformado. Hoy cabe preguntarse si los miedos que las mujeres siguen experimentando —tanto en los espacios públicos como privados— surgen de amenazas conscientes por parte de quienes han pertenecido al orden establecido que siempre les ha temido y las ha controlado. Ese orden es el de los sistemas patriarcales, que ha privilegiado al género masculino y ha encontrado en el miedo una estrategia poderosa para mantener al margen al género femenino, para mantener a las mujeres en *cautiverio*, categoría que, explica Marcela Lagarde (1990): «sintetiza el hecho cultural que define el estado de las mujeres en el mundo patriarcal: se concreta políticamente en la relación específica de las mujeres con el poder y se caracteriza por la privación de la libertad» (p. 151). La ecuación no es compleja: si hay un orden cultural y político al que le es funcional que las mujeres no estén en el espacio público o en los escenarios políticos, el miedo es una efectiva herramienta para lograr tal propósito; el temido pasa a ser atemorizado y, de esta forma, se neutraliza.

---

<sup>4</sup> Desechable es una expresión peyorativa empleada en Colombia que hace referencia a las personas en situación de calle o indigencia.

En el ejercicio de nombrar los miedos en las ciudades no solo aparecen las figuras amenazantes. También aparecen zonas, sectores urbanos que se estigmatizan y que son señalados como peligrosos para el tránsito o la permanencia. Soledad Niño (1998) identifica algunos estereotipos de lugares que se presentan como productores de miedos en la ciudad de Bogotá; las características que suelen configurar dichos espacios están relacionadas con el encierro, la congestión, la suciedad, la oscuridad, la fealdad y la presencia de sujetos similares a los que identifican en Medellín Jaramillo *et al.* (2003, p. 87) como rateros, prostitutas, drogadictos y «gente rara o desconocida». Junto al miedo a usar el espacio público, vienen las estrategias para evitar hacer uso de este. Teresa Pires llama a este fenómeno la «implosión de la vida pública moderna» y se refiere a las barreras físicas con las que se encierran y aíslan los espacios urbanos. Como estrategia de seguridad, dichas delimitaciones físicas tienen afectaciones sobre la circulación y el uso de transporte público, calles, parques y, en general, de todos los espacios públicos; es decir, en lugar de otorgar a los habitantes mayor confianza y sensación de seguridad, el efecto parece ser el contrario, pues

[...] las personas se sienten restringidas en sus movimientos, asustadas y controladas, salen menos de noche, andan menos por las calles, y evitan las «zonas prohibidas» [...] Los encuentros en el espacio público se hacen cada día más tensos, hasta violentos, porque tienen como referencia los estereotipos y miedos de las personas. Tensión, separación, discriminación y sospecha son las nuevas marcas de la vida pública. (Pires, 2007, p. 363)

Pareciera entonces que, mientras más fuentes de protección se gestionan en las ciudades, tanto en los espacios privados como públicos, mayores son la percepción de

inseguridad, la desconfianza y el miedo, y por, lo tanto, se vuelven más significativas las estrategias de afrontamiento contra dichos miedos.

Hay formas sociales y colectivas para conjurar los miedos, pues, haciendo eco de Zygmunt Bauman (2006): «nuestra sociedad moderna líquida es un artefacto que trata de hacernos llevadero el vivir con miedo» (p. 15), de ahí que cobre importancia —e incluso utilidad— reconocer formas de prevenir, conjurar, contrarrestar o aniquilar los miedos sociales. Las prácticas que permiten hacer frente a los miedos en la ciudad bien pueden ser individuales o colectivas; a veces la respuesta al miedo es el aislamiento, la agresión y las medidas de prevención, como no transitar por ciertos espacios a ciertas horas, no usar joyas u otros elementos llamativos, no hacer uso del celular en público, etcétera (Niño, 2002, p. 209); actitudes que, además de prevenir los peligros —no el miedo— afectan la sociabilidad en el espacio urbano, fomentan la desconfianza y contribuyen a dar continuidad a prejuicios, imaginarios o estereotipos sobre territorios o personajes de la ciudad.

### **Experimentar, ver, imaginar: una clasificación para los miedos urbanos.**

La carta que la escritora Laura Restrepo le escribió a Medellín y que fue publicada en el periódico *La Hoja* en 1993, expresaba que en esta ciudad «vivir es un verbo de una intensidad irresistible», que es esta una ciudad de extremos, «en ella los buenos se santifican y los malos acaban de criminales». En esas tensiones, tan propias de las ciudades, es muy fácil transitar entre el jolgorio y el horror y es en esa incertidumbre donde quedan abiertos los intersticios en los cuales nacen los miedos urbanos:

Quiere decir, por ejemplo, que en Medellín encuentras las noches escandalosamente estrelladas; que se te abren, acogedoras, todas las puertas que golpeas; que aunque

vayas de paso te enamoras sin remedio de alguno de sus habitantes. O que mientras duermes tu enemigo incendia la casa de tu amigo. Que en un bar un desconocido te cuentan una historia atroz que siempre resulta cierta. (Restrepo, 1993, p. 8)

Del miedo que se siente en las ciudades podemos afirmar entonces que es un **sentimiento**, pues tomando en cuenta las consideraciones ya expuestas y siguiendo las cuatro características de sentimiento que ofrece Antonio Marina, podemos ver que el miedo:

- a) Permite hacer un **balance** de las situaciones, pues al actuar como alerta nos da indicaciones sobre riesgos y amenazas y nos lleva a prever consecuencias.
- b) Es una **experiencia cifrada**, no necesariamente está claro que lo que se siente es miedo, de dónde proviene o qué lo produce.
- c) Es un **fenómeno transaccional**, ocurre a partir de un intercambio de estímulos y respuestas, algo lo genera y se presentan reacciones.
- d) Logra una **nueva tendencia** en el sujeto que lo siente, lo moviliza y lo obliga a tomar decisiones.

También los sentimientos son construcciones sociales, nos recuerda Agnes Heller (año, p.), la forma en la que definimos un sentimiento y las atribuciones que le damos provienen de la comunicación y la socialización; sabemos que sentimos lo que sentimos porque alguien nos ha dicho que ese es tal o cual sentimiento, porque lo vemos representado en la cultura en la que estamos inmersos, porque en nuestros entornos se han construido ideas alrededor de ellos. Fuentes Gómez y Rosado Lugo (2008) hablan de la construcción social del miedo a partir de la configuración de lo que llaman *imaginarios urbanos maléficos*, dando lugar a la evocación y la imaginación, a la experiencia y la manifestación objetiva y a las representaciones subjetivas del miedo. Es decir, aquello que se presenta como un agente de miedo o temor en las ciudades puede provenir de la historia personal y las vivencias de

cada sujeto o de las referencias que se obtienen a partir de los entornos culturales en los que este se desenvuelve. Vale la pena traer a colación el importante rol del rumor, la tradición oral y las narrativas en la construcción social del miedo: «la circulación, reciclaje y recreación de narrativas de miedo en contextos urbanos como el de Medellín está ligado a estrategias culturales de control social del miedo y a su vez de reproducción social» (Riaño Alcalá, 2002, p. 88).

Y al lado de las narrativas, para que dicha reproducción sea posible, está la memoria. Por ejemplo, Duby (1995, p. 52), cuenta que, a través de la memoria colectiva de los pueblos, los hombres medievales mantenían viva la inquietud por guerras o invasiones que habían tenido lugar en otros momentos; de esta manera, sujetos que por diferentes factores ya no representan una amenaza siguen siendo concebidos como tal. Al respecto, Fuentes Gómez y Rosado Lugo (2008) afirman:

Esa capacidad de la memoria para hacer aparecer lo ausente es justamente uno de los elementos centrales que alimentan los imaginarios urbanos maléficos. La evocación como efecto de la imaginación de los sujetos produce creencias, concepto que nos lleva al terreno de la cultura. (p. 100)

Si bien las referencias culturales y los imaginarios construidos en el entorno que se habita son determinantes para la construcción del miedo, también lo son las experiencias propias, en tanto nos encontramos frente a un sentimiento que puede quedar instalado tras una vivencia desagradable. Todos sentimos miedo, afirma Sartre, pero qué nos lo genera y cómo lo sentimos, como dice Reguillo, son experimentados individualmente. Nuevamente,

con su trabajo sobre las rutas narrativas de los miedos, Riaño Alcalá (2002) hace un aporte que posibilita una taxonomía de los miedos urbanos que le es útil a este trabajo:

En la vida cotidiana de la ciudad de Medellín, las violencias y el terror son realidades tangibles: pueden ser contadas —como en el número de muertos—, experimentadas —como en la imposibilidad de circular por ciertos territorios— o sentidas —como en las heridas que marcan los cuerpos de hombres y mujeres—. Los miedos, sin embargo, no solo pueblan la inmediatez [sic] de la experiencia cotidiana sino además los imaginarios sociales y mitologías urbanas. (p. 85)

Para esta investigación, se han determinado tres tipos de miedos: experimentados, referenciados e imaginados. Será con esta clasificación con la que nos acercaremos a la comprensión de los miedos de las mujeres y su relación con el espacio público en el centro de Medellín.

### ***Miedos experimentados.***

Aquellos que surgen, en términos de Heller (1999, p. 103), de la experiencia personal; estos se concretan y se sienten después de que se es víctima de alguna circunstancia que deja huella en la memoria. De esta forma los miedos se trasladan a lugares, sujetos o situaciones concretas, pues, como sentimiento, este queda instalado en relación directa a lo ya vivido por el sujeto. La repetición de la experiencia desagradable y de lo padecido y sentido como consecuencia de dicha experiencia no es deseable y se busca evitarla.

### ***Miedos referenciados.***

Son los que provienen de las experiencias ajenas que conocemos o de referencias que nos demuestran a qué se le debe temer, como estadísticas, informaciones noticiosas o relatos y rumores sobre situaciones vividas por otros. Los *imaginario maléficos* se construyen con la participación de condiciones y situaciones objetivas, cualidades subjetivas y medios, según explican Fuentes Gómez y Rosado Lugo (año, p. 102). Un miedo referenciado aparece cuando se presentan los tres elementos mencionados o solo uno de ellos. El miedo puede generarse, por ejemplo, tras la observación o la participación indirecta de una situación desagradable, lo que sería una cualidad subjetiva; pero también es posible que aparezca tras la repetición de noticias relacionadas con atracos en un sector específico de la ciudad o el aumento de las estadísticas de violaciones o feminicidios, lo que nos pone frente a condiciones objetivas generadoras de miedo. Y, como ya se mencionó, los medios de comunicación tienen la capacidad de poner en circulación ideas, estereotipos o imágenes que contribuyen a la construcción de los miedos en las ciudades y reforzar los estereotipos y los imaginarios que lo alimentan.

### ***Miedos imaginados.***

Este tipo de miedo, que nace de la subjetividad, mas no de la experiencia, se entiende como aquel que no tiene explicación alguna en los dos anteriores. Relatos confusos sobre ciertos lugares, informaciones e imágenes ofrecidas por los medios de comunicación, sin contexto y haciendo uso de recursos que alertan de manera desproporcionada pueden ser factores que den origen a este miedo. Pilar Riaño (2001) nos muestra cómo «la circulación, reciclaje y recreación de narrativas de miedo en contextos urbanos como el de Medellín está

ligado a estrategias culturales de control social del miedo y a su vez de la reproducción social» (p. 88); es decir, muchos de los miedos contruidos socialmente y cuyo origen no aparece muy claro en la historia de un sujeto, pueden provenir de esos relatos que se ponen en circulación en los espacios cotidianos y se van resignificando, así, nuevas generaciones heredan miedos de otras o unas comunidades transmiten a otras sus miedos, afectando, por ejemplo, las representaciones que se tengan de un lugar. En este tipo de miedo podría pensarse en esa *experiencia cifrada* de la que habla Marina (2006, p. 16) que, en muchos casos, es difícil de definir y ubicar por parte de quien la atraviesa pero tiene consciencia de que está presente.

### **El espacio público: la igualdad y la democracia en juego**

En la película mexicana *La Zona* (Rodrigo Plá, 2007), una comunidad vive alienada tras sus propios muros por decisión propia, intentan resguardarse de cualquier factor de inseguridad externo a ellos y cuentan con sofisticados sistemas de vigilancia que les permiten monitorear permanentemente su entorno. Le temen al otro, al de afuera, al externo, le temen a todo aquello que está más allá de sus muros, más allá de sus propios límites. Y cuando el más mínimo elemento irrumpe en esa atmósfera de tranquilidad es muy fácil perder el control, desatando una tragedia que, de muros para afuera, parecía evitable.

La película de Plá es bastante útil para ilustrar lo que Teresa Pires (2007) llama «implosión de la vida pública moderna». La ciudad de la modernidad es una ciudad de interacciones, de espacios que propician la confrontación de anonimatos y el reconocimiento de las alteridades. Pires (2007, p. 365) habla del espacio público moderno y democrático cristalizado en ese ideal de ciudad abierta para los encuentros, que se contrapone a la ciudad de rejas y muros que limitan, a través de fronteras físicas, las posibilidades de relaciones

colectivas. Si bien al espacio público le corresponde una dimensión jurídica definida por Borja (2003) como:

Un espacio sometido a una regulación específica por parte de la administración pública, propietaria, o que posee la facultad de dominio del suelo, y que garantiza su accesibilidad a todos y fija las condiciones de su utilización y de instalación de actividades. (p. 122)

Espacio que proviene de la separación entre la propiedad privada urbana y la propiedad pública; hay otras consideraciones en torno a este concepto que abordan más las cuestiones sociológicas y antropológicas con relación a cómo se construye el espacio público. El mismo Borja nos entrega este significado: «Desde una dimensión sociocultural, el espacio público es un lugar de relación e identificación, de contacto entre las personas, de animación urbana y a veces de expresión comunitaria» (año, p.). Carrión (2007) habla de «un ámbito contenedor de la conflictividad social, que contiene distintas significaciones dependiendo de la coyuntura y de la ciudad de la que se trate» (p. 80) y, por esto, señala la importancia de una noción de ciudad que nos remita a la heterogeneidad, a la construcción social diversa, a la expresión de la democracia (p. 82). El espacio se hace público gracias a los tránsitos y los encuentros de los ciudadanos y sus prácticas, es «la síntesis de lugares y flujos» (Borja, 2003, 142). La ciudad se manifiesta a través de su espacio público, un espacio destinado para el intercambio, el diálogo, el reconocimiento y la circulación de unos y otros por lugares en los que sea posible el encuentro, el saludo y la conversación, así como los cruces y los roces que generen el reconocimiento mutuo de sujetos de una sociedad común, la que dota de sentido a esos espacios llamados, desde diferentes ópticas, espacios públicos.

Hay lugares de la ciudad que comprendemos inmediatamente como «espacios públicos», bien sea por su carácter residual —callejones, pequeños parques o jardines ubicados entre propiedades privadas—; por el reconocimiento de que son espacios de propiedad estatal —parques, bibliotecas o centros culturales— o por el uso libre y democrático que de ellos hacemos —aceras, calles, transporte público, parques y plazas—; también ubicamos espacios de carácter privado que se nos presentan como públicos —algunos museos, centros de recreación y centros comerciales—. Por eso, más allá de las definiciones jurídicas y urbanísticas, nos interesa el espacio público como ese escenario de representación social (Borja, 2003, p. 121) en el que las complejidades de una comunidad se ponen en juego en pro de la construcción de representaciones y relaciones entre los ciudadanos. Dicha concepción del espacio público nos pone ante posibilidades muy diversas con relación a sus usos y sentidos. Una calle podrá ser la misma calle por décadas y no tener mutaciones físicas considerables, además del desgaste natural de una capa de pintura o de la disminución de iluminación por efecto de una lámpara quebrada y nunca reparada. Pero serán quienes transiten y habiten dicha calle los que sí se transformen, mutaciones subjetivas que tendrán repercusiones en las formas en las que dicha calle, siendo la misma, se manifieste a otros. Esa es la dimensión sociocultural del espacio público, una dimensión subjetiva y simbólica que trasciende el espacio físico. Esto señala Manuel Delgado cuando afirma:

El espacio público es un espacio diferenciado, pero las técnicas prácticas y simbólicas que lo organizan espacial y temporalmente, que lo nombran, que lo recuerdan, que lo someten a oposiciones, yuxtaposiciones, complementariedades, que lo gradúan, que lo jerarquizan, etcétera, son poco

menos que innumerables, proliferan hasta el infinito, son microscópicas, infinitesimales, y se renuevan a cada instante. (Delgado, 1999, p. 12)

Es decir, cada ciudadano se encuentra de forma particular con el espacio público, lo llena de sentidos, de contenidos y de significados; establece relaciones que, al igual que el miedo socialmente construido, parten de la información recibida y las experiencias vividas. El espacio público es, pues, una construcción social. «La ciudad es la creación del hombre y, por eso, en su diseño y en la configuración de sus espacios podemos vislumbrar a la sociedad que la crea y la sostiene» (Laub, 2007, p. 49). De allí que podamos identificar, también, relaciones no solo individuales sino colectivas, de grupos sociales; mujeres y varones establecen relaciones diferentes con los espacios públicos y privados y la mutabilidad de dichas relaciones la determina la época, la cultura, la edad. No era lo mismo una mujer en el espacio público a finales del siglo XIX, a mediados del XX y hoy, segunda década del siglo XXI; como no es lo mismo la forma de habitarlo hoy de una mujer de 19 años, una de 40 o una mujer perteneciente al grupo de la tercera edad. De la misma manera, no es lo mismo habitar la esquina del barrio, el parque principal de un municipio o las calles del centro de la ciudad y, por supuesto, no se tejen las mismas relaciones *en* y *con* el espacio público cuando se vive en Kabul, en Londres o en Medellín.

El espacio público es un ideal democrático. Se supone que en él todos somos iguales (Aramburu, 2008, p. 144) y gozamos del mismo derecho a la ciudad, comprendiendo este como «mucho más que un derecho de acceso individual o colectivo a los recursos que esta almacena o protege; es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos» (Harvey, 2012, p. 20). El derecho a la ciudad es una propuesta del urbanista Henri Lefebvre, conocida en 1968. Se trata de una apuesta política de democratización de la ciudad

como respuesta a la creciente privatización del espacio público y al uso mercantil de las ciudades. Entre los años 2004 y 2005, en los foros Social de las Américas, Mundial Urbano y Social Mundial, se publicó la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, una construcción que empezó en 1992 y en la que participaron organizaciones sociales, movimientos populares y sociedad civil, articulada por la Coalición Internacional del Hábitat HIC. La Carta busca ser un instrumento dirigido a fortalecer los procesos, las reivindicaciones y las luchas urbanas. Este derecho supone, además del uso y el acceso a los espacios ya existentes, la posibilidad de recrear esa ciudad según las necesidades y los deseos de quienes la habitan, es decir, apropiarse de la ciudad, dotarla de significados diversos, complejos y acordes con lo que individuos y grupos sociales requieren o comprenden de ella. ¿Qué ciudad y qué espacios públicos reconocen las mujeres? ¿Cuáles son las necesidades de un grupo poblacional que ha sido relegado al espacio privado durante siglos y que apenas recientemente empieza a emerger como usuario —en términos de Manuel Delgado— del espacio público y de todos los derechos que de este uso se desprenden? ¿Qué relaciones establecen las mujeres con plazas, parques, calles o aceras y por cuáles sentimientos, ideas e imaginarios están atravesadas dichas relaciones? Como ideal democrático en el que «todos somos iguales», es menester contemplar las diferencias históricas que existen entre esos *todos*, pues no es posible pensarnos hoy democráticamente sin reconocer las exclusiones y las marginaciones de ciertos grupos sociales y las reivindicaciones necesarias para que esa igualdad sea posible. De ahí la necesidad de revisar también la configuración del espacio público con perspectiva de género.

### **Espacio público y género: las desigualdades en relieve.**

Aunque hay un aparte dedicado a revisar el género como construcción social, es importante tener en cuenta que cuando hablamos de esta categoría nos referimos precisamente a eso: a las marcas socioculturales que determinan qué es ser hombre o qué es ser mujer, qué es lo femenino o lo masculino.

Claudia Laub (2007) señala que «la identidad y la inclusión se constituyen como significantes primordiales y representan el movimiento de ligazón con la ley, con la cultura, con las relaciones interpersonales, con el orden simbólico» (p. 50). Y aunque la autora se refiere a la cohesión social que logra contener la violencia urbana, podríamos pensar que la identidad de grupos determinados y la forma en la que se ubican frente a los órdenes simbólicos propuestos por la ciudad y por sus espacios públicos, dan cuenta de una segregación o categorización con relación a su uso y, por tanto, tienen incidencia en el goce del derecho a la ciudad. Cuando Aramburu (2008) habla del ideal del espacio público, expone: «Todos somos iguales ante el espacio público, independientemente de la posición social o la cultura de cada uno» (p. 144). Y, efectivamente, ese ideal ha sido, si se quiere, utopía, pues desde los primeros asomos de un espacio público materializado en el ágora ateniense, la participación estaba limitada a los hombres libres. Las mujeres empiezan a aparecer tardíamente en el espacio público, pues durante muchos años pertenecieron exclusivamente al ámbito de lo privado. En el espacio público, históricamente, han quedado con mucha fuerza las marcas de la desigualdad de género y es allí donde se han gestado también grandes luchas por el reconocimiento de los derechos de las mujeres. En esas diferencias de género, que hoy persisten, es posible evidenciar que el espacio público, desde esa concepción liberal,

es idealista y esconde restricciones que se hacen manifiestas en las tensiones de la vida cotidiana (Aramburu, 2008, p. 145).

El género es solo uno de esos aspectos que limita el uso del espacio público y, por ende, el derecho a la ciudad. Podemos hablar también de las diferencias de clase, de orientación sexual, de edad, etcétera, como factores que determinan dichas restricciones.

La ciudad y su espacio público son el lugar de la representación y expresión de la sociedad, tanto de dominados, como de dominantes. El espacio público, como dice Pietro Barcellona es también donde la sociedad desigual y contradictoria puede expresar sus conflictos. (Borja, 2001, p. 120)

De allí que las desigualdades, las segregaciones y las discriminaciones se presenten en el espacio público como reafirmación y evidencia de su existencia en la sociedad.

En la historia de las mujeres, su relación con el espacio público y con la ciudad ha sido tensa. Si hay un escenario que ponga en evidencia la separación de los roles de género es la división entre el espacio público y el espacio privado, siendo el primero de dominio del mundo masculino y el segundo el correspondiente al mundo femenino. Esta idea tiene uno de sus principales anclajes en la división sexual del trabajo; según señalan Faur y Grimson (2016):

La Revolución Industrial modificó las relaciones sociales, los vínculos familiares y los valores morales en torno a la producción [...]. Las pujantes industrias requerían, sobre todo, mano de obra masculina. Ellos ‘saldrían’ de la casa para desplazarse, día a día, durante largas jornadas, hacia la fábrica. Ellas se ocuparían de la reproducción doméstica familiar. (p. 102)

¿Pero por qué ellas en el hogar y ellos a la fábrica? Una de las razones con las que se ha justificado la desigualdad de género ha sido la biología y si bien son evidentes las diferencias de los sexos —macho/hembra— y las características de las que cada uno está dotado, no son razón suficiente para justificar las desigualdades socioculturales entre los géneros —masculino/femenino—. Solo la mujer puede tener hijos, puede engendrar y parir; solo ella está en capacidad de amamantar, de ahí que su compañía en los primeros meses de vida de los bebés sea pertinente y necesaria. Sin embargo, esa permanencia en el hogar no tendría que ser extensiva para el resto de las vidas, ni debería serlo para todas las mujeres. Se trata de una argumentación que parte de la biología y que ha justificado, por siglos, la supuesta inferioridad de las mujeres y su incapacidad para el actuar público. En palabras de Faur y Grimson (2016): «Las diferencias entre varones y mujeres dieron lugar a algunos de los mitos más eficaces de la historia de la humanidad. Mitos en el sentido de creencias sociales que no siempre encierran verdades comprobables» (p. 14).

Por su parte, Laura Branciforte (2008) retoma algunas condiciones femeninas que algunas instituciones han apropiado, basándose en ellas para condenar la relación mujer-espacio público:

La continua apropiación e intento de control por parte de las entidades públicas (Estado, Iglesia, Partidos, etc.) tanto de los tradicionales ámbitos privados femeninos cuanto de los públicos, así como el aprovechamiento de los valores específicamente femeninos (maternidad, sensibilidad, sentido de responsabilidad, etc.) han hecho que el espacio público fuese directa o indirectamente culpable de la desaparición de o desvalorización del sujeto femenino. (p. 135)

Hay en la ciudad otro tipo de escenarios, quizás semipúblicos, que algunos autores denominan como «lugares de encuentro». Medina Cano (2006) habla de tres de ellos: el café, la discoteca y la cafetería, ordenados de esa forma en el artículo. Al referirse al café advierte que:

La ciudad es un espacio sexuado<sup>5</sup>. El uso de los espacio público está determinado por la condición de género. La división de los espacios públicos en masculinos y femeninos pone de manifiesto las labores y las representaciones sociales atribuidas a cada género. En esta división, el café es uno de los enclaves de la sociabilidad masculina, es un territorio por fuera del medio familiar donde el hombre pasa sus momentos de ocio y renueva ritualmente sus aficiones, sus creencias y sus puntos de vista. (Medina, 2006, p. 95)

La palabra «sexuado» aparece señalada porque hay una clara conciencia en el autor sobre las diferencias de género a la hora de habitar estos espacios; sin embargo, ni en la discoteca ni en la cafetería hay protagonismo alguno de las mujeres. Y tampoco se ocupó el autor de revisar si, dado el carácter sexuado de los lugares de encuentro, existe en las ciudades alguno ocupado principalmente por el género femenino. Así se evidencian las limitaciones. Pero para subsanar esta carencia, Branciforte agrega que:

[...] la capacidad de reacción y de adaptación de las mujeres les ha permitido transformar los espacios domésticos, como por ejemplo «los salones» ilustrados, en rituales sociales o, en un ámbito del todo diferente, las casa se convierten en espacios económicos, como ocurre en el caso del trabajo a domicilio. La ambigüedad de los

---

<sup>5</sup> Subrayado propio

términos «público» y «privado» ha jugado, de todas formas, un papel casi siempre desfavorable para las mujeres [...] La necesidad de esconder o de privarse de una dimensión privada y personal parecía o parece todavía hoy ser la clave de acceso al verdadero éxito laboral. (Branciforte, 2008, p. 136)

Para las mujeres existe una tensión entre lo público y lo privado y podemos contar con antecedentes y realidades históricas que dan cuenta de unas relaciones con el espacio público que obedecen a características propias de la construcción del género femenino, dando lugar a limitaciones, restricciones y prohibiciones. Así, aparece entonces la pregunta por esa relación —mujeres–espacio público— atravesada por el miedo socialmente construido. En la introducción de *El segundo sexo*, Simone de Beauvoir (1949) traza algunas cuestiones fundamentales para la realización de la mujer y pregunta: «¿Qué circunstancias limitan la libertad de la mujer? ¿Puede esta superarlas?» (p. 31). Podemos pensar el miedo como una de las grandes limitantes para esa libertad; si bien, como ya enunciamos anteriormente, se trata de una señal de alerta que también es protectora, cuando este se enquistaba y atraviesa de manera transversal y significativa las relaciones sociales puede convertirse en el borde hasta el que llega toda capacidad de acción. Y, por presentarse de esta forma el miedo, aparecen declaraciones como la Carta por el Derecho de las Mujeres a la Ciudad (2004), que en su aparte sobre las condiciones de seguridad en la ciudad, señala las calles, los espacios públicos y los medios de transporte como escenarios para agresiones basadas en el género, como acoso sexual o violaciones, sumándole, además, los bajos niveles de denuncia y de sanción. Shelley Buckingham (2011) analiza el derecho a la ciudad desde una perspectiva de género y señala que:

El miedo a la violencia y el uso de los espacios públicos es un gran problema transversal cuando se analiza el derecho a la ciudad de las mujeres y la mayoría de discusiones de todo tipo sobre la vida diaria de las mujeres en las ciudades que suelen mencionar la seguridad como un tema clave. La experiencia de las mujeres con la violencia está directamente asociada a las relaciones de poder patriarcales de dominación que prevalecen en las sociedades en todo el mundo. (Buckingham, 2008, p. 8)

Con las anteriores consideraciones, que ya vinculan de manera mucho más directa la triada propuesta para esta investigación —miedo-espacio público-mujeres—, se tejen preguntas alrededor del uso que las mujeres hacen del espacio público, las zonas que habitan o transitan, los momentos del día y la noche que les son permitidos en relación con esas zonas, los estereotipos y los rostros que les producen miedos, los referentes y los imaginarios contruidos alrededor del centro de Medellín, las representaciones en los medios de comunicación que también determinan esa relación tripartita. Volviendo a Buckingham:

Para las mujeres, existe un riesgo mucho mayor de violencia sexual que para los hombres y, como resultado de ello, tienden a evitar ciertas zonas que consideran peligrosas. Al hacerlo, Koskela observa que «al limitar su movilidad a causa del temor, las mujeres reproducen involuntariamente la dominación masculina sobre el espacio» (p. 113). Por consiguiente, con el fin de desafiar la dominación masculina y el patriarcado en general, garantizar la seguridad de las mujeres en el espacio público conlleva consecuencias claves. (Buckingham, 2008, p. 9)

Pero ante el miedo, recordemos que existen también las respuestas colectivas que dan lugar, por ejemplo, a marchas o manifestaciones en contra de los agentes que lo producen, al surgimiento de organizaciones sociales y comunitarias o a estrategias para la protección de los miembros de una comunidad o grupo. «No todos los miedos devienen movimientos sociales, pero todos devienen acción» (Reguillo, p. 193), y una de esas acciones es la «resignificación de roles sociales», desde ahí la mujer empieza a ser percibida a partir de nuevas funciones (Jaramillo *et al.*, 2002, p. 234) que la vinculan de manera mucho más activa al espacio público. Para conjurar el miedo, las mujeres se convierten en líderes sociales, convocan y asisten a marchas y plantones —ejemplos reconocidos son las Madres de la Plaza de Mayo, las Mujeres de Negro, las Madres de la Candelaria o Mujeres Caminando por la Verdad— y se ocupan de mantener vínculos y lazos gracias a «su capacidad de entrega, especialmente visible en tiempos de crisis» (Jaramillo *et al.*, 2002, p. 237); y aunque esa descripción bien podría corresponder a un estereotipo de género, la existencia de tal estereotipo configura la realidad de que, en mayor medida, son ellas quienes integran estos colectivos; otra explicación posible está relacionada con la lógica de la guerra que pone a los hombres en el campo de batalla, convirtiendo mayoritariamente a las mujeres en viudas o huérfanas. Cuando las mujeres afrontan el miedo a usar el espacio público a través de este tipo de acciones colectivas, uno de los efectos que se produce es la activación de su ciudadanía. Así lo explica Virginia Vargas:

El espacio público, en este sentido, articulado al espacio privado, aparece como el lugar del tejido asociativo, de la capacidad de resistencia y de iniciativa, que son condiciones fundamentales de la existencia misma de la ciudadanía. Cuando recuperamos la democracia como marco político, es fundamental hacerlo desde la

perspectiva de los actores sociales que construyen sus derechos de ciudadanos. Normalmente adscribimos este proceso al espacio público, pero la construcción ciudadana no puede desligarse del espacio privado; se debe dar identificando sus posibilidades, sus límites y contradicciones, y las formas de interacción o falta de interacción que se dan con el espacio público. (Vargas, 2009, p. 52)

Así, es posible tejer relaciones entre las **categorías espacio público y género** y esbozar una estrecha relación entre **espacio público y miedo**. Siguiendo a Alicia Lindón (2008), quien habla de la dupla violencia/miedo como indisociable del sujeto: «estamos frente a un fenómeno que muy frecuentemente marca los espacios en los cuales se despliega la vida de los sujetos y al mismo tiempo, los espacios así marcados tiñen las relaciones sociales que en ellos se desarrollan» (p. 9). Esto quiere decir, entonces, que al espacio público le pertenecen marcas que ha dejado su historia, acontecimientos violentos que quedan en la memoria colectiva y crean un imaginario en torno a ese lugar, lo que, inevitablemente, incide sobre las formas en las que los ciudadanos lo transitan o lo habitan; en muchos casos, tomados de la mano del miedo socialmente construido.

### **El espacio público en el centro de Medellín.**

En una carta que el periodista Juan José Hoyos le escribió al centro de Medellín (2017), como parte de un proyecto de la Universidad de Antioquia, destaca de la historia de este territorio, las calles y avenidas, su aparición, su crecimiento; menciona las plazas y los parques, su desaparición y sus transformaciones:

Para los muchachos que nacimos en los barrios en los años cincuenta, el Centro era esa ciudad que crecía a una velocidad de vértigo [...] Era el sitio donde estaban los

grandes almacenes, los edificios del gobierno, los mercados populares, las clínicas, los hospitales, las grandes iglesias, los cementerios, las universidades, los bancos, los museos, las librerías, las bibliotecas, las oficinas de las empresas, los bares, los cafés, los restaurantes, las grandes plazas y parques públicos... (Hoyos, 2017)

Pero el Centro de Medellín también ha sido el de Cantinflas<sup>6</sup>, ese habitante de calle, amigo de los visitantes frecuentes del bar El Guanábano, en el parque del Periodista; de él y tantos otros que compran baratijas en los bajos de la estación Prado del metro para venderle a sus clientes-transeúntes. El centro es el hábitat de los personajes —colegas de Cantinflas— que describió Carlos Sánchez Ocampo en *El contrasueño, historias de la vida desechable* (1993), libro por el que transitan hombres y mujeres dedicados al rebusque de la vida cotidiana, cuyo espacio privado se reduce a una cama en la habitación compartida de un hotel o un inquilinato, lo que los convierte en «usuarios» permanentes del espacio público del centro de Medellín. Y este centro es también el espacio de comercialización del sexo: mujeres, hombres, travestis y transexuales, de todas las edades y las orientaciones sexuales, salas de *striptease*, tiendas de juguetes y artículos sexuales y una creciente «industria motelera» en algunos de sus barrios. Del centro no podemos olvidar que es habitado diariamente por más de un millón de transeúntes: los que vienen de compras, a «hacer las vueltas»<sup>7</sup>, a trabajar o a estudiar, los que lo usan como lugar de paso para llegar a otros sectores de la ciudad; por las niñas y jovencitas que visten uniforme de colegios públicos y que llegan a pie; y es el hogar de viejos olvidados tras la rejas de los asilos de Prado Centro, que otrora fueron casonas de los ricos de Medellín; sigue siendo lugar de paso para melómanos y cinéfilos que pasan por

---

<sup>6</sup> Reconocido habitante de calle del centro de Medellín.

<sup>7</sup> Expresión popular usada en Medellín para referirse a las diligencias diversas que se realizan en una misma salida. También ha sido usada en el lenguaje del sicariato para referirse, especialmente, a asesinatos: «hacerle la vuelta a alguien».

La Playa en búsqueda de rarezas musicales o audiovisuales. Y en el centro está el hogar de quienes aún habitan casas y apartamentos que cuentan ya varias décadas y muchos metros cuadrados y de los que han venido a ocupar torres de apeñuscados apartamentos y apartaestudios que no superan las tres habitaciones y los 50 metros cuadrados. Todos ellos confluyen en el centro y todos se pasean por sus espacios públicos. Jordi Borja (2001) afirma que «los centros urbanos son lugares polisémicos por excelencia, atractivos para el exterior, integradores para el interior, multifuncionales y simbólicos» (p. 116). La alta cantidad de personas que transitan por el centro; la diversidad de estratos socioeconómicos, especialmente entre 2, 3 y 4; las diferentes tipologías de usos del suelo: residencial, comercial, de servicios y de actividad múltiple (Alcaldía de Medellín, 2004); los índices de seguridad humana y la percepción ciudadana con relación al espacio público, son factores que permiten observar las dinámicas cotidianas del centro y que tienen injerencia en las formas como los grupos sociales se desenvuelven en él.

Medellín está dividida en 16 comunas y 5 corregimientos. Las comunas son agrupaciones de barrios; los corregimientos pertenecen a la zona rural del municipio y suelen conformarse por veredas. El centro de la ciudad es la comuna 10, llamada La Candelaria y ubicada en la zona centroriental. Está conformada por 17 barrios y tiene una extensión de 73.653 km; según el Plan de Desarrollo Local (2015), tiene una población de 85.221 habitantes, de los cuales 43.679 son mujeres y 41.542 son hombres. La mayoría de habitantes tiene entre 15 y 44 años (35,7 %) y pertenece a los estratos medio bajo (38 %) y medio (49 %). Por el centro transitan alrededor de 1.300.000 personas diariamente y es la comuna con mayores índices de violencia: homicidios, asaltos a mano armada y robos de vehículos son los delitos que se presentan con mayor frecuencia. Según la encuesta de

percepción ciudadana *Medellín cómo vamos* (2017), el 46 % de habitantes de la zona centroriental manifiesta satisfacción con el espacio público; es decir, solo la mitad de la población que habita este territorio siente que cuenta con un espacio público a la medida de sus necesidades.

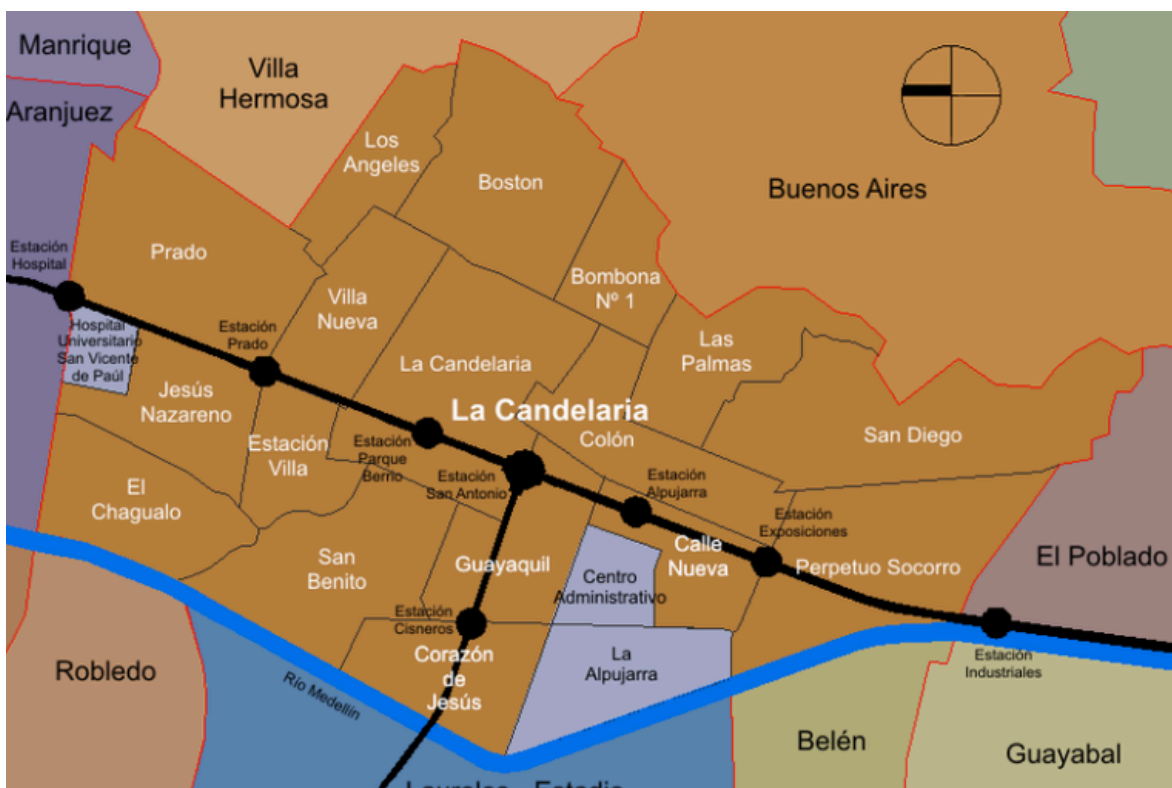


Figura 1. Mapa de la comuna 10, La Candelaria.

Fuente: [antesquedesaparezca.com](http://antesquedesaparezca.com)

Si bien el centro de Medellín —o la comuna 10— está determinado por ejercicios de planeación urbana, existe también la idea de un «centro ampliado» que lleva los márgenes de la centralidad urbana hasta más allá de las fronteras determinadas por el ordenamiento territorial existente, tocándose con barrios pertenecientes a las comunas 4 (Aranjuez), 9 (Buenos Aires) y 11 (Laureles). El centro, como territorio, es a veces un no-territorio o, en

palabras de Augé (1993), un no-lugar: «un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico» (Augé, 1993, p. 83); pero, al tiempo, puede ser todo eso. Cuando hablamos del centro, hablamos de un espacio más bien de tránsito, de flujos, de intercambios rápidos, un no-lugar al que se llega porque es la conexión que nos lleva a un lugar que habitamos. Hablar del centro no puede hacerse solo dentro de los límites del espacio geográfico, sino también a partir de la interacción que se tiene con él, pues el territorio:

[...] puede ser entendido como una construcción social que se desarrolla a partir de las significaciones y usos que los sujetos construyen cotidianamente, a partir de historias comunes, usos y sentidos. Así como los sujetos somos seres con historia, el territorio también la tiene y esa historicidad es construida en forma colectiva. (Carballeda, 2007, p. 28)

En cuanto a los espacios públicos del centro de Medellín, abundan en este las plazas y los parques —el actual plan de intervención nos habla de una cifra de 40—. Sobresalen los más tradicionales: parque Berrío, parque Bolívar, plaza de las Esculturas, parque San Antonio, parque de Boston, parque Obrero, plazuela de San Ignacio, plaza de Cisneros y parque del Periodista. Hay, además, pequeñas plazoletas como Rojas Pinilla, placita de Zea o la recientemente denominada Glorieta de la Vida, frente al Teatro Pablo Tobón Uribe, el parque Bicentenario, articulado al Museo Casa de la Memoria o la plazoleta de las Torres Marco Fidel Suárez —conocidas como Torres de Bomboná—. Las estaciones del metro y el tranvía también han generado pequeñas plazas en torno a ellas: San Antonio, parque Berrío, Prado y Cisneros son cuatro estaciones que atraviesan el centro de Medellín, además de la estación Alpujarra, que no cuenta con ese espacio público una vez se sale de ella, pero que, al igual que las

demás, a través de puentes, se conecta con centros comerciales, permitiendo dinámicas de movilidad y seguridad. En el caso del tranvía, inaugurado en 2015, se cuentan nuevos espacios públicos en las estaciones San José, Pabellón del Agua y Bicentenario — considerando aquí solo las que atraviesan la comuna 10, entre el oriente y el occidente—. Sumado a esto y complementando las soluciones de movilidad, las intervenciones urbanas y artísticas han generado nuevos ambientes para el tránsito.

En el centro existen dos calles peatonales: Carabobo, que hasta 2005 fue una de las principales vías vehiculares y uno de los más grandes focos de contaminación del sector, y Junín, que desde 1987 se convirtió en el primer pasaje peatonal del centro y que alberga una historia de demoliciones y pérdidas patrimoniales que mantiene vigente la nostalgia de muchos ciudadanos. Actualmente, se plantea la peatonalización de la avenida La Playa, desde el Teatro Pablo Tobón Uribe hasta la avenida Oriental.

Además de los espacios públicos propiamente dichos, el centro cuenta con un amplio mapa de «lugares de encuentro»: centros comerciales, bares, discotecas, restaurantes, cinco museos, imponentes edificios patrimoniales, alrededor de diez salas de teatro y dos teatros de gran formato, hacen parte de la oferta cultural y de entretenimiento de este sector de la ciudad, con la particularidad de que esta oferta está dirigida a diferentes estratos.

El centro de la ciudad es altamente frecuentado por hombres y mujeres de toda la ciudad y, al mismo tiempo, es percibido como un lugar inseguro, contando con numerosos referentes urbanos asociados al peligro o la inseguridad: lugares como el barrio Prado Centro, los parques Bolívar, Berrío, San Antonio, plaza Botero, sectores como El Hueco<sup>8</sup>, Villanueva,

---

<sup>8</sup> Zona comercial con alta venta de productos de contrabando y con precios diversos y accesibles para personas pertenecientes a las clases media y baja.

la Veracruz, Barrio Triste o el Teatro Pablo Tobón y calles o carreras como Carabobo, La Playa, Palacé y la avenida Oriental son algunos de los mencionados por un grupo de encuestadas para el análisis de las violencias contra las mujeres en el espacio público referenciado previamente (Toro & Ochoa, 2017, p.72). En la investigación de Jaramillo *et al.* (2001) también aparece el centro, y de manera específica el sector de El Hueco: «Si bien los comerciantes han construido allí todo un dispositivo que se apoya en una red de vigilancia comunitaria, en el imaginario persiste la idea de que para estar allí hay que saber cuidarse» (p. 164).

### ***Políticas públicas para el centro de Medellín.***

Por las condiciones de este sector de la ciudad, el centro ha sido un foco de políticas públicas en las últimas administraciones municipales; sin embargo, como señala un documento de *Medellín cómo vamos* (2014), los avances no han sido significativos. Podría pensarse en el centro como un territorio de obras soñadas e inconclusas, sin planes de intervención integrales y a largo plazo, haciendo que cada nueva administración ponga eso que en el lenguaje popular se llama «pañitos de agua tibia», es decir, soluciones cortoplacistas y focalizadas en aspectos como la movilidad —entendiendo esta como vías y flujo vehicular— y obras públicas de infraestructura. Sin embargo, aspectos como el mejoramiento del espacio público y de las alternativas de vivienda también han estado presentes, al menos en el discurso y en los documentos, de estas administraciones.

Para 2017, se implementa el *Plan Urbano y Ambiental para el Centro de Medellín «El Centro, el barrio de todos»*, que contempla la intervención de 40 plazas y parques, la siembra de árboles y nuevas viviendas para el sector. Si bien se habla de un conjunto de mejoras que

atraerán nuevas personas —como habitantes y visitantes— a la comuna 10, lo que el documento público expresa es insuficiente para comprender la forma en la que dicho plan será desarrollado, la continuidad que dará a anteriores planes para el centro de la ciudad y el impacto social que de este se espera en la población residente y flotante.

Con relación a las mujeres y su seguridad en el espacio público, también hay políticas públicas. Medellín cuenta desde 2008 con el Programa de Seguridad Pública para las Mujeres, y en 2015 ingresa a la iniciativa de Ciudades Seguras para las Mujeres y las Niñas, de ONU Mujeres, siendo la ciudad número 22 en el mundo y la tercera de América Latina. En la prueba piloto de este proyecto, que empezó su ejecución en julio de 2017, se encuentran priorizadas cuatro comunas de Medellín: comuna 3 (Manrique), comuna 8 (Villa Hermosa), comuna 10 (La Candelaria) y corregimiento de Altavista. Esta priorización se hace con base en los indicadores específicos de violencia sexual, teniendo en cuenta que la mayoría de las víctimas son mujeres; según esta medición, la comuna 10 ocupa en el segundo lugar, después de la 3, que es la de mayores índices de violencia sexual contra mujeres y niñas. Sin embargo, dicho estudio desconoce las mujeres que son víctimas de otros delitos, como el homicidio o el feminicidio, el hurto de vehículos, los referidos a la Ley 1098 de Infancia y Adolescencia y otros que también pueden ocurrir en el espacio público y frente a los cuales se presentan condiciones que, según lo analizado con las mujeres con las que se realizó esta investigación, generan miedos diversos y las obligan a buscar estrategias de protección y afrontamiento.

El proyecto de Ciudades Seguras para las Mujeres se vuelve relevante en el contexto de esta investigación ya que el Plan de Desarrollo contempla proyectos específicos para el fomento del uso y la apropiación del espacio público por parte de las mujeres y, según la priorización de los territorios, el centro de Medellín tendrá intervención en este sentido. De

ahí que merezca atención, en el análisis y la reflexión sobre los miedos de las mujeres, el lugar real que estos ocupan en las agendas de las políticas públicas y las propuestas que permitan tramitarlos, garantizando el goce efectivo del derecho a la ciudad de este sector de la población. Esto sin perder de vista las formas en que el programa Ciudades Seguras para las Mujeres y las Niñas se debe cruzar y complementar con el Plan Ambiental y Urbano para el Centro.

### **El género como construcción social y lo femenino como ideal privado**

La escritora colombiana Montserrat Ordóñez (1996) crea un personaje infantil que desea ser *Una niña mala*, como se titula su cuento. Y desea ser mala porque los patrones por los que se debe regir para ser una niña buena no son de su agrado. Quiere ser como su padre: gritar, llegar borracha y vomitar; quiere poder decir «no» cuando desee decir «no» y no sentirse obligada a decir «sí»; y quiere, sobre todo, romper la cadena que, desde Penélope hasta su madre, ha subyugado a las mujeres obligándolas a la espera eterna: «No quiero esperar en el balcón, suspirando y aguantando lágrimas, la llegada de papá» (p.). La niña de este cuento no es feliz con las condiciones culturales del ser mujer que le han impuesto, por eso, desde ahora, las quiere transgredir en un acto que es leído como maldad, ruptura moral y usurpación del rol de los varones, pues históricamente se ha entendido que a lo masculino corresponden unas características y a lo femenino otras que se le contraponen. Un ejemplo de esa mirada dicotómica sobre los géneros está en el ensayo *Esquema de Salomé*, de Ortega y Gasset (1970): «Existe, pues, una armonía preestablecida entre hombre y mujer; para esta, vivir es entregarse; para aquel, vivir es apoderarse»; más adelante, el filósofo español habla de las deformaciones de la feminidad, aludiendo a un exceso de fantasía, puesto que existe una «sequía de imaginación que caracteriza la psique femenina», así que es el hombre el

capacitado para fantasear y, por ello, es él quien no acepta tan fácilmente su destino, contrario a lo que ocurre con las mujeres. Por último, en ese esquema de Salomé, que es un esquema, según el autor, de feminidad deformada, aparece el deseo por «un varón tan distinto de los demás varones, que casi pertenece a un nuevo sexo desconocido». Es decir, aquello que no hace parte del dictamen de la normalidad —o heteronormatividad<sup>9</sup>, en este caso—, es una «desviación» o «interferencia» de las masculinidades o feminidades hegemónicas. Aura López (2016), a propósito de una caricatura sobre «masculinización de la mujer», escribe:

Aquí el esquema responde minuciosamente a la idea recibida: a los hombres y a las mujeres se les ha asignado compartimentos específicos, terrenos propios dentro de los cuales cada uno ha de moverse sin invadir el terreno del otro. Uno de los reinos propios de la mujer —según el esquema— es el costurero; del hombre, la política y el fútbol. Si una mujer deja el costurero y se ocupa de fútbol o política, es signo inequívoco de que se ha «masculinizado», es decir, ha asumido actitudes que solo se explican como manifestación varonil del mundo. Por eso el caricaturista sugiere que si la mujer del dibujo ha tomado pastillas que la masculinizan, su primera reacción al ingresar a ese estadio de lo masculino será dejar el costurero y decidir que irá al café —sitio de hombres— y que hablará de fútbol y política —temas de hombres—. El chiste se nutre, entonces, de esa idea recibida, torpe, por supuesto, pero hondamente arraigada en una sociedad que ha hecho de lo

---

<sup>9</sup> Concepto basado en el sistema sexo/género, que plantea como una equivalencia obligatoria varón/masculino y mujer/femenino. Fue usado por primera vez en a inicios de la década del noventa, por Michael Warner, teórico norteamericano autor de *Fear for a Queer Planet*, libro en el que introdujo este concepto, que hoy es ampliamente validado por movimientos sociales y académicos feministas, *queer* y LGBT.

masculino y lo femenino instrumentos eficaces de división, de ejercicio de poder, de prepotencia de un sexo sobre otro sexo en todos los ámbitos de la vida cotidiana. (p. 41)

Entonces, estos esquemas del ser hombre o el ser mujer no son naturales; al contrario, hacen parte de construcciones socioculturales que marcan las formas en las que cada ser humano *debería* comportarse, tomando como punto de partida su sexo; es decir, la condición biológica que lo hace hombre o mujer: «El género es una construcción simbólica e imaginaria que comporta los atributos asignados a las personas a partir de la interpretación cultural de su sexo: distinciones biológicas, físicas, económicas, sociales, psicológicas, eróticas, afectivas, jurídicas, políticas y culturales impuestas» (Hernández García, 2006, p. 113). O, como expresan Ortega y Rosano (2005) retomando a la filósofa feminista Judith Butler: «Los signos “hombre” y “mujer” son construcciones discursivas que el lenguaje de la cultura imprime en los cuerpos, ocultando su carácter de construcción identitaria bajo una superficie de naturalidad y a partir de una metafísica de la sustancia». En ese sentido, el género femenino se condiciona culturalmente a partir de unas realidades biológicas, como la maternidad, la lactancia, la menstruación, que bien han servido para poner límites al accionar en la vida pública y para confinar el lugar de las mujeres al hogar: «El sedentarismo es una virtud femenina, un deber de las mujeres atadas a la tierra, a la familia, al hogar» (Perrot, 2008, p. 171). De allí que el espacio público se configure como un lugar prohibido y que su ocupación, por parte de las mujeres, represente un peligro para ambos géneros, pues su presencia en una calle dominada por los varones es amenazante (Burbano & Páramo, 2010, p. 63) y, al tiempo, ante la necesidad de mantener tal orden, surge una valoración negativa que las pone en peligro:

Cada cambio en las mujeres que impacta las vidas de los hombres, las instituciones como la familia y el mundo doméstico, el trabajo y el mundo público, significa contradicciones, conflictos y grandes batallas. Ellos se niegan y responden con agresión. El mundo entra en caos, la masculinidad también. (Lagarde, 1990, 805)

Por ello Lagarde (1990) habla de los «cautiverios de las mujeres», que se estructuran en torno a su definición histórica —su sexualidad y las relaciones de poder y sumisión— y sus modos de vida —relaciones sociales y espacios culturales— (p. 173). Cautiverios que Perrot señala también como espacios que las protegen y ocultan su seducción: el gineceo o las casas victorianas y hoy los conventos, prostíbulos o el harén (Perrot, 2008, p. 171). Todos ellos lugares de encierro y confinamiento que han garantizado la supremacía del varón en la calle. Sería necio no reconocer que la situación de las mujeres frente al espacio público ha cambiado, una conquista en la que, indudablemente, el feminismo, especialmente el de la segunda ola, y la lucha por la igualdad en los derechos —de manera particular, los civiles y políticos— ha sido determinante.

Viola Klein (1946) logra identificar algunos rasgos que, desde perspectivas sociológicas y psicológicas, se repiten para describir a las mujeres: pasividad, emocionalismo, ausencia de intereses abstractos, mayor intensidad en las relaciones personales, una ternura instintiva hacia los niños, mayor capacidad de resistir grandes perturbaciones, respuestas físicas y síquicas más rápidas ante estímulos, paciencia, disciplina, método, escrupulosidad, aptitud lingüística, entre otros (pp. 282-283). Si bien este recorrido no menciona el miedo como una característica propia del carácter femenino, puede asociarse este a la pasividad, el emocionalismo y las respuestas rápidas ante estímulos, constituyendo así la posibilidad de

una mujer temerosa o miedosa. Sin embargo, todos estos rasgos dependen también del lugar del observador; por lo tanto, señala Klein, son también subjetivos y pueden provenir de consideraciones socioculturales: «las diferencias sexuales son producto de nuestros estándares duales, y es de esperar que desaparezcan cuando la mujer participe de las actividades del hombre» (1990, p. 289). Así, en la evolución de la historia de ese carácter, empieza a replantearse el arquetipo del *eterno femenino* con diversas circunstancias que, en primer lugar, reconocen que «los rasgos de personalidad se desarrollan de acuerdo con el papel social que representa el individuo en una cultura determinada» (Klein, 1990, p. 291). Ese reconocimiento, luego, se apoya en «la creciente participación de las mujeres en todas las esferas de la vida pública» (Klein, 1990, p. 292), situación que ha puesto en duda la relación unívoca entre sexo y cualidades psicológicas.

Sin embargo, en tiempos actuales se siguen alimentando ideas que relacionan a la mujer con el espacio íntimo y doméstico. Por ejemplo, el discutido «instinto maternal» que dicta que las mujeres deben estar en casa al cuidado de los hijos porque «¿con quién van a estar mejor que con su madre?». O esa idea de que las mujeres, aun acompañadas entre ellas, están solas, haciendo alusión a la falta de un hombre que las proteja. Un caso reciente que da cuenta de la persistencia de este imaginario es el de las viajeras argentinas que fueron asesinadas en Montañita, Ecuador, a principios del 2016; en repetidas ocasiones se escuchó, como justificación al crimen, la decisión de hacer un viaje «solas», a pesar de que iban las dos. «Los viajes de las mujeres despiertan sospechas, en particular los de las mujeres solas», dice Perrot (2008, p. 172). Otro ejemplo del fuerte vínculo que sigue existiendo entre el sexo y el género —entendido como deber ser— y que contribuye a perpetuar unos roles determinados, está en el uso de colores y la variación en la gama de posibilidades lúdicas: prevalece en el

mercado la oposición entre rosa y azul y se asigna a las niñas una gama amplísima de juguetes que representan la vida doméstica, mientras que a los niños se les otorga la capacidad de crear, competir y asumir roles que los ponen por fuera del hogar. Ellas son madres de bebés de plástico que lloran y piden comida, pueden cocinar, planchar y maquillarse; ellos son arquitectos, constructores o astronautas. «Seguimos manteniendo el esquema de los juguetes propios de niños y niñas, como si esta etapa del desarrollo no guardara relación con el aprendizaje de los roles sociales que desempeñarán posteriormente» (Suárez, 2006, p. 16). De esta manera, y aunque ya pareciera que el espacio público no está vetado para las mujeres, siguen operando cuestiones genéricas que indican que hombres y mujeres tienen su propio espacio. Y que no es el mismo. Un ejemplo que impresiona por la contundencia con la que marca esta diferencia es *The Pink and Blue Project*, un proyecto que «explora las tendencias en las preferencias culturales y las diferencias en los gustos de los niños (y sus padres) de diversas culturas, grupos étnicos, así como la socialización de género y la identidad» (Yoon, 2005). A través de las fotografías que componen este proyecto, la autora evidencia que siguen imperando los estereotipos de género impuestos desde la niñez, a través del limitado uso de los colores y del tipo de objetos que se compra a niños y a niñas.

**Las mujeres de Medellín y Antioquia: gritos de libertad en una sociedad patriarcal y conservadora.**

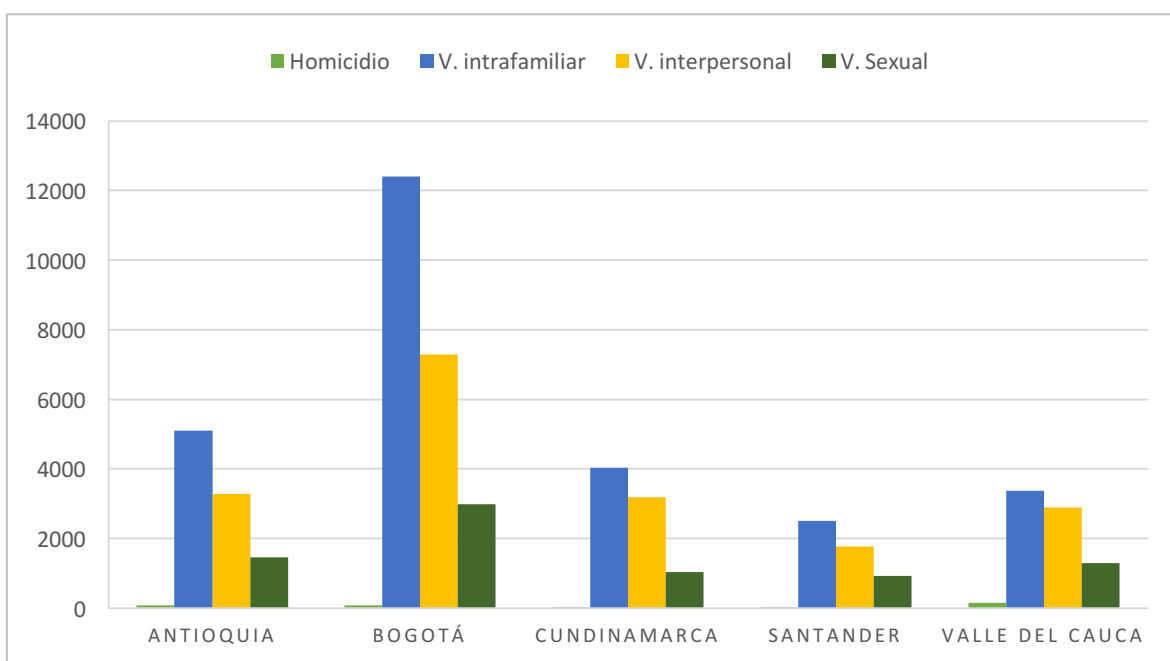
En los relatos de *Déjame gritar*, una serie de crónicas sobre mujeres «rebeldes» escritas por el periodista Jorge Mario Betancur Gómez, se evidencia la sociedad conservadora que ha condenado cualquier acto en el que las mujeres se salgan de los cánones establecidos. Estas historias, que ocurrieron entre 1896 y 1968:

[...] delatan manifestaciones, abiertas y encubiertas, del poder masculino sobre la mujer. Después de conocer los destinos adversos propiciados a esposas, amantes, madres, hijas y hermanas, puestas en los límites de la ignominia por sujetos masculinos, es posible entender por qué una sociedad hace representaciones de sus mujeres como personas subyugadas a la voluntad de los hombres. (Betancur Gómez, 2013, p. 15)

Estas historias ocurren en Antioquia —de manera particular en Medellín—, uno de los departamentos colombianos con mayores índices de violencias y asesinatos contra las mujeres y donde el machismo sigue ocupando un lugar importante en la construcción de las relaciones de género, pues persisten los valores dominantes en las sociedades patriarcales: el antagonismo entre lo masculino y lo femenino, la escisión del género femenino y la imposición del poder masculino (Lagarde, 1990, p. 91). La «identidad antioqueña» es una que ha privilegiado en su construcción la religiosidad católica y que ha dado lugar preponderante a la mujer como sustento de la familia y el hogar, limitando su condición al ámbito doméstico, a las tareas asociadas a la maternidad y a la importancia de su aspecto físico, como se relata en el siguiente fragmento de Emiro Kastos (1852), citado por Villegas (2003):

Son generalmente altas, esbeltas y tienen facciones distinguidas [...]. Como consecuencia de la vida claustral que llevan, tienen más virtudes domésticas que dotes de sociedad. En la vida de familia [...] ostentan cualidades admirables. Su lealtad como esposas y la afectuosa consagración a sus hijos como madres suele inspirarles un orgullo legítimo, aunque a veces exagerado.  
(p. 22)

Las cifras en Colombia no son amables en cuanto a la violencia de género. Este es un país en el que 7 de cada 10 mujeres la padecen, siendo la violencia intrafamiliar la que presenta mayores registros. Luego vienen la violencia interpersonal, la sexual y, en último lugar, el homicidio. Los cinco territorios colombianos que presentan mayores índices de este tipo de violencias son, en orden: Bogotá, Antioquia, Cundinamarca, Valle del Cauca y Santander. Excepto en el delito de homicidio, en el que Antioquia ocupa el tercer lugar, en los demás se ubica en el segundo, concluyendo entonces que, en Colombia, este es el segundo territorio más violento contra las mujeres. ¿Hay relación entre esa identidad antioqueña, machista y patriarcal, con los altos índices de violencias basadas en género en este departamento? La [Figura 2](#) recoge las cifras para los cinco departamentos con mayores índices.



*Figura 2. Comparativo violencias de género en Colombia.*

Fuente: *Boletín Epidemiológico del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2016).*

En Medellín, para 2015, se registraron 1.304.563 mujeres (DANE, 2015); aproximadamente la mitad de ellas se encuentran entre los 15 y los 44 años, edades en las

que, por múltiples factores, se hace un mayor uso del espacio público. Se trata de mujeres jóvenes y adultas, profesionales, estudiantes, trabajadoras de oficios que las requieren en la calle, madres de familia, etcétera. Son perfiles diversos que suponen construcciones simbólicas diferentes, puesto que «la condición de la mujer es una creación histórica cuyo contenido es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y cultural genérico» (Lagarde, 1990, p. 33). De estas consideraciones se desprenden otras preguntas: ¿quién es el *otro* para las mujeres?, ¿es necesariamente el *varón* (masculino) una fuente de amenaza?, ¿puede serlo también una mujer?, ¿a qué ideas sobre el ser varón y el ser mujer se ancla este miedo al otro?, ¿cómo se relatan, transmiten y conjuran esos miedos a través de los dispositivos culturales que poseemos?, ¿se transforman los miedos de las mujeres según sus edades, estratos socioeconómicos, tipos de profesión, creencias religiosas, estilos de vida?

El estudio exploratorio adelantado en el proyecto Ciudades seguras de acoso y violencia sexual en los espacios públicos para las mujeres y las niñas, revela algunos datos de la comuna 3 que muestran cómo la violencia sexual y el acoso callejero constituyen uno de los principales temores de mujeres y niñas en el espacio público<sup>10</sup>. Por ejemplo, un 40,3 % de las mujeres encuestadas afirma que, en general, son las calles los lugares en los que se sienten más atemorizadas y un 54,5 % considera que son los bares y las discotecas los lugares de mayor inseguridad. Lo que hoy se reconoce como acoso callejero —piropos, miradas lascivas, silbidos y roces y tocamientos no autorizados— es experimentado por un 39,4 % de mujeres varias veces al día y un 60 % de este grupo de mujeres percibe a Medellín

---

<sup>10</sup> Este estudio corresponde a una de las fases del proyecto que recientemente comenzó su implementación en la ciudad de Medellín. Fue realizado por el Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia y contó con la participación de 1.670 mujeres entre los 14 y los 60 años, habitantes de la comuna 3 (Manrique) de Medellín.

como una ciudad insegura para las mujeres. De este estudio, también se destaca lo que las mujeres ven como causas del acoso y la violencia sexual: un 28 % los atribuye a la cultura patriarcal, pero un 59,6 % de las mujeres —especialmente las mayores de 40 años— aceptan los mandatos y convenciones sociales que legitiman la dominación sobre los cuerpos de las mujeres y que se evidencian en expresiones como: «Quién la manda a vestirse de esa manera tan vulgar», «los hombres hablan así», «quién la manda a estar a esta hora en la calle» o «ella se lo buscó». En últimas, para un grupo de mujeres de este sector de la ciudad, la calle es sinónimo de miedo, asco y desconfianza, una muestra de que esta ciudad y sus barrios aún son escenarios de violencias normalizadas, producto del machismo y la cultura patriarcal.

Otro factor que podemos considerar como explicativo del machismo y las violencias contra las mujeres es la poderosa influencia del catolicismo sobre la denominada cultura antioqueña. En Colombia, según una encuesta del Barómetro de las Américas, realizada por la Universidad de Vanderbilt en 2008, el 82,7 % de la población se considera parte de esta religión, siendo el cuarto país en Latinoamérica con mayor número de católicos. En artículo publicado en el periódico *El Mundo* (Medellín), el columnista José Hilario López señala la importancia de esta religión en la configuración del tejido social en Antioquia durante la colonización:

Los curas en nuestra región fueron partícipes en la conformación de una sociedad civil relativamente cohesionada, estable y democrática. Era tal la compenetración de los curas con la comunidad antioqueña, que cuando la invasión de los ejércitos caucanos comandados por Tomás Cipriano Mosquera en 1862, muchos sacerdotes fueron escondidos y protegidos por los liberales antioqueños. (López, 2017)

Ya en el siglo xx, por la década del 30, «la Iglesia Católica en Colombia, y especialmente en Antioquia, emprende una lucha por preservar y extender su poder de control social al perder el control político que los gobiernos conservadores le habían facilitado» (Arango, 1991, p. 139). Dos aspectos de la vida social preocupan a la iglesia, explica esta autora: el de la educación, que ahora establecía libertad de enseñanza, y el del mundo del trabajo, pues la clase obrera podía ser influenciada por la ideología comunista.

Los dirigentes de Fabricato adhieren rápidamente a las teorías social-cristianas. Herederos de una tradición católica y conservadora y preocupados por el desarrollo del Estado liberal y de su control sobre la clase obrera del país por medio de la Central de Trabajadores de Colombia, CTC, intentan «preservar» a sus trabajadores de las influencias «comunistas». Ya existía un antecedente del potencial de rebeldía obrera en Bello, expresado en la huelga de la Fábrica de Bello en 1920. (Arango, 1991, p. 139)

Huelga que, a propósito, fue liderada por Betsabé Espinal, joven campesina que decidió hacerle frente a las discriminaciones de género de las que eran víctimas en su contexto laboral: prohibición de usar zapatos, abusos sexuales por parte de patrones y mayordomos, salarios inferiores a los de los hombres y un sistema de multas y castigos que tenía en cuenta las más mínimas equivocaciones o contratiempos.

Pero volviendo a la religión, es necesario no perder de vista que el libro que guía la vida de los católicos y cristianos, la *Biblia*, contiene múltiples sentencias alrededor de la inferioridad y sumisión de la mujer. El discurso del catolicismo y el cristianismo ha condenado el feminismo y, basado en las enseñanzas de dicho libro, ha procurado perpetuar el

sometimiento de las mujeres a los varones y de legitimar un lugar doméstico y pasivo en la sociedad. Al respecto, escribe López (2016):

Es antigua pues, la fórmula de sumisión, de inferioridad y de silencio decretados a la mujer dentro del orden cristiano, orden que a través de los siglos ha recogido y mantenido tradiciones de tipo cultural que ya venían de mucho antes y que han permitido un marginamiento en lo religioso, que rubrica y de cierta manera justifica aquel que la sociedad justifica sobre la mujer en los demás ámbitos de la vida. (p. 35)

Ahora, vinculando estas condiciones de la mujer en la cultura antioqueña, sin decir que esta sea la única que actúe de esta forma, se concluye que, si el miedo habita las calles, es cambiante y, además, como señala Mongardini (2007): «Los miedos comienzan en el cuerpo y se desarrollan a partir de él, como cualquier otra forma de comunicación y de socialización» (p. 44); y si cada género posee «cuerpos históricamente determinados» (Basaglia citada por Lagarde. 1985, p. 25), un estudio que particularice las relaciones entre **espacio público, miedos y mujeres** puede permitir una ampliación de la mirada que tenemos sobre la construcción social de los miedos en las ciudades y aportar a la «necesidad de gran parte de las teóricas feministas de desnaturalizar, desmontar, la creencia en una “esencia” femenina universal» (Ortega & Rosano, 2005, p. 13), puesto que pueden ser también los hábitos, los usos y los deseos que las mujeres —cada una de ellas— construyen alrededor del espacio público los que determinen el sentimiento del miedo con relación a este.



*Plano como la mesa  
sobre la que se extiende.*

*Bajo él nada se mueve  
ni busca una salida.*

*Sobre él mi humano aliento  
no crea remolinos de aire  
y deja en paz  
toda su superficie.*

*[...]*

*Me gustan los mapas porque mienten.  
Porque no dejan paso a la cruda verdad.  
Porque magnánimos y con humor bonachón  
me despliegan en la mesa un mundo  
no de este mundo.*

Wisława Szymborska

## Transitar mapas activando la palabra

### Memoria metodológica

Este trabajo se realizó con un grupo de 28 mujeres, entre los 20 y 40 años, cuya relación con el centro de la ciudad se determina por tres tipos de uso o forma de habitarlo:

- 1) Barrio en el que se ubica su vivienda.
- 2) Lugar de trabajo.
- 3) Lugar que visita para actividades relacionadas con la cultura y el ocio.

El acercamiento a ellas y a sus relaciones con el espacio público del centro y los miedos que en este se generan se dio por medio de grupos de discusión, a través de un trabajo de cartografía, basado en el método de la cartografía social, manteniendo la conversación y la palabra en un primer plano, pues al centrar el interés en la forma en la que se construyen los miedos experimentados, referenciados e imaginados, es vital reconocer los elementos de las historias personales que se asocian a ellos. La edad de las mujeres fue determinada teniendo en cuenta dos consideraciones:

- Según datos de Medicina Legal (2015), las mujeres entre los 20 y los 34 años representan el mayor número de víctimas de homicidios, siendo los principales agresores sujetos desconocidos.
- Asimismo, es en esta edad en la que se concentran las víctimas de violencia por parte de sus parejas.

Al trabajar con un grupo de mujeres entre 20 y 40 años fue posible revisar de qué manera los miedos experimentados en la actualidad se asocian a vivencias de la infancia y la adolescencia, y comprender de qué manera se siguen elaborando esos miedos en el día a día, cuando pertenecen o recién dejaron de pertenecer al grupo etario más vulnerable a las

violencias que culminan en asesinatos o feminicidios, entendiendo estos como los «asesinatos de mujeres realizados por hombres motivados por odio, desprecio, placer o un sentido de propiedad de la mujer» (Russell & Caputi, 1976, como son citadas en Garita Vílchez, s. f.).

Para la selección de los grupos se tuvieron en cuenta criterios mínimos de homogeneidad y heterogeneidad que, como señalan Canales y Peinado (1995), se requieren en un grupo de discusión «para mantener la simetría de los componentes del grupo» y «para asegurar la diferencia necesaria en los procesos de habla» (Canales & Peinado, 1995, p. 299). Así, se eligieron mujeres de diferentes profesiones o que desempeñan diferentes oficios; que provienen, además del centro, de diferentes barrios de Medellín y que habitan en diferentes estratos socioeconómicos, entre el 1 y el 5. Tal heterogeneidad permitió indagar por las formas particulares en las que los miedos se construyen, atravesados por las representaciones y los contextos sociales; y la homogeneidad en cuanto al rango de edad y al uso del espacio público abrió las puertas a posibles consensos frente a los lugares de mayor riesgo o amenaza y las formas en las que estos han llegado a convertirse en territorios del miedo.

### Característica de los grupos

Tabla 1.  
*Características de las participantes.*

Participantes Grupo #1			
Edad	Ocupación	Barrio	Relación con el centro
35	Administradora	Bomboná	Vivienda y ocio
36	Comunicadora	Boston	Vivienda
31	Antropóloga	Laureles	Ocio y trabajo
25	Politóloga	Bomboná	Vivienda, trabajo y ocio
36	Bióloga	Carlos E. Restrepo	Ocio y trabajo
28	Editora	Prado	Vivienda y ocio

35	Tecnóloga en recursos humanos	Robledo	Trabajo
<b>Participantes Grupo #2</b>			
<b>Edad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Barrio</b>	<b>Relación con el centro</b>
35	Diseñadora	Belén	Ocio
36	Comunicadora	Envigado	Trabajo
40	Socióloga	Bello	Ocio y trabajo
26	Psicóloga	Boston	Vivienda y ocio
26	Politóloga	Belén	Ocio y trabajo
40	Arquitecta y correctora	Simón Bolívar	Ocio
35	Educadora	Manrique	Trabajo y ocio
<b>Participantes Grupo #3</b>			
<b>Edad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Barrio</b>	<b>Relación con el centro</b>
37	<i>Bartender</i>	Boston	Trabajo y vivienda
27	Vendedora y deportista de alto rendimiento	Villa Hermosa	Trabajo y entretenimiento
30	Traductora	Boston	Vivienda, trabajo y ocio
29	Activista feminista	La Candelaria	Vivienda, trabajo y ocio
30	Empleada doméstica	San Javier	Trabajo
31	Comunicadora	Poblado	Ocio
32	Periodista	Poblado	Ocio
<b>Participantes Grupo #4</b>			
<b>Edad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Barrio</b>	<b>Relación con el centro</b>
30	Historiadora	La Floresta	Trabajo y ocio
28	Licenciada	Buenos Aires	Ocio y trabajo
28	Comunicadora	Boston	Vivienda y trabajo
27	Licenciada	Picacho	Ocio
35	Vendedora ambulante y ama de casa	Colón	Vivienda y trabajo
36	Vendedora	La Mota	Trabajo
35	Ingeniera ambiental	Envigado	Ocio

Las mujeres que participaron en los grupos de discusión tienen entre 25 y 40 años, todas ellas tienen algún tipo de vínculo con el centro y hacen uso frecuente de su espacio público. La mayoría de ellas son profesionales, excepto cuatro que tienen por oficio las ventas ambulantes, ventas en mostrador, el trabajo de *bartender* y el servicio doméstico; una es tecnóloga y trabaja como secretaria. Solo cinco de ellas son madres de familia y de estas dos son casadas, una vive con sus hijos en la vivienda familiar y dos viven solo con sus hijos; además de ellas, otras siete mujeres conviven con su pareja y no tienen hijos. De las mujeres

solteras y sin hijos, nueve viven solas en apartamentos; cinco, en la casa familiar (con padres, madres o hermanos), y solo una (la más joven) comparte un apartamento con amigas.

En cuanto al estrato en que se ubican sus viviendas, el grupo está distribuido así:

- Cinco: 5
- Cuatro: 13
- Tres: 7
- Dos: 2
- Uno: 1

Aunque las relaciones que se establecen con el centro suelen ser transversales y en la mayoría de los casos quienes viven allí también le dan otros usos, de este grupo un total de ocho mujeres tienen su vivienda en diferentes barrios del centro, catorce tienen allí su lugar habitual de trabajo y seis sostienen con el centro una relación exclusivamente asociada al ocio y las actividades culturales.

### **Desarrollo de los grupos de discusión**

Se organizaron cuatro grupos de discusión con siete mujeres cada uno, procurando en ellos diversidad de edades, oficios o profesiones y lugares de procedencia. La cantidad de participantes se basa en las recomendaciones de Valles (1999) que sugiere un número no mayor de 10 ni menor de 6; esto, con el fin de lograr mayor *flexibilidad*, una de las ventajas de esta técnica, pues permite indagar «sobre una gran variedad de temas, con personas diversas y en diversidad de ambientes» (p. 304). Otra de las ventajas del grupo de discusión que Valles señala se denomina «interacción grupal», que supone que las participaciones de cada una de las mujeres dependerán no solo de las preguntas que guíen la sesión sino

también de las intervenciones de las demás mujeres: «La situación de grupo hace que las respuestas surjan como reacción a las respuestas o intervenciones de otros miembros presentes en la reunión» (p. 304).

El grupo de discusión es un escenario en el que «las hablas individuales tratan de acoplarse entre sí al sentido (social)» (Canales & Peinado, año, p. 291); de esta manera, el grupo puede avanzar hacia un consenso con relación a las preguntas propuestas, permitiendo así llegar a conclusiones más o menos homogéneas sobre las formas en las que las mujeres que transitan o habitan el centro de Medellín han construido los miedos que se relacionan con el espacio público de esta zona de la ciudad, pero permitiendo también las tensiones y los desacuerdos que pueden darse entre ellas debido a eso que las diferencia —profesión, edad, estrato socioeconómico o historia de vida—. En la práctica, los cuatro grupos focales tuvieron una tendencia más clara hacia el consenso que hacia el desacuerdo, emergiendo en ellos la identificación entre los relatos y las historias.

Una de las formas de enfrentar los miedos es nombrarlos, darles lugar en la palabra y en el relato; así, es posible explicar eso que se experimenta a partir de la racionalidad que está en juego (Reguillo, 2000, p. 191). De ahí surgió un interés en la metodología de la *producción narrativa*, procurando que esta atravesara los diversos momentos del trabajo de campo. La *producción narrativa* invita a la construcción de textos —orales o escritos—, permite encadenamientos temporales, ubica y contextualiza; las narrativas «crean tramas y dramas y, al hacerlo, generan sentido sobre la experiencia de los narradores, de las situaciones sociales y de la historia» (Crossley, como es citado en Martínez & Guzmán, 2014, p. 113). Bajo esta perspectiva, el trabajo privilegió la conversación como la principal fuente de información. En este caso, además, el tema de conversación en torno al cual giraron los encuentros fue el

miedo que, siguiendo a Agnes Heller, es un sentimiento (2006, p. 102); por tanto, la confianza fue un motor para los relatos que surgieron en cada sesión.

### Estructura general del grupo de discusión.

Tabla 2.  
*Actividades grupos de discusión.*

Momentos del grupo de discusión			
Duración: 4 horas			
	Actividad	Recursos	Duración
1	Presentación		30 minutos
2	Intercambio de experiencias generadoras de miedo	Tarjetas Plumones y lapiceros	60 minutos
4	Reflexión sobre el mapa individual y los lugares generadores de miedo	Copias de mapas Lapiceros Hojas en blanco	60 minutos
5	Construcción de mapa colectivo	Mapa tamaño pliego Figuras adhesivas	90 minutos
6	Reflexiones finales	Lectura: La niña mala (Montserrat Ordóñez)	30 minutos

### Descripción de actividades.

#### *Presentación.*

Duración: 30 minutos.

Planteando el grupo de discusión desde su «carácter artificial» (Canales & Peinado, 1994, p. 292), cuya conversación como colectivo existió solo para los fines de la investigación, es importante un reconocimiento previo de las actantes. Se dio la palabra a cada una durante tres minutos para que expresaran su nombre, lugar de procedencia, ocupación y la relación con el centro de la ciudad. Este momento fue importante puesto que al ser un grupo

no constituido previamente, era necesario establecer una relación entre iguales que proporcionara «ilusión de comunicación y placer de la palabra» (Canales & Peinado, 1994, p. 292) y estimulara la confianza para que las hablas individuales pudieran fluir durante el encuentro.

### ***Intercambio de experiencias.***

Duración: 60 minutos.

Cada participante escribió en una ficha alguna experiencia vivida en el centro de la ciudad que le generó miedo. Se esperaba que el relato correspondiera a una situación particular y no a sensaciones generalizadas, y que tuvieran estos elementos mínimos: qué me sucedió, cuándo, con quién y dónde. Posteriormente, las fichas fueron redistribuidas entre todas las participantes, de manera que cada una tuviera la experiencia de otra mujer. Posteriormente, cada participante leyó la experiencia ajena, relatando si le ha sucedido algo similar y cuál ha sido su reacción frente a ello, o cuál hubiera sido en caso de no haberlo experimentado. En todos los casos surgió una conversación en torno a las experiencias, las participantes preguntaron a otras, retomaron su experiencia y la ampliaron o hicieron intervenciones frente a los demás relatos.

### ***Reflexiones finales.***

Duración: 30 minutos

Tras culminar todos los ejercicios, incluyendo el mapa colectivo —cuya metodología se detalla más adelante—, se invitó a un momento de reflexión final que respondiera a la pregunta: ¿por qué le tememos a esos lugares? Esta conversación permitió comprender razones y orígenes de esos miedos. Para este momento, nos acompañó la lectura del cuento ya mencionado *Una niña mala*, de Montserrat Ordóñez (1996), que permite una reflexión

sobre la escisión de los géneros masculino y femenino, especialmente en lo que se refiere al mundo de lo público —calle— y lo privado —hogar— y los roles, las posibilidades y las imposibilidades asociados a esta; además, el cuento presenta la transgresión que significa romper esas fronteras. Un fragmento:

Quiero ser una niña mala y no lavar nunca los platos y escaparme de casa. No voy a explicarle las tareas a nadie, ni a tender la cama. No quiero esperar en el balcón, suspirando y aguantando lágrimas, la llegada de papá. Ni con mamá ni con nadie. Cuando sea una niña mala gritaré, lloraré dando alaridos hasta que la casa se caiga. Cuando sea una niña mala no voy a volver a marearme y a vomitar. Porque no voy a subir al auto que no quiero, para dar las vueltas y los paseos que no quiero, ni voy a comer lo que no quiero, ni a temer que alguien diga si vomitas te lo tragas, pero a papá no se lo hacen tragar. Yo voy a ser una niña mala y sólo voy a vomitar cuando me de la gana, no cuando me obliguen a comer.

Llegaré con rastros de lápiz rojo en la camisa, oleré a sudor y a trago y me acostaré con la ropa sucia puesta y roncaré hasta despertar a toda la familia. Todos despiertos, cada uno callado en su rincón, respirando miedo. Quiero ser el ogro y comerme a todos los niños, especialmente a los que no duermen mientras yo ronco y me ahogo. Porque los niños cobardes me irritan. Quiero niños malos, y quiero una niña mala que no se asusta por nada. No le importa ni la pintura ni la sangre, prefiere las piedras al pan para dejar su rastro, y aúlla con las estrellas y baila con su gato junto a la hoguera. Ésa es la niña que voy a ser. Una niña valiente que puede abrir y cerrar la puerta, abrir y cerrar la boca. Decir que sí y decir que no cuando le venga en gana, y saber cuándo le da la gana. Una niña mojada, los pies húmedos en un charco de lágrimas, los ojos de fuego. (Ordóñez, 1996)

## Cartografías colectivas

Para la exploración de los lugares del centro que son temidos por las mujeres se propuso, dentro del grupo de discusión, un ejercicio de cartografía social, una herramienta que permitió trazar mapas a partir de la territorialidad de los sujetos, es decir, de sus apropiaciones, cercanías y experiencias con el territorio. Estos mapas, además, fueron colectivos y horizontales, pues tuvieron en cuenta el saber que cada sujeto participante ha construido con relación a ese territorio. En su elaboración, se dio «un intercambio, un debate y consenso» (Diez Tetamanti, 2007, p. 14), que no se limitó al espacio geográfico sino a la interacción que se tiene con él.

Los mapas son «logotipos» que se incorporan a la imaginación; a través de ellos se representa una dimensión socioespacial y, en general, provienen de decisiones políticas y de poder (Escudero, 2014, p. 23). La historia de la cartografía es amplia y ha atravesado todas las civilizaciones, representar el mundo en el que se vive ha sido una necesidad humana y ha contribuido al desarrollo de otras actividades. Un mapa, en muchos casos, se comprende como un todo, y la cartografía social o comunitaria es una forma para controvertir esos trazos definidos por instituciones, límites y convenciones totalizantes que «desbordan la realidad social» (Escudero, 2014, p. 24); así, las geografías se renuevan, se humanizan y aparecen nuevos elementos para leer los territorios. El resultado de este ejercicio, tanto de los mapas individuales como de los colectivos, es una cartografía del centro de Medellín que tuvo en cuenta la subjetividad y la territorialidad de este grupo de mujeres, y estos mapas «no son otra cosa que la constitución de un espacio de diálogo profundo sobre el territorio, entre quienes obran el mapa» (Diez Tetamanti, 2007, p. 29).

Este ejercicio se realizó en dos momentos: una cartografía personal y una cartografía colectiva. La primera buscaba establecer ese territorio personal que es temido por cada una de las mujeres, haciendo uso de la experiencia personal, las referencias, los recuerdos y los imaginarios propios. En la cartografía colectiva se buscó poner en diálogo lo reconocido en el primer ejercicio para lograr consensos que nos permitieron llegar a un mapa final, a manera de «conclusión cartográfica».

### **Elaboración de mapa personal.**

Duración: 60 minutos.

Cada una de las participantes contó con un mapa ilustrado en el que aparecen referentes significativos del centro de Medellín; aunque el ejercicio fue personal, se propició un diálogo en torno al centro, los espacios públicos y las representaciones que se tienen de ellos; esto a través de preguntas sobre los usos que en su historia personal le han dado: lugares que frecuentan (almacenes, restaurantes, bares, casas de amigos o familiares, centros culturales), hasta dónde llega o dónde se toma su transporte público, dónde empieza y termina el centro para ellas; qué referentes urbanos asocian directamente al centro (construcciones, murales, estereotipos). Durante este momento ocurrió algo que es cotidiano en el habitar de las ciudades: preguntas por determinados lugares que no se tenían claramente identificados. Cada participante marcó las tres categorías de miedo que se determinaron para la investigación: imaginado, experimentado y referenciado.



Figura 3. Mapa usado para el ejercicio individual.  
Cortesía: Alianza Caminá pal Centro.

### Construcción de mapa colectivo.

Duración: 60 minutos.

Para este momento se propuso un diálogo sobre lo planteado por cada participante en su mapa, dirigiendo la conversación hacia los relatos y las coincidencias que entre ellos existían, con el fin de lograr los consensos necesarios para marcar los lugares que se perciben como fuentes de amenazas y, por lo tanto, generan miedos. Se siguieron los mismos criterios del momento individual, es decir, las tres categorías de los miedos: experimentados, referenciados e imaginados.



Figura 4. Mapa para el ejercicio colectivo de cartografía social.  
Cortesía: Universo Centro. Proyecto Mapa Centro.

Una vez terminada la conversación, se pidió a las participantes que escribieran algunas palabras clave que asociaran al centro de Medellín, separando las que tuvieran connotaciones negativas de las positivas, y que nos dieron ideas sobre las representaciones del centro, las amenazas percibidas y, por ende, los miedos que a esta zona de la ciudad se asocian.

### **El lobo del miedo.**

Para representar los tipos de miedos en los mapas elegimos la figura del lobo, animal reconocido, especialmente, por ser el devorador de Caperucita Roja en el clásico cuento de Charles Perrault (1697) y que, gracias a los hermanos Grimm (1812), que introducen la figura del cazador, no logra su cometido. Probablemente sea de este cuento, que también tiene

antecedentes en la tradición oral francesa (Guardia Calvo, 2007, p. 26) que provenga la idea del lobo como amenaza para las mujeres, asunto que se ve reflejado en el estribillo que funciona como moraleja final de la versión de Perrault:

Aquí vemos que los niños,  
y sobre todo las niñas,  
buenas, amables y bonitas,  
hacen muy mal en escuchar a cierta gente,  
y que no es extraño  
que el lobo se las coma.  
Y digo el lobo, pues no todos los lobos  
son del mismo tipo;  
los hay muy complacientes,  
que sin ruido y con buenos modales  
siguen a las jovencitas  
hasta sus casas y a todas partes.  
Pero, ¡ah!, sabed que esos lobos empalagosos  
son, de todos, los más peligrosos. (1967)

Como referente para la elección de este símbolo, también está el texto de la psicoanalista Clarissa Pinkola Estés (2005), quien desmitifica al lobo como ser malvado y devorador. Ella recoge, en un cuento de su autoría, esa representación del peligro para las mujeres, pero introduce situaciones que demuestran que el lobo-miedo puede ser desafiado y transformado:

—No salgas al bosque, no salgas —dijeron ellos.  
—¿Por qué no? ¿Por qué no tengo que salir al bosque esta noche? —preguntó ella.

—En el bosque habita un enorme lobo que se come a las personas como tú. No salgas al bosque, no salgas por lo que más quieras. (Pinkola, 2005, p. 641)

Hasta ahí, el lobo es la representación del miedo, es la amenaza que se encuentra en lo profundo del bosque. «Tengo que ir al bosque y encontrarme con el lobo; de lo contrario, mi vida jamás podrá empezar», dice la protagonista del cuento. Y, en este caso, se encuentra con un lobo herido que pide su ayuda y que luego la compensa regalándole una pestaña que le servirá para ver de otro modo las cosas. Así, Pinkola convierte al lobo en experiencia o sabiduría; en suma, dice que enfrentar los miedos permitirá ver de otro modo, desde otros lugares.

Pero la presencia amenazante del lobo no está solo con relación a las mujeres. Delemeau (1978) nos cuenta que este era particularmente temido y señal evidente de peligro: «En el plano de las representaciones conscientes, era el animal sanguinario enemigo de los hombres y de los rebaños, compañero del hambre y de la guerra. Por eso había que organizar constantemente batidas colectivas para cazarlo» (p. 87). La elección del lobo como figura para representar los tipos de miedo no solo tuvo un carácter gráfico, pues, a partir de la metáfora, fue posible desencadenar ideas y sensaciones que se manifestaron en las conversaciones. Incluso, la alusión a cuentos infantiles también permitió volver sobre los recuerdos de la niñez que, en muchos casos, han tenido incidencia sobre los miedos presentes en la actualidad.

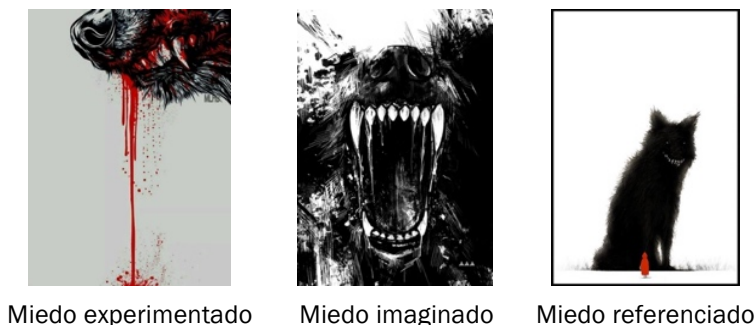


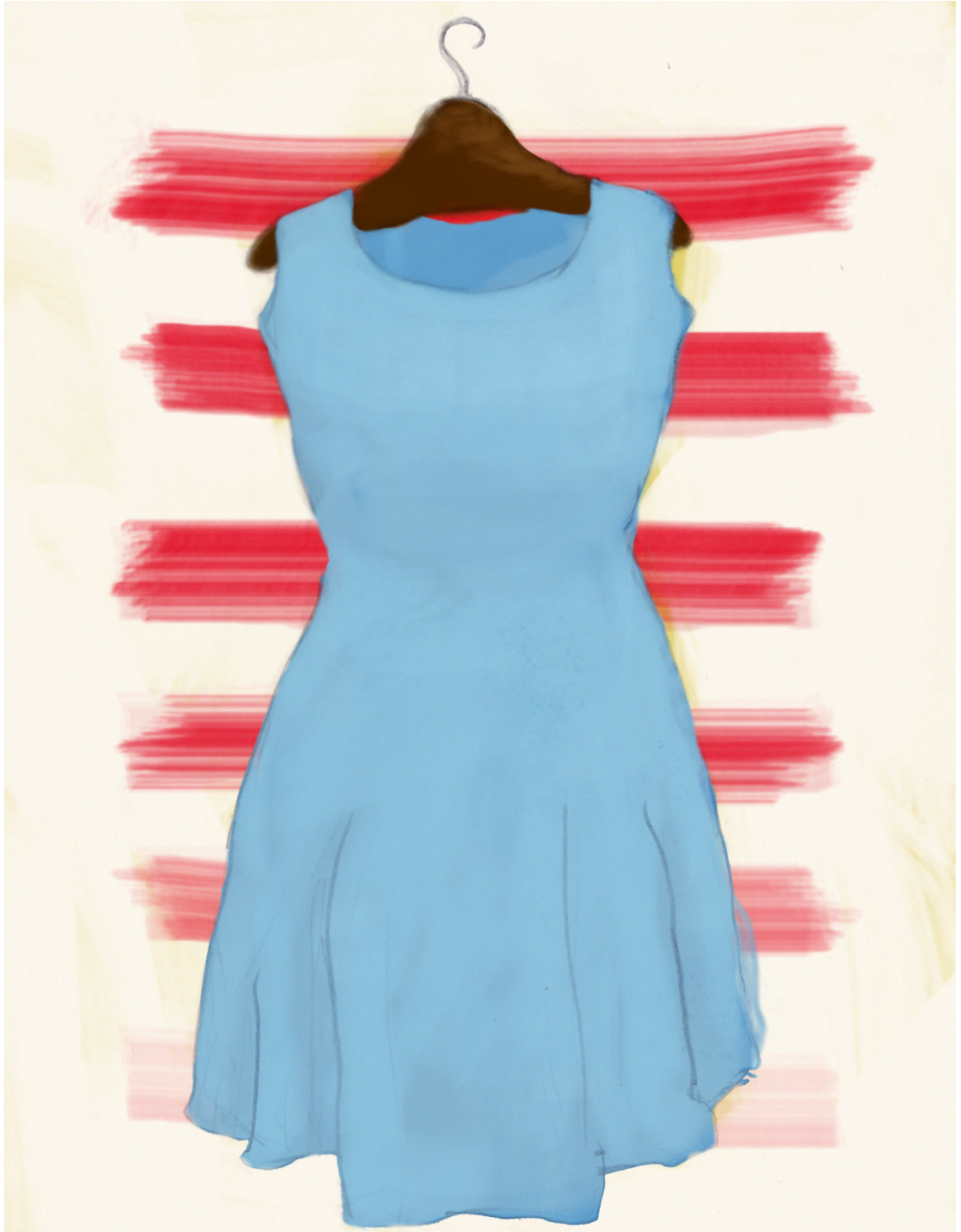
Figura 5. Imágenes que representan los tipos de miedo.

### Herramientas de sistematización.

Para organizar la información de los cuatro grupos se usaron tres herramientas que permitieron reunir la información obtenida de cada uno de los ejercicios realizados en cada uno: una matriz de categorías que se aplicó para los relatos escritos y orales, una matriz para agrupar las palabras claves y un mapa. Así, los relatos escritos sobre las experiencias que han generado miedos, las narraciones que estuvieron presentes durante toda la conversación, las palabras que las mujeres propusieron como descriptores del centro y las cartografías individuales y colectivas, pudieron ser sistematizadas y categorizadas para su posterior análisis.

- 1) **Matriz de categorías y subcategorías:** a partir de la investigación teórica y del trabajo de campo se definieron las categorías y las subcategorías necesarias para dar respuesta a los objetivos propuestos; con ellas se construyó una matriz en la cual se consignaron las ideas y las expresiones surgidas en los grupos de discusión y se analizaron los relatos escritos por cada una de las participantes. (Ver Anexo 1: Matriz de categorías).

- 2) **Matriz de descriptores:** se hizo una clasificación temática de las palabras obtenidas en el ejercicio individual y se agruparon en esta matriz. (Ver Anexo 2: Matriz de palabras claves).
- 3) **Mapa:** se identificaron los lugares señalados por cada uno de los grupos, logrando una cartografía que logra resumir todo el proceso. (Ver Anexo 3: Cartografía colectiva: los miedos de las mujeres en el centro de Medellín).



*«Porque no basta descubrir que se es dueña del cuerpo y no basta afirmarse de una manera teórica e intelectual sobre el enunciado de esa verdad. La lucha, casi siempre dura y desgarradora, comienza con esa afirmación, ella le sirve de sustento y de acicate, y la una no puede darse sin la otra. Al fin y al cabo el cuerpo no es solo un territorio físico, un nudo de venas y músculos, y piel estremecida y carne gozosa o adolorida. Asumir el cuerpo implica asumir conductas, decisiones, modos y actitudes que desafían el pasado, que enfrentan el presente, que le quitan al futuro su máscara de miedo y de impotencia. Una mujer que padece su cuerpo como propio, como suyo, rescatado de tantas y tan antiguas cenizas, ya no tiene miedo, ya no tiene derecho a tener miedo».*

Aura López.

## El centro de Medellín: ¿un territorio de miedo para las mujeres?

*«Una noche, esta noche, cualquier noche... camino, no hay mucha luz, una que otra persona aparece. Mis pies aceleran el paso, algo de sudor se siente en mi piel. La sensación de querer llegar al parque de Boston no desaparece. Esa escena representa mi miedo».*

(Mujer habitante del centro, 28 años).

Este capítulo recoge los hallazgos del trabajo de campo de esta investigación. Lo que aquí se consigna es la síntesis de la información obtenida a través de los cuatro grupos de discusión y de las cartografías colectivas, tomando como punto de partida el marco teórico expuesto en el capítulo uno, en el que se abordaron las nociones de miedo, género y espacio público. El capítulo se divide en seis subcapítulos que dan cuenta de los usos del espacio público en el centro de Medellín, los miedos asociados a este, los tipos de violencias que generan dichos miedos, las principales zonas del centro que se relacionan con los miedos y las asociaciones entre las construcciones sociales del miedo y del género.

En el primer subcapítulo: «Habitar el centro de Medellín: usos del espacio público», se indaga por las principales formas en las que este grupo de mujeres ha usado y apropiado el espacio público del centro de Medellín, las cuales fueron agrupadas así: (i) encuentro y vida nocturna, (ii) oferta cultural y artística, (iii) actividades económicas y (iv) movilidad y transporte. Estas formas de uso y apropiación del territorio tienen mucho que ver con las construcciones de sus miedos en la ciudad y, sobre todo, con las formas en las que los afrontan, por eso se partió de esta clasificación, pues nos permite tener un mejor contexto sobre las mujeres y sus relaciones con el centro de Medellín. Posteriormente, el subcapítulo llamado «La construcción de los miedos de las mujeres en el espacio público del centro de

Medellín», ahonda en las representaciones de sujetos, situaciones y lugares y cómo estas inciden en las amenazas percibidas por las mujeres, dando lugar a la formación de los miedos, que, de manera particular se asocian a dos tipos de violencia: la urbana y la de género, asunto que se desarrolla en los dos subcapítulos siguientes: «Violencias urbanas: cuando la banda sonora del barrio es “¡Cójnlo, cójanlo!”», y «Violencias de género: cuando el riesgo es ser mujer». Luego, para dar cuenta de los miedos en función del territorio, el subcapítulo «Un mapa de los miedos de las mujeres: “La tensión entre habitar y no habitar y el miedo de por medio”», desarrolla los hallazgos de las cartografías colectivas, ubicando los miedos en cinco zonas del centro de Medellín: San Antonio-Niquitao, parque Berrío, parque Bolívar, Prado Centro y parque del Periodista; para cada una de ellas se elabora una caracterización como lugar de miedo, destacando historias, experiencias, referencias, imaginarios y datos que aportan a dicha construcción. Por último, el subcapítulo «¿Ser mujer es tener miedo?» propone una reflexión sobre las relaciones que existen entre la construcción social del miedo y la construcción social del género femenino, asociado, justamente, a la debilidad, la falta de valentía y la normalización del miedo y del hecho de esconderse ante él.

El trabajo se propuso con la clasificación de los miedos según su origen —la experiencia, las referencias o los imaginarios— al momento de recoger y presentar la información obtenida, esta división no resultaba efectiva, pues en las tres categorías aparecen todas las zonas. Si bien, en cada una de las zonas también aparecen los tres tipos de miedo, esta clasificación nos permitió acercarnos mejor a la relación miedo-territorio, planteada en uno de los objetivos. Sin embargo, antes de adentrarnos en la construcción de los miedos y los lugares asociados a estos, es importante recordar cuáles son los tipos de miedos que ubicamos en cada uno de los lugares identificados:

- **Los miedos experimentados** son aquellos que quedan instalados en cada una de las mujeres tras haber vivido, en alguno de estos lugares, una experiencia traumática; atracos, robos, violaciones o situaciones de acoso sexual son las más comunes. En algunos casos se han presentado amenazas contra su integridad física.
- **Los miedos referenciados** surgieron a partir de experiencias ajenas, situaciones vividas por sus círculos de afecto cercanos o relatos concretos escuchados sobre determinados lugares. También aparecen tras las referencias entregadas por medios de comunicación y las estadísticas conocidas sobre inseguridad en el centro.
- **Los miedos imaginados** son aquellos que no tienen un arraigo en una situación específica, pero están ahí, instalados, sin mucha certeza de su origen. En muchos casos tienen que ver con rumores o representaciones colectivas; «todo el mundo dice que...» es el inicio de muchas de las expresiones sobre este tipo de miedo. También están asociadas a situaciones particulares que detonan el miedo, como la oscuridad y la noche, la soledad, la suciedad o la presencia de cierto tipo de personajes.

### **Habitar el centro de Medellín: usos del espacio público**

Caminar, encontrarse con los amigos, bailar —salsa—, salir en la noche, irse de fiesta, acceder a la oferta artística y cultural, comprar, asistir a marchas. Así *habitan* las mujeres el espacio público en el centro de Medellín. Para quienes tienen una relación habitual con la comuna 10 o con el centro ampliado, este sector de la ciudad aparece como un espacio propicio para realizar actividades muy diversas; la cercanía entre diferentes lugares, la amplia

oferta de servicios —bancarios, de salud— y la oferta comercial, permiten que este sea un lugar práctico para la vida cotidiana. En algunos casos, el centro se ha convertido en el territorio de la ciudad en el que se concretan varias dimensiones: sucede que quienes tienen su vivienda en el centro suelen concentrar gran parte de sus actividades también allí; para quienes trabajan en el centro, con algunas excepciones, el sector les ofrece muchas posibilidades para otro tipo de actividades, pero para quienes lo frecuentan como espacio de entretenimiento y ocio, no suelen desplegarse otro tipo de relaciones; para ellas, el centro se asocia más al encuentro y a la vida nocturna, mientras que en el día solo la obligatoriedad de alguna diligencia que no pueda ser llevada a cabo en ningún otro lugar de la ciudad las convoca a estar en el centro.

En las historias de muchas de ellas, el centro empezó a aparecer en sus mapas mentales desde la infancia, cuando estaba asociado al lugar al que sus familiares mayores recurrían para hacer diligencias o compras; para muchas de ellas «bajar» al centro era sinónimo de «paseo», y se usa el verbo «bajar» puesto que, por la condición de valle de la ciudad, la mayoría de los barrios —desde el estrato 1 hasta el 6— se ubican en zonas de ladera, al oriente y occidente del río. En los relatos aparece una evocación de las visitas al centro como momentos especiales de la vida familiar:

***Venir al centro era un paseo***

*Mi tía venía mucho al centro y siempre me traía, me decía: «vamos a hacer las vueltas». Y a mí me encantaba salir. Yo vivía en Castilla, que es un barrio alejado del centro, y desde mi casa se alcanzaba a ver toda la ciudad, entonces yo, feliz. Era paseo. En las noches, desde arriba, desde la terraza, les preguntaba por qué se apagan y se prenden las luces, y ellas me decían: «Es porque nosotras vivimos muy lejos y eso que tú ves es el centro». Yo sentía que era muy*

*lindo ir hasta allá. Entonces el cariño que le tengo al centro es el de salir a pasear. Mi familia es muy campesina, de Belmira, para ellos salir al centro era salir al pueblo y, efectivamente, mi tía se arreglaba —era soltera en ese tiempo— y se arreglaba superlinda y me arreglaba a mí, me peinaba divina. Ella siempre hacía las vueltas y después nos íbamos a «vitrinar» por todo Junín, y siempre nos quedábamos babeando en la vitrina de una joyería que todavía existe.*

### ***Recuerdos con sabor a pastel***

*Yo crecí en el barrio Pedregal y estar en el centro era todo un acontecimiento. Tengo en mente eso de mi mamá: decorándose mucho porque «voy pa'l centro». Con ella veníamos a hacer las «vueltas». Con mi papá veníamos más los fines de semana, nos traía al parque Bolívar, veníamos a cine y todavía estaban los pasteles de Esmeralda, que uno compraba dos por el precio de uno, en toda la esquinita de Caracas, una pastelería que fue muy importante de la ciudad, era un espacio muy bacano para compartir. Y nos llevábamos el montón de pasteles para la casa.*

### ***Los pinitos de la vida bohemia***

*El centro siempre fue el lugar de trabajo de mi mamá, la oficina, la empresa se llama Prever, en el parque Bolívar. Y era muy chévere ir los sábados porque no teníamos colegio. Somos tres hermanas y jugábamos ahí, en el parque y comíamos paleta de agua. La mejor amiga de mi mamá, que es una mujer que admiro mucho y que fue muy importante porque me construí un montón de cosas a su imagen, siempre vivió en el centro, y mi mamá iba a la casa de ella y se tomaban media de brandy o de ron, entonces eran días superdivertidos, viernes o sábados por la noche. Ella siempre vivió ahí por la Placita de Flórez, por donde quedaba Exfanfarria, con ella descubrí el asunto cultural del centro, los bares, los teatros y empecé a ir desde que estaba en el colegio.*

A partir de estas experiencias, se configura en este grupo de mujeres un imaginario del centro asociado a tres tipos de actividades:

- Encuentro y vida nocturna.
- Oferta cultural y artística.
- Actividades económicas.

Pero además de estas posibilidades, también aparecen en ese imaginario las vías y las formas de moverse a través de él; por eso, en muchos casos, al hablar de este territorio la asociación directa que se hace es con la movilidad y el transporte, que incluye caminar como un medio recurrente. En la manera de percibir el centro también se destacan otros dos aspectos: la diversidad que este les representa y su carácter histórico y patrimonial. Sin embargo, para algunas mujeres, especialmente las de estratos más altos, el centro sí se configuró desde la infancia como un lugar ajeno y peligroso; incluso habitándolo, el mensaje que recibían era de prevención frente a este sector de las ciudad.

### ***El centro, lugar de viejos***

*Para mí el centro era una incógnita. Vivía en Robledo Las Cometas, en Villaflores, hasta los ocho años. Recuerdo que escuchaba «El Hueco» y eso me inquietaba mucho, nunca lo pude entender. Mi papá decía: «No, «llave», ahorita vengo que voy pa Ecuador». Eso me marcó mucho porque quedé superconfundida. ¿Ecuador? Y caí en cuenta, mucho tiempo después, de que yo iba a Ecuador también, porque ahí vive mi abuelita. Es de toda la vida venir al centro, a Prado, porque ahí vivía mi abuela. A los 8 años, que mi papá murió, empezamos a vivir en una casa diferente, también en Prado. El centro era un lugar de viejos, muy solo, con mucho tráfico, porque precisamente estamos ubicados en Ecuador y Sucre, y todos los buses de Manrique subían por Sucre y bajaban por Ecuador, entonces nosotros crecimos encerrados en una casa,*

*porque mi mamá trabajaba. Mi abuelita era muy callejera y con ella íbamos al centro, pero siempre en taxi.*

***Cuando la familia transmite el miedo***

***(I)***

*Yo vine a bajar al centro cuando tenía por ahí 15 años, porque a mi mamá le daba mucho susto que yo viniera, a veces bajaba, pero con ella y a hacer cosas muy puntuales, y era muy duro porque uno chiquito y encontrarse con el mundo de gente. Pero empecé a crecer, entré a la universidad, cuando ingresé al movimiento social, a los 16 años, eso me lanzó del barrio hacia el centro. Siento que el centro sigue siendo un lugar de tránsito, pero muy importante y que siempre me lleva a experiencias vitales.*

***(II)***

*En el centro, desde muy pequeña. Mis papás tenían una pescadería en Tejelo entonces pasaba mucho tiempo ahí, pero no más, no salir de ahí. Luego, fue empezar a descubrir el centro por mi propia cuenta, lo cual trajo sus consecuencias; recuerdo muchas peleas con mi papá preguntando «dónde estabas», «en un bar en el centro». Y por ese asunto que les da a los mayores, el hablar por experiencia: «yo trabajo allá, yo lo conozco, yo sé porque te digo que allá no vas». Recuerdo que fue un espacio geográfico conflictivo por eso de empezar con mis propias búsquedas.*

En suma, para estas mujeres el centro siempre estuvo presente en sus historias personales, todas ellas recibieron alguna información sobre este sector de la ciudad, lo visitaron en algún momento y para diversas actividades y en la actualidad, a partir de experiencias concretas, tienen un nivel de apropiación del territorio que les permite moverse por algunos de sus espacios, identificar los peligros y tomar decisiones para poder transitarlo.

## Encuentro y vida nocturna.



Figura 6. Nube de descriptores asociados a la categoría Encuentro y vida nocturna.

Fuente: elaboración propia.

A partir de las experiencias que relacionan desde su infancia, en muchas de estas mujeres se ha configurado un imaginario del centro de Medellín relacionado con la vida nocturna y el encuentro con los otros. De manera particular, la amistad y los amigos son palabras recurrentes, lo que explica que en muchas ocasiones pertenecen a círculos sociales que despliegan su encuentro en el centro, lo que implica para ellas un factor de protección para el disfrute del espacio público en las noches. En esta categoría aparecen los bares como los lugares referenciados para la vida nocturna y, de manera particular, se referencia con nombre propio el bar El Guanábano, en el parque del Periodista, un lugar que representa seguridad en medio del caos y la sensación de inseguridad que supone a veces la noche en este lugar. Sin nombre propio aparecen lugares ubicados en las Torres de Bomboná, un conjunto residencial abierto que tiene alrededor de su plazoleta negocios diversos como

bares, cafés, restaurantes, almacenes de ropa, papelerías, peluquerías y la sede de la Registraduría Nacional del Estado Civil. «Las Torres» son un espacio integrador que provee sensación de seguridad y tranquilidad, lo que no pasa una vez se sale de ellas, como se verá más adelante; es decir, dicha sensación es proporcionada, en gran medida, por la vigilancia privada con la que cuenta el conjunto y por la presencia de los establecimientos comerciales

### ***Descubrir el centro***

*En algún momento, no sé cuando pasó ni cómo pasó, empecé a salir con amigos en el centro y descubrí que había muchísimas cosas por hacer que yo nunca había hecho. Nunca había ido a teatro, ni había salido a un bar del centro a tomarme una cerveza, o a comer en el centro. Eso fue un poco empezar a minar esa mirada o esas sensaciones que mis papás me habían inculcado en torno al centro, y desde ese momento empecé a ir lugares que estaban vedados para ellos y a poner en cuestión todo eso.*

### ***El encanto de la vida nocturna***

*Nunca he vivido en el centro, pero desde que estudié aquí empecé a visitarlo, hace por ahí 20 años —ahora tengo 35—, y desde ese momento no he dejado de visitarlo, más que todo esa propuesta cultural, la noche me encanta.*

### ***La amistad en el centro***

*Creo que se ha vuelto un lugar para el ocio, la recreación. Sí cultural, pero también es muy de ocio, del compartir, de la amistad, de la rumba y de apreciarlo mucho, de caminarlo también bastante, me gusta. Y me gusta también participar de la desestigmatización del centro; cuando puedo, a mis hermanos que vienen una vez cada que van a renovar el pasaporte, invitarlos a algún lugar acá es muy bacano porque es como lo más exótico, y se van superfelices y uno siente que gana un poquito el centro, gana desestigmatizándolo para muchas personas.*

Así, aunque la noche se ha presentado como un factor de amenaza, habitar el centro en esas horas es también una forma de afrontar los miedos, bien sean experimentados, referenciados o imaginados. El hábito puede aplacar el sentimiento, según Agnes Heller (1999, p. 97), por eso, habitar el espacio público resulta ser una de las estrategias más efectivas para combatir los miedos que allí mismo emergen. Y para algunas de las participantes está la tarea de convocar a otras personas a combatir esos miedos. Este testimonio habla del disfrute del centro, a pesar de reconocer que aún hay aspectos que lo harían más seguro y habitable:

***Para disfrutar el centro***

*Entiendo que hay muchas otras cosas que me gustaría que hubiera y que no hay, más parques, por ejemplo, o que algunos lugares estuvieran más iluminados, o que no fuera tan difícil caminar por algunas aceras del centro. Pero eso no hace que disfrute menos caminarlo, sé que en algún momento será así, ojalá pase y yo trato de hacer mis aportes para que eso pase, pero en este momento me gusta disfrutarlo tal como es.*

## Oferta cultural y artística.



Figura 7. Nube de descriptores asociados a la categoría Oferta cultural y artística.  
Fuente: elaboración propia.

En cuanto al uso del centro a través del acceso a la oferta cultural y artística, con algunas excepciones, este grupo identifica en este sector de la ciudad diferentes posibilidades. El teatro y la música son las manifestaciones artísticas que sobresalen, pues la comuna 10 cuenta con un número significativo de salas de teatro y dos de los teatros más grandes de la ciudad —Teatro Metropolitano y Teatro Pablo Tobón Uribe— están ubicados allí. Que exista esta oferta cultural y artística en el centro hace que habitarlo sea tan complejo como deseable. Complejo, porque suelen aparecer tensiones y dificultades en cuanto al transporte público, que empieza a escasear después de las 10:00 p. m., y porque algunas de las zonas en las que están ubicados los centros culturales también están revestidas de referencias e imaginarios que afectan su percepción y las convierten en lugares de miedo. Deseable, porque eventualmente se cuenta con artistas, obras de teatro, exposiciones, conferencias, tertulias y otro tipo de actividades que invitan a acercarse al centro.

### ***El centro, desde la adolescencia***

*Como estudié en el Javier Londoño y en el CEFA, entonces, durante toda mi adolescencia, el centro era el lugar que habitaba. También he sido mucho de ir a teatro, de ir a Comfenalco y a Comfama, a ver películas, a leer. Y ahora voy mucho a la Casa de la Memoria.*

### ***Punto de múltiples encuentros***

*Vivo en el centro, y la oferta cultural me convoca mucho, entonces habito mucho los parques para tomar cerveza, fumarme el bareto<sup>11</sup>, para conversar con los amigos y las amigas. El punto de encuentro es el centro. El cine, el teatro, las movilizaciones que pasan por el centro, y participo de muchas.*

En los mismos usos del espacio público para las actividades culturales que, como vemos en los testimonios, se entrecruzan también con las de la vida nocturna —de hecho, la mayor parte de actividades culturales en el centro se realizan en horarios nocturnos—, se evidencia la percepción de un centro que convoca a la diversidad y al encuentro. Del grupo de 28 mujeres participantes, solo cinco dicen no asistir nunca a este tipo de actividades y dos de ellas lo han hecho eventualmente, pero no lo tienen por costumbre; de estas siete mujeres, solo dos afirman que no lo hacen por miedo al centro en las noches.

A la oferta cultural y la vida nocturna se vinculan otros dos aspectos: la diversidad y el carácter histórico y patrimonial del centro. En el caso de la diversidad, para este grupo de mujeres es clave la forma en la que en este sector es posible encontrar la expresión de diferentes identidades y manifestaciones culturales. Si bien el centro es reconocido como un no-lugar o lugar de tránsito, también existen espacios en los que ciertos grupos sociales se asientan y ocupan permanentemente. Es el caso, por ejemplo, del parque San Antonio, en el

---

<sup>11</sup> Forma coloquial de llamar al cigarrillo de marihuana.

que confluye la comunidad negra, especialmente los fines de semana; el parque del Periodista, que ha sido ocupado tradicionalmente por personas jóvenes, estudiantes universitarios y consumidores de marihuana, puesto que allí la adquieren fácilmente y funciona como una suerte de «zona de tolerancia» en la que el consumo no es sancionado socialmente.

La presencia de bares y discotecas de músicas diversas, las dinámicas de algunos sectores en los que se han instalado centros culturales con residencias artísticas, el hecho de que muchas de las movilizaciones y las manifestaciones de carácter político empiecen en algún punto del centro o lleguen a él, la presencia de iglesias cristianas, además de las tradicionales iglesias católicas, los grafitis que han empezado a darle vida a muchos de los muros del centro, la existencia de una de las plazas de mercado más tradicionales de la ciudad —Placita de Flórez—, de centros comerciales que se han ido modernizando y la conjugación de torres de apartamentos u oficinas y de infraestructuras patrimoniales, como el Museo de Antioquia, la Casa Barrientos, todos esos son factores que configuran un imaginario asociado a la diversidad.



Figura 8. Nube de descriptores asociados a la categoría Historia y patrimonio.  
Fuente: elaboración propia.



Figura 9. Nube de descriptores asociados a la categoría Diversidad.  
Fuente: elaboración propia.

Frente al carácter histórico y patrimonial, se reconoce el centro como un sector en el que se dio origen a gran parte de la historia de la ciudad; especialmente, se ve el barrio Prado

Centro, con sus casonas patrimoniales (algunas cuyo deterioro es notorio) y revestido de nostalgia, como un lugar fundamental en esa historia. Este barrio también se identifica como una de las zonas a las que se asocian algunos de los miedos de este grupo de mujeres y se lamenta que, a pesar de ser patrimonio de la ciudad, se encuentre en una situación de descuido y abandono, características percibidas por ellas y que tienen que ver con la sensación de inseguridad y la emergencia de miedos asociados al uso del espacio público.

### Actividades económicas.



Figura 10. Nube de descriptores asociados a la categoría Actividades económicas.  
Fuente: elaboración propia.

Teniendo en cuenta que 18 de las 28 mujeres participantes en los grupos de discusión tienen en el centro su lugar de trabajo, este es uno de los descriptores asociados a las actividades económicas que aparecen con mayor frecuencia. Los trabajos de este grupo son diversos: tres de ellas se dedican a las ventas, una es vendedora ambulante y ejerce su labor

caminando, no tiene un puesto fijo de trabajo; otra es vendedora de mostrador en un centro comercial especializado en artículos de sistemas, la otra es vendedora de servicios de telecomunicaciones y para su trabajo, en el que debe atender la zona del centro se moviliza en vehículo particular. Doce mujeres tienen una oficina en el centro de Medellín y asisten diariamente a él; algunas se transportan caminando, puesto que también viven en el centro; una de ellas, que vive en un barrio cercano, lo hace en bicicleta; una en vehículo particular y las demás usando medios de transporte público. Dos mujeres trabajan eventualmente en el centro, al que deben asistir a reuniones o encuentros particulares y lo hacen en transporte público y una, a pesar de no tener una oficina, debe concertar citas con sus clientes en este sector diariamente.

### ***Trabajar sin miedo***

*Hace quince años empecé a trabajar. Trabajé en un banco como asesora comercial, entonces me ha tocado visitar el centro y muchos barrios de por acá cerquita. Después trabajé siete años como visitadora médica y me tocaba visitar, casualmente, la zona del centro, la Clínica Medellín, la Clínica del Rosario, la Clínica León XIII, San Vicente de Paúl, toda esta zona, me mantenía muchísimo en el centro. Ahora trabajo en telecomunicaciones y tengo muchos clientes en el centro. Entonces, a pesar de que no he tenido oficina, este es mi sitio de trabajo, yo creo que no hay día en no tenga que bajar al centro. Y por eso no me da miedo, yo escucho a la gente y me dicen: «¿a usted no le da miedo meterse allá?». Vengo en el carro, o si me toca venirme en metro o en bus, no me da miedo porque sé cómo ando, sé con quién me meto, sé que debo estar pendiente, superatenta. Mucha gente se siente insegura en el centro, porque lo van a robar, yo, al contrario, me siento segura porque hay mucha gente y si me pasa alguna cosa yo voy a gritar y alguien me va a auxiliar, entonces no me da miedo meterme al centro.*

Pero aunque el centro de la ciudad se presente con apertura y diversidad, de esa misma diversidad da cuenta el hecho de que algunos barrios de la comuna 10 sean estrato 1 y estén habitados por personas de bajos recursos económicos y muy bajo acceso a esa oferta para el disfrute de la cultura, el arte y la noche. Es el caso de una mujer que vive en el barrio Niquitao, trabaja en el centro, también vive en esta zona, pero en realidad, el centro le es desconocido y distante.

***Encerrada en un solo centro***

*Yo vivo en todo el centro, en El Palo con San Juan, y mi relación con el centro es de trabajo.*

*Vendo fritos: empanadas, pasteles, palitos, todas esas cosas, yo las hago y salgo a venderlas.*

*El centro mío, para andarlo, por Niquitao y por San Diego, por todo El Palo donde yo vivo y ya.*

*Porque decir que conozco más por acá del centro, no.*

Además del trabajo como actividad económica propia, hay una idea de un centro para los negocios, para las actividades financieras, para las compras y, en general, para eso que en Medellín se denomina como «las vueltas», diligencias diversas que pueden realizarse en el centro y que si bien centros financieros y comerciales se han extendido hasta los barrios y han ocupado lugares estratégicos en el sur de la ciudad, el centro sigue siendo referente para ello, más para lo relacionado con el mundo financiero que con los centros comerciales, pues quedan pocos en el centro, no existen muchos almacenes de grandes marcas y la oferta de la ciudad, en este sentido, es bastante amplia. Se destaca también la presencia de ventas ambulantes, que constituyen, en muchos casos un factor de inseguridad y de temor, pues hay zonas con altos índices de contaminación y de ruido debido a la alta aglomeración de carretillas y *chazas*<sup>12</sup> para la venta de todo tipo de productos, generando grandes

---

<sup>12</sup> Expresión coloquial para referirse a los puestos de venta informales que se instalan en el espacio público.

concentraciones de personas que posibilitan los llamados «cosquilleos<sup>13</sup>» y actos de acoso callejero en contra de las mujeres que transitan por estos espacios. Todas ellas coinciden en que estas son zonas en las que deben transitar con prevención y rapidez.

### Movilidad y transporte.



Figura 11. Nube de descriptores asociados a la categoría Movilidad y transporte.  
Fuente: elaboración propia.

Sobresalen dos palabras que además son identificadas por las participantes como factores positivos en el habitar el centro: caminar y cercanía. Para muchas de ellas la decisión de vivir en el centro está relacionada, justamente, con la cercanía que existe entre los diferentes lugares y, con ella, la posibilidad de moverse caminando. Esto, si bien representa una ventaja desde el punto de vista económico y de movilidad, pues se evitan congestiones, también representa un riesgo. Muchos de los relatos asociados a los miedos experimentados

---

<sup>13</sup> El cosquilleo es una modalidad de robo que consiste en rozar a la víctima para distraerla, cuando esta se percata concentra su atención en la sensación y, mientras tanto, otro ladrón sustrae sus pertenencias de su bolso o bolsillo.

relatados por ellas tienen que ver, justamente, con el acto de caminar. Y también sucede, como veremos más adelante, que los miedos imaginados afloran durante las caminatas por algunas vías y parques del centro. Es particular, entonces, cómo en este grupo de mujeres, caminar sea un verbo referenciado como una acción positiva inherente al centro, pero, al mismo tiempo, ha sido una de las actividades que las ha puesto en riesgo; por ello, hay límites, tanto en las zonas como en las horas en las que es posible hacerlo. Pero, con todo eso, siguen prefiriendo caminar y siguen viendo en el centro un territorio propicio para ello.

***Caminar, sí, pero de día y en compañía***

***(I)***

*Si son más de las ocho y media o nueve de la noche, yo no me subo caminando para mi casa, me voy en un taxi. Y no me ha pasado nada, la verdad nunca me han robado, nada. Pero si yo estoy sola, me voy en un taxi; si tengo con quién irme caminando, me voy caminando, pero sola no.*

***(II)***

*De día no tengo miedo a caminar en ningún lugar del centro. De noche, después de las 11 o 12, sí me da miedo. Por ejemplo, no caminaría Niquitao de noche, ni la calle de debajo del Museo [de Antioquia] hacia abajo, a menos que esté acompañada, pero sola no. Bajando por el viaducto del Metro de San Antonio hasta Cisneros he caminado de noche sola y no me da miedo.*

El sistema de transporte público masivo Metro tiene seis estaciones en el centro. Aunque no aparece referenciado como uno de los medios de transporte más usados, sí aparece en los relatos como espacios en los que se han vivido escenas asociadas a los miedos, tanto dentro de los vagones, donde se presentan situaciones de acoso, como en los

alrededores de las estaciones, que suelen ser congestionados y se vinculan con atracos y robos no violentos.

### La construcción de los miedos de las mujeres en el espacio público del centro de Medellín



Figura 12. Nube de descriptores asociados a la categoría Sentimientos aversivos.  
Fuente: elaboración propia.

Para identificar las representaciones del miedo en el espacio público del centro de Medellín fue importante establecer, en primer lugar, si efectivamente este grupo de mujeres asocia este territorio con dicho sentimiento. El resultado puede verse en la nube de descriptores asociados a la categoría Sentimientos aversivos (Figura 12) en la que sobresale el miedo; son diversos los factores que lo generan y están relacionados con lugares, situaciones y sujetos. También se identificaron como generadores de miedo las amenazas contra las posesiones (atracos y robos en general), contra el bienestar subjetivo —como el acoso físico y verbal, especialmente de carácter sexual— y contra la integridad física y la vida

—asesinatos, violaciones o lesiones—. El trabajo con los grupos de mujeres corrobora el sentido de la clasificación de los miedos propuesta, pues se identifica su origen en las experiencias propias —miedos experimentados—; las referencias de experiencias ajenas y la divulgación de noticias y estadísticas —miedos referenciados—; y los relatos, las ideas y las percepciones que no parecen tener concreción en una historia, experiencia o referencia específica —miedos imaginados—, pero que están ahí, son sentidos e impiden el uso de ciertos espacios públicos.

Los espacios públicos de las ciudades son percibidos por la mayoría de las mujeres como amenazadores y atemorizantes. Esos temores se encuentran determinados por la poca familiaridad y confianza que sienten cuando circulan en determinados espacios urbanos; además, responden a construcciones culturales e históricas de ese «ser mujer», que ahondan sentimientos de inseguridad y autoprotección e introducen y refuerzan la mirada de vulnerabilidad hacia las mujeres. (Falú, como es citada en Toro & Ochoa, 2016, p. 67)

Sin embargo, en este grupo de mujeres, que ya tienen una relación construida con el centro de la ciudad y unos hábitos de uso del espacio público de este territorio, no se evidencia la poca familiaridad y la confianza citadas anteriormente. Más bien, sus miedos responden a representaciones dadas, en muchos casos, justamente por la familiaridad y el conocimiento de ciertos lugares. Lo que sí aparece con mayor frecuencia es la desconfianza hacia cierto tipo de sujetos, entre los que sobresale el habitante de calle, identificado por ellas como un sujeto «sin nada que perder» y que por lo general se encuentra en un estado alterado de conciencia —borracho o drogado—, que lo vuelve imprevisible y agresivo. También se manifiesta una representación de los hombres que los hace aparecer como sujetos

amenazantes, y esto tiene que ver con esa condición subjetiva de la mujer habitando el espacio público: comprender que una de las razones que está en el fondo de las desigualdades entre los géneros es que las mujeres pertenecen al espacio privado y el público es de los hombres, las hace sentir vulnerables frente a ellos: «Como que ser mujer es ser débil y si está en la calle está expuesta. «¿Qué hace una mujer bebiendo cerveza sola en un bar?», afirma una de las participantes, no porque sienta que así deba ser, sino porque ha corroborado que sigue siendo una idea culturalmente posicionada. Detectar cerca un hombre borracho o drogado también se presenta como una amenaza, pues, al igual que los habitantes de calle, no se sabe qué esperar de un sujeto en esas condiciones, los niveles de agresividad pueden ser altos, sus conductas pueden salirse de lo esperado y propiciar situaciones que se pueden volver, en palabras de una de las participantes, «incontrolables». Por último, aparecen las mujeres, pero estas están vinculadas especialmente a los miedos experimentados; es decir, para que una mujer entre a formar parte de una representación asociada al peligro o a la amenaza, una de ellas tuvo que haber sido agresora en una historia propia o una muy cercana, que pueda ser corroborada, lo que quiere decir que, en general, las mujeres no esperan ser agredidas por otras mujeres, no aparecen relatos ni palabras que hagan referencia, por ejemplo, a la prostitución —que en el centro de la ciudad es ejercido mayoritariamente por mujeres y cuyos espacios están claramente determinados (carrera Cundinamarca, entre Boyacá y La Paz o el sector de San Diego)— y ubique a las mujeres que la ejercen como sujetos amenazantes, como bien pueden serlo los hombres que frecuentan estos sectores. Y aunque en algunos relatos las agresoras fueron mujeres, a estas se les ubica en situaciones particulares —la soledad de un lugar o el rol que tenía en una plaza de vicio—, pero no se extiende a una representación generalizada sobre las mujeres como sujetos amenazantes.

Tras este panorama, es momento de responder algunas de las preguntas cruciales de esta investigación: ¿a qué le temen las mujeres en el centro de Medellín?, ¿cuáles son las amenazas y los riesgos que ellas identifican en este territorio?, en resumen, ¿cuáles son las representaciones asociadas al miedo que se han configurado en este sector de la ciudad? En la matriz de categorías resultante de la sistematización de los grupos focales podemos identificar las siguientes representaciones y amenazas:

Las representaciones surgen del conocimiento que este grupo de mujeres ha obtenido sobre el centro, bien sea basado en las experiencias propias, las referencias adquiridas o las ideas asociadas a este territorio específico; es decir, la sumatoria de los tres tipos de miedo con los cuales se construyeron las cartografías —experimentados, referenciados e imaginados— nos da como resultado la representación.

Al ubicarnos en las **representaciones de lugar** asociadas al miedo —es importante volver a señalarlo porque, como se vio anteriormente, existen muchas otras representaciones que se podrían clasificar como positivas— sobre el espacio público en el centro de Medellín, se identifican tres características: la soledad, la oscuridad y la suciedad. Los lugares donde se ubican sus miedos suelen cumplir con alguna de estas características; la congestión se presenta como ambivalente, pues si bien para algunas la alta afluencia de personas puede ser un factor de protección, para otras son precisamente las aglomeraciones las que posibilitan acciones contra su integridad, como los robos no violentos o el acoso físico o verbal. Las **amenazas** son aquellas situaciones frente a las cuales sienten vulnerabilidad, potenciales acciones violentas que atentan contra sus posesiones, su integridad o su vida y su bienestar subjetivo. Sobre cada uno de estos lugares aparecen diferentes testimonios y relatos que dan cuenta de las ideas relativas al miedo. Los lugares específicos en los cuales

han sucedido o pueden suceder estas situaciones son los que se evidencian en el ejercicio de la cartografía, sobresaliendo las plazas y los parques, algunas calles y los puentes.

La siguiente tabla resume las representaciones y las amenazas asociadas al espacio público que configuran los miedos de este grupo de mujeres:

Tabla 3.  
*Categorías sobre representaciones del centro y amenazas o riesgos.*

<b>Representaciones</b>	Asociadas a sujetos	Habitante de calle
		Hombre
		Hombre borracho o drogado
		Grupo de hombres
	Asociadas a lugares	Oscuridad
		Soledad
Suciedad		
<b>Amenazas contra:</b>	La posesión	Atraco
		Robo no violento
	La integridad o la vida	Asesinato
		Lesiones
		Violación
	El bienestar subjetivo	Acoso verbal
		Acoso físico

Y en la siguiente matriz, tras el análisis de las representaciones y las amenazas, se expone la forma en la que se construyen los miedos en el centro de la ciudad, atendiendo a las amenazas, a las circunstancias que posibilitan los hechos violentos y, por lo tanto, que se convierten en representaciones del miedo, y a los sujetos que potencialmente pueden llevar a cabo el hecho y, por lo tanto, son quienes ejercen las amenazas:

Tabla 4.  
*Elementos que configuran las representaciones.*

Miedos asociados al espacio público en el centro de Medellín			
Tipo de violencia	¿A qué?	¿En qué circunstancias?	¿Quién ejerce la amenaza?

<b>Violencias urbanas</b>	Al asesinato, las lesiones personales, el robo no violento o el atraco	En lugares solos, oscuros o sucios	Un hombre, un hombre drogado o borracho, un habitante de calle, una mujer o un grupo de mujeres
<b>Violencias de género</b>	Al acoso físico y verbal (especialmente de carácter sexual) y a la violación		

Del análisis de todos estos elementos, podemos establecer entonces que los miedos están dirigidos a dos tipos de violencias: **la violencia urbana**, que es aquella de la que son víctimas todas las personas que habitan una ciudad y que si bien «los fenómenos de violencia en la vida urbana, objetivos o subjetivos, son vividos de forma diferente según el sexo, la edad, la posición social» (Laub, 2007 p. 68), los actos producto de esta violencia pueden recaer — de formas y con consecuencias diferenciadas— sobre cualquier habitante de la ciudad. Y **la violencia de género**, aquella que está directamente relacionada con la condición de ser mujer y su posición de subordinación frente al género masculino. Durante las discusiones también tuvo lugar la reflexión sobre la forma en la que se relacionan otros sentimientos, como la rabia o la indignación, y algunas sensaciones, como la incomodidad y el asco, con el miedo:

***¿Qué más sentimos con el miedo?***

*Estoy intentando pensar qué es esto del miedo, qué sentimos cuando decimos que algo nos da miedo, que el corazón palpita, que sudamos. Pero también qué otras sensaciones, por ejemplo rabia, incomodidad. A mí me sucede en el parque del Periodista, no en El Guanábano, sino en el parque como tal, una incomodidad, no me gusta el parque, pero no sé si eso es miedo. Me siento como ahogada en ese espacio. ¿Qué más sentimos con el miedo?*

**Violencias urbanas: cuando la banda sonora del barrio es: «¡Cójnlo, cójnlo!».**

*Es terrible esa sensación de echarse culpas. ¿Pero por qué saqué el celular aquí si tanto dicen que aquí roban, si tanto dicen que aquí es peligroso, por qué lo tenía afuera? Es tremendo, se siente culpa, se siente rabia. ¿Y ahora qué hago? Es sentirse muy despojado, muy vulnerado, es muy tenaz.*

(Mujer que trabaja y visita el centro, 28 años).

Uno de los principales miedos está relacionado con la amenaza a las posesiones, de manera específica a través de los atracos y los robos no violentos, que se conocen como «cosquilleo» o los que el Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia de Medellín (SISC) cataloga como «descuidos». Transitar el centro, bajo cualquiera de los usos que se haga de este, es vivir en constante riesgo de ser víctima de alguno de estos delitos, pues según datos del año 2017, la comuna 10 es la que registra mayor índice del delito «hurtos a personas»<sup>14</sup>, con 5.704 casos. Las mujeres señalan sentirse vulnerables y, en algunos casos, relacionan esa vulnerabilidad con el hecho de ser mujeres, por ejemplo, cuando los zapatos que les es obligatorio usar para ir a las oficinas —tacones— les dificultaría una acción como correr para escapar de posibles agresores. También sienten que, en general, son más observadas o que, por estar evadiendo los constantes acosos callejeros son presa fácil para los ladrones. En algunos casos, las mujeres señalan que, además del miedo a ser atracadas, las habita el temor de lo que puede venir después: el grito «cójnlo, cójnlo» es común cuando un ladrón es detectado, por ejemplo, cuando la víctima grita o cuando alguien

---

<sup>14</sup> Todas las cifras corresponden al informe del SISC con fecha del 28 de diciembre de 2017.

los sorprende en flagrancia. Normalmente, lo que pasa en estos casos es que el ladrón intenta huir y, por lo general, es atrapado por algún hombre y suelen presentarse episodios de linchamientos contra ellos en los que participan diversas personas —hombres la mayoría— que se encuentren en el sector. La respuesta de la Policía suele ser lenta y, mientras tanto, vecinos y transeúntes «toman la justicia por sus propias manos». De ahí que en muchas ocasiones ellas prefieran «no hacer escándalo» cuando sienten que algo les puede pasar o, incluso, que les está pasando, pues también aparece el temor de empeorar la situación y generar una acción aún más violenta; en suma, en ocasiones, algunas de las mujeres prefieren guardar silencio y proteger al ladrón, como se evidencia en el siguiente testimonio:

#### ***Persecuciones y linchamientos***

*Salí del trabajo y asistí a la persecución de un muchacho como de catorce años. Montones de personas detrás de él. Sentí muchas ganas de llorar. Había policía, sí, pero creo que lo alcanzaron antes. Me monté al metro «emperrada» llorando. Y pensar que muchos de los que animan esos linchamientos hacen más daño que un chico de estos.*

Los siguientes testimonios dan cuenta del miedo al atraco o al robo no violento, ubicándolo en ciertos contextos y exponiendo los mecanismos de prevención para evitarlos.

#### ***Una referencia peligrosa***

*Yo voy caminando siempre con mi bolso normal, pero paso por ahí —parque San Antonio— y soy con precaución, como mirando todo, porque ya sé, ya lo tengo metido en la cabeza. Puede que pase en todo el centro, en todas partes de la ciudad, pero en esa parte en especial tengo la referencia de que es superpeligroso.*

**«Estar mosca<sup>15</sup>», una estrategia de prevención**

*Me da mucho miedo el ladrón, siempre estoy con el bolso muy bien cargado, muy bien cerrado todo, muy bien puesta yo. Estoy siempre muy mosca en la calle.*

**«Miedo a sentirme vulnerable»**

*En la calle algo que genera tensión en mí son los ladrones, le temo a la gente, a la persona que mira raro, que hace un movimiento que no es común. Y el miedo genera también cierta reacción en mí, una reacción un poco más agresiva porque también me da miedo que me roben, le tengo miedo a sentirme vulnerable.*

**Los corrillos y los atracos**

*Yo trabajé en un edificio en toda la esquina de Carabobo con Colombia. Alguna vez, una compañera salió y a los diez minutos se devolvió porque le habían robado. Ahí se generan unos corrillos y también he tenido la referencia de que esos corrillos son superpeligrosos para los robos, ahí aprovechan para hacer de todo, convocan para hacer un concurso un jueguito, y eso lo veo mucho en ese sector.*

La construcción social del miedo que se asocia a las amenazas contra las posesiones está fuertemente ligada a las referencias de los medios de comunicación y los testimonios como los que acabamos de leer, en los que prevalece el cuidado del bolso como estrategia de protección, tienen mucho que ver con la difusión de noticias que, de manera constante, indican que el centro es un territorio inseguro. Así se configuran relatos que están cargados de zozobra, pues pululan los atracadores, las bandas dedicadas al robo, el hurto es preocupante y el centro el lugar más inseguro de la ciudad. En consecuencia, la sumatoria de

---

<sup>15</sup> Expresión coloquial que hace referencia a prestar especial atención en una situación determinada.

las experiencias propias y ajenas, el conocimiento de cifras y la divulgación de titulares que destacan robos, atracos y hurtos, dan como resultado una percepción de inseguridad que se convierte en miedo de habitar el espacio público en el centro de Medellín.



Figura 13. Ejemplo de noticia sobre la inseguridad y los robos en el centro.  
Fuente: periódico *El Colombiano*. 18 de julio de 2017.



Figura 14. Ejemplo de noticia sobre la inseguridad y los robos en el centro.  
Fuente: periódico *El Tiempo*. 22 de noviembre de 2017.



Figura 15. Ejemplo de noticia sobre la inseguridad y los robos en el centro.  
Fuente: Noticias Caracol. 12 de agosto de 2017.

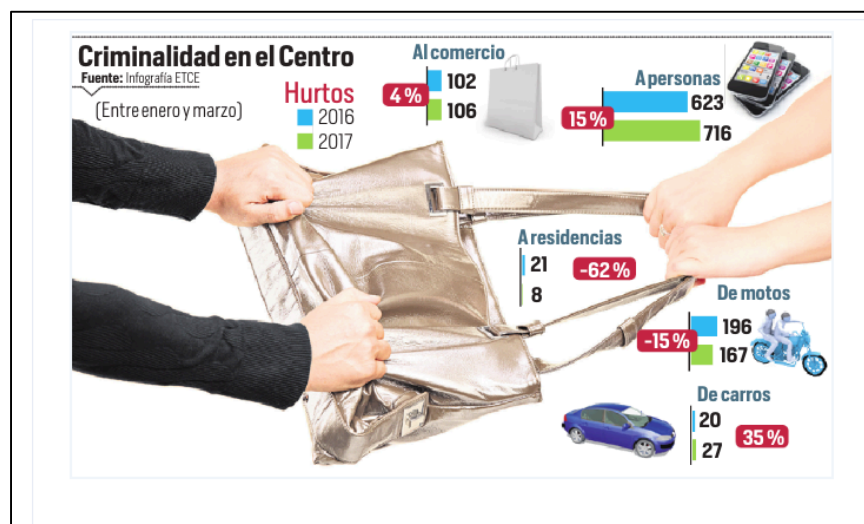


Figura 16. Infografía sobre la inseguridad y los robos en el centro.  
Fuente: periódico *El Tiempo*. 4 de abril de 2017.

El miedo al asesinato aparece con poca frecuencia; si bien existen relatos en los que se da cuenta de balaceras, algunos muertos no relacionados directamente con ellas o explosiones que podrían generar muertes violentas, el miedo real que se identifica es a sufrir lesiones. Pero, en estos relatos, queda evidenciado que al presenciar un intento de homicidio o un homicidio, el miedo concreto que aparece no es a ser asesinadas ellas, como sí sucede con otros delitos, como el hurto; más bien, lo que se configura es un miedo imaginado, pues

en su subjetividad ciertos lugares quedan estigmatizados y se vuelven para ellas inhabitables. Que el miedo al asesinato no aparezca como representativo en las mujeres podría tener que ver con que las cifras de homicidios en Medellín son más altas para los hombres —513 en el año 2017— que para las mujeres —59 en el mismo período—, y aunque en la ciudad vienen en aumento los feminicidios —el informe del SISC no discrimina este tipo de asesinato pero diferentes medios de comunicación indican que hasta el 13 de diciembre de 2017 se registraron 24— estos están más asociados a violencia intrafamiliar y a los espacios privados, lo que puede explicar que no aparezcan como un temor predominante en el uso del espacio público.

#### ***El miedo de ver caer***

*La experiencia de violencia en un espacio público que más temor me generó, y durante más tiempo, fue el asesinato con arma de fuego de un chico joven que trabajaba en un almacén en mi edificio. Yo estaba en casa cuando ocurrió y escuché todo. Me generó sensación de temor durante un tiempo porque me hacía sentirme vulnerable en la calle. Es una sensación que nunca había tenido porque nunca había vivido algo así de cerca.*

#### ***¿La plata o la vida?***

*Yo estaba trabajando con las empanadas y bajaba por el puente de la avenida Guayabal, llegando al centro. Traía el delantal, la plata, un bolsito con las salsas y se me aparecieron dos muchachos, se me arrimaron y me pusieron una pistola en el cuello, no sé si era de verdad la pistola, pero me dio mucho miedo. Pensaba en mi mamá, pensé en que iba a caer en ese río, porque lo único que veía era el río, y me dio mucho miedo. Me decían que entregara la plata y yo era callada, no era capaz de hablar, estaba fría del miedo que tenía, pensé que me iban a matar ahí; eran como las dos de la tarde, era temprano, y pasaban los carros, pero nadie hacía*

*nada. Se me llevaron el bolso con las salsas y no se dieron cuenta de que tenía la plata en el delantal.*

El anterior relato, además de dar cuenta de la relación entre delitos —cómo un atraco puede terminar convertido en un asesinato, o cómo la amenaza del asesinato es una estrategia para llevar a cabo un atraco—, también hace alusión a otro hecho que las mujeres sienten recurrente cuando se presentan situaciones de violencias contra ellas en las calles: la falta de solidaridad; aunque pareciera que esto contradice lo que sucede con los linchamientos a ladrones, en los que aparece una expresión comunitaria, pero que más que de solidaridad, es la exacerbación de un deseo de violencia que se ejerce con la aceptación social, pues se trata de un castigo a alguien que violó las reglas y, en muchos casos, quienes participan de dichos linchamientos no tienen siquiera conocimiento de cuál fue el caso o quién es la víctima, simplemente, se unen a una especie de furia colectiva. Sin embargo, para algunas de ellas, la falta de solidaridad, en el caso de las violencias urbanas, está relacionada, justamente, con el miedo a que los agresores tomen represalias contra quienes se atreven a defender o proteger a la víctima, por ejemplo de un atraco. En uno de los grupos se dio esta conversación entre varias mujeres:

*—Siempre que me subo a un taxi pongo los seguros, porque una vez se me subió un ladrón a cada lado. Y estábamos en un taco.*

*—Pero también qué falta de solidaridad. En un trancón no te pueden atacar si la gente que está en el taco no dejara.*

*—Pero no es un asunto solamente de solidaridad. Si yo veo que están atracando el taxi de adelante seguramente no me voy a meter, porque me da miedo que me disparen, por ejemplo. No es tan simple como no ser solidario.*

*—Sí, y también es que todo pasa muy rápido.*

*—Sí, si se le ocurriera algo a uno en un segundo, seguro lo haría, pero lo que está operando ahí debe ser el miedo.*

Así, la defensa de quienes son agredidos, lo que ellas llaman solidaridad, también constituye un riesgo que activa el miedo y, con él, el silencio como factor de protección.

Aunque el miedo al asesinato y la latencia de esta amenaza no es tan recurrente, cabe anotar que en la configuración de este temor también participan activamente los medios de comunicación y la divulgación de cifras. Por ejemplo, en 2017, dos de los cinco barrios con mayor índice de homicidios estaban ubicados en el centro: Estación Villa (29) y La Candelaria (18) y, en general, la comuna 10 tiene los índices más altos en la ciudad, contando con 103 de 572 homicidios reportados. Aunque las cifras no aparecen en los relatos como detonantes de los miedos referenciados en el centro, sí existe una idea generalizada —de la que también participan los medios de comunicación— de que en esta zona ocurren muertes violentas y que, como en el caso de una de las mujeres participantes, que sintió su vida amenazada en medio de un atraco, estas están relacionadas con otro tipo de delitos. De otro lado, a diferencia de los atracos y los hurtos, los titulares de prensa señalan que los asesinatos ocurren en toda la ciudad, no solo en el centro.

EL TIEMPO Medellín terminó el año con 577 asesinatos

## Medellín terminó el año con 577 asesinatos

En 2017 ocurrieron 33 casos más que en 2016. Solo en diciembre de este año se registraron 58.

- Comentar
- Facebook 27
- Twitter
- Guardar
- Enviar
- G+ Google+
- LinkedIn



La Candelaria (centro de la ciudad) fue la comuna con más homicidios en 2017, con un total de 103.  
Foto: David Sánchez / Archivo EL TIEMPO

Figura 17. Noticia sobre asesinatos en Medellín en 2017.  
Fuente: periódico *El Tiempo*. 1 de enero de 2018.

## Octubre, el mes con más muertes violentas en Medellín en los últimos tres años



Uno de los crímenes que más conmocionó a la comunidad durante el mes fue el asesinato, el pasado 19 de octubre, de una pareja de adultos mayores en el barrio El Velódromo. FOTO ARCHIVO

Figura 18. Noticia sobre muertes violentas en Medellín en los últimos tres años.  
Fuente: periódico *El Colombiano*. 1 de noviembre de 2017.



Figura 19. Noticia sobre asesinatos en Medellín.  
Fuente: periódico *El Tiempo*. 17 de octubre de 2017.

Entre los rumores que desde que son niñas escuchan las mujeres están los relacionados con el uso de escopolamina, también conocida como burundanga, por parte de los agresores. Esta, por lo general, es usada para atracos y violaciones. Rondan las advertencias como abrir las ventanillas de un taxi si el taxista rocía algún ambientador o estar atentas a los tragos en los bares. Uno de los relatos que surgió en los grupos está relacionado con esta experiencia y, a pesar de no haber sufrido ninguna lesión física o pérdida material, las consecuencias para su protagonista implicaron la renuncia a su trabajo, al estudio y un miedo instalado frente a todo el centro de Medellín.

### ***Cuando desafiar el miedo se convierte en un peligro***

*Salí de mi oficina y debía bajar a clase hasta Comfenalco —en la calle Colombia con Cúcuta—, estaba estudiando. Nunca me iba caminando y ese día quise hacerlo. Mi oficina era en la avenida Oriental con Maracaibo, en un momento doblo una esquina... no sabía por qué estaba por allá. Me entré a un almacén de remates de todo a mil y me tiré hasta el mostrador, la vendedora me ayudó, me dieron agua, me acostaron en el suelo, revisaron mis cosas y empecé a acordarme quién era y para dónde iba. Ahí estuve hasta las siete de la noche que pude irme,*

*ya consciente. Dos cosas terribles de esta experiencia: que dejé mi estudio y me faltaba un semestre, y que cuando recobré el sentido me dio miedo llamar a mi esposo porque sabía que me iba a regañar por haber salido caminando. Nunca caminaba sola en el centro. En la noche fui al médico y parece que me cayó algo tipo escopolamina.*

El principal temor para esta mujer y, por consenso para las demás participantes del grupo, está relacionado con la posibilidad de ser víctimas de una violación o cualquier tipo de agresión sexual; si se vive en condición de vulnerabilidad de manera cotidiana, esta se incrementa cuando hay algún estado alterado de conciencia. De hecho, para muchas de ellas, el consumo de licor es un factor de riesgo. Así que, dado que el miedo instalado a partir del uso o consumo de este tipo de sustancias está relacionado con la violencia sexual, se enmarca dentro de las violencias basadas en género. El miedo a este tipo de violencias se verán en detalle en el próximo aparte.

De manera insistente, en los relatos y los testimonios ofrecidos por las participantes aparecen los habitantes de calle como sujetos amanzantes. Un habitante de calle, según la definición del Ministerio de Salud (año) colombiano es una «persona sin distinción de sexo, raza o edad que hace de la calle su lugar de habitación, ya sea de forma permanente o transitoria». Este miedo puede tener explicación en lo que Adela Cortina (año, p.) ha denominado *aporofobia*: el rechazo al pobre, un rechazo que también se articula con la relación directa que existe entre violencia y pobreza. «Según las percepciones que hemos aludido, el sicario y el atracador son, para la mayoría de la gente, pobres que roban por vicio o necesidad» (Jaramillo *et al.*, 2001, p. 131), y en ese sentido, los habitantes de calle son personas que están en el extremo de la pobreza.

**«Mucho miedo de los habitantes de la calle»**

*Pues a mí me da mucho miedo todavía en el centro, no me he podido acostumbrar. Una vez intentaron robarme y me tuve que meter a un negocio para disimular. Y me da mucho miedo de los habitantes de la calle. Una vez, iba con mi mamá por Tejelo y un habitante de la calle me tocó, me dio tanta rabia que yo llevaba una bolsa en la mano y mi reacción fue pegarle con esa bolsa.*

Del habitante de calle suele tenerse una imagen asociada a la suciedad, a los malos olores, al resentimiento social, a la agresividad y al consumo de drogas, características que también se perciben como amenazantes, pues representan un alto grado de incertidumbre. Por ejemplo, un ataque con algún artefacto cortopunzante puede tener como consecuencia una infección, o la negación a dar dinero o comida puede acarrear un golpe o alguna agresión física; en suma, no es solo el robo o el atraco lo que se teme.

#### ***Lo inesperado del consumo de drogas***

*Lo que más miedo me da a mí y que me hace huir y evitar a los habitantes de calle —o a cualquier persona, porque hay mucha droga en el centro—, es eso, que no sabes qué va a pasar. Y hay una situación incontrolable, no estás esperando que te atraquen, estás esperando un daño a tu integridad.*

En el caso del consumo de sustancias, es una condición amenazante que no solo se le atribuye a los habitantes de calle; cualquier hombre bajo el efecto de las drogas o el alcohol supone un riesgo debido, justamente, a la incertidumbre sobre sus posibles reacciones. «La asociación drogadicto-delincuencia hace parte del imaginario que en el país se comporta frente a las drogas y da cuenta de uno de los prejuicios más generalizados sobre el consumo de drogas» (Jaramillo et al., 2001, p. 113).

#### ***Un susto de minutos también cuenta***

*Una noche iba caminando por el centro, bajando del parque del Periodista a la estación del metro del parque Berrío. No estaba sola, iba con mi pareja, un hombre catalán, recién llegado a Medellín. Estábamos agarrados de la mano. Se acercó un hombre de unos 35 años, estaba completamente drogado o borracho, no sé. Se quedó mirándome a pesar de estar de la mano de mi pareja, me pidió dinero y me miraba a los ojos. Me quería tocar, pero mi pareja, que no sintió tanto miedo —tal vez por ser extranjero—, le habló durísimo, le dijo: «No, caballero, gracias». Duré con susto muchos minutos después.*

Ya al margen de la indigencia y el consumo de sustancias, cierto tipo de hombres también son observados con prevención, pues existen unos estereotipos que se asocian a la delincuencia, generalmente hombres jóvenes, con cierto tipo de vestimenta y que se tornan más peligrosos si caminan en pequeños grupos. En muchos casos, después de «pasar el susto», lo que ellas detectan es una intención de intimidación en el espacio público, de hacerlas huir o caminar con miedo:

#### ***Amenazas sistemáticas***

*Iba a tomar el bus, en Moore con Sucre, y un joven —que no tenía mal aspecto— estaba parado en la esquina con un perro. Le temo a los perros, entonces me distancié un poco. El hombre pareció acercarse adrede; entonces le dije que le temía a los perros y él me miró fijamente, quieto. Me alejé y por suerte pasó el bus en ese momento. Al mismo hombre, al otro día cuando subía por Sucre hacia mi casa, me lo crucé; se alejó hacia un árbol y yo seguí rápido; caminó tras de mí con un bate en la mano... Me lo encontré en otras ocasiones, en otras calles. Y luego supe de dónde había sacado el perro con el que me intimidaba. No era de él.*

Una de las mujeres señalaba que en un curso de seguridad personal impartido por una empresa en la que había trabajado anteriormente, una de las claves de protección que le dieron fue estar alerta a sujetos jóvenes, que lleven puesta una gorra, pues se asume que el

uso de esta prenda sirve para ocultarse y no ser identificados. Este estereotipo resulta complejo, pues la mayoría de las personas que la usan son hombres jóvenes, lo que pone un límite muy delgado entre la precaución y la estigmatización de una población específica.

***Los de gorrita, los raros***

*Quando veo tipos raros me cambio de acera. Uno aprende a reconocer el de gorrita, el de chompa, la cara. He aprendido a defenderme de la inseguridad, al que vea rarito, de gorrita o algo, me le escabullo.*

En síntesis, en cuanto a la violencia urbana, las mujeres, en general, sienten miedo a ser atacadas, pero sobre todo, a los daños a su integridad física que puedan estar asociados al hecho delictivo, como ser aporreadas, heridas por armas blancas, ser insultadas o ser tocadas por sujetos para ellas desagradables. En los relatos y conversaciones no aparece la pérdida de los objetos o del dinero como su temor real.

**Violencias de género: cuando el riesgo es ser mujer.**

*A mí me violaron. En el centro. Después de una fiesta. Dormida. Drogada. En un sitio que parecía seguro por la experiencia que había tenido ahí. Me defendieron. Luego lo negaron. El miedo que me quedó fue a quedarme con algún desconocido. Luego le tenía miedo a ese ser que no se iba del bar. Luego él desapareció.*

(Mujer visitante del centro, 40 años).

En 2017, en el centro Medellín se registraron 97 delitos sexuales y la mayoría de las víctimas fueron mujeres. Es claro que este delito, aunque también se presenta contra hombres, especialmente pertenecientes a la comunidad gay, tiene como propósito violentar el cuerpo de las mujeres y es un delito que tiene su origen en las ideas machistas que perviven en la sociedad patriarcal, ideas como que a las mujeres les gusta el sexo «a la fuerza», que

sus cuerpos están al servicio del placer masculino, que los hombres tienen necesidades sexuales que deben satisfacer; en fin, ideas que dan cuenta de que «la sexualidad se organizó y se simbolizó alrededor del deseo masculino y que, a raíz de esta circunstancia el deseo femenino quedó atravesado por diversos prejuicios, mandatos y conflictos» (Faur y Grimsom, 2016, p. 97). Esto también explicaría por qué sobre las mujeres que son abusadas o acosadas recaen la culpa y la responsabilidad, situación clave en la construcción social de este miedo, pues en muchos casos, se aprende a vivir con él, pareciendo que se concibe como inherente al hecho de ser mujer.

#### **«Salvarse» de una violación**

*Caminaba hacia la Escuela Nacional Sindical, tenía mis audífonos con bajo volumen, escuché a un tipo que me llamaba insistentemente bajo denominaciones como «flaca, ¡hey!, mamacita, ¡hey!, ¡hey!», de forma reiterativa. En vista de mi omisión a su llamado, se acerca, me toma de un brazo, retiro mis audífonos y le contesto de forma agresiva qué es lo que quiere. El tipo se torna agresivo y comienza a insultarme. Palabras como: «Pedazo de carne, malparida, flaca creída, te voy a hacer mi mujer». Toma mi brazo con fuerza para entrar a una residencia cerca, me escupe el cabello y los hombres que observan solo se ríen y murmuran: «¡Eso!», como a modo de celebración por lo que hace el sujeto. Logro zafarme. Lo que se me viene a la cabeza es sentenciarlo a muerte: «Esta noche no respirás, cerdo asqueroso» y, acto seguido, corro hasta llegar a la ENS. Llego a mi casa a bañarme el cabello sintiendo repulsión por el episodio dado.*

La mujer que vivió esta experiencia, relató, además, cómo evita usar vestidos para caminar por el centro porque siente que así «facilita» una posible violación; es decir, asume de entrada la responsabilidad desde su condición femenina, a través de una forma de vestir que en esta cultura es muy propia de las mujeres: faldas y vestidos parecieran ser causantes

de violaciones y acosos; así, para las mujeres, el riesgo es inminente y, por lo tanto, el miedo pareciera estar constantemente presente, condicionando sus relaciones con el espacio público.

La siguiente noticia, que apareció en varios medios días después del desarrollo de los grupos de discusión, aparentemente corresponde al hombre que acosó a la participante, pues el *modus operandi* se corresponde con la historia relatada:

**EL ESPECTADOR** Sábado 20 De Enero

Noticias ▾ Opinión Economía Deportes ▾ Entretenimiento ▾ Vivir ▾ Mujer Tecnología Blogs

**En menos de un mes, hombre habría abusado de cuatro mujeres en Medellín**

Antioquia 24 May 2017 - 10:24 AM  
Por: redacción Nacional

**Heider Martínez Ramos**, quien es señalado como el presunto responsable del abuso de **cuatro mujeres en Medellín**, fue **capturado el pasado lunes 22 de mayo** en Plaza Minorista, tras operativo en conjunto entre la Sijín de la Policía y el Cuerpo Técnico de Investigación (CTI). Según informes de la Fiscalía, este hombre habría **amenazado a sus víctimas con arma blanca** y las habría llevado por la fuerza hasta hoteles ubicados en el **barrio San Benito** de la capital antioqueña, donde accedió a ellas por la fuerza.

Martínez, de 28 años, **aceptó los cargos que le imputó la Fiscalía** como responsable de los delitos de acceso carnal violento. De acuerdo con la investigación que adelanta el Centro de Atención Integral a Víctimas de Abuso Sexual (Caivas), este hombre cometió los abusos entre el 20 de abril y el 21 de mayo de este año.

Heider Martínez trabajaba como empleado de una mueblería en la capital antioqueña. Al momento de la captura, le fueron **decomisadas dos navajas**.

Figura 20. Noticia sobre presunto abusador en Medellín.  
Fuente: periódico *El Espectador*. 24 de mayo de 2017.

***Un riesgo que mortifica***

*Hay mujeres que tienen mucho miedo a ser violadas, una hermana mía vive muerta de miedo, que veía dos tipos parados en la puerta y le daba miedo que la fueran a meter a una de esas casas [refiriéndose a los inquilinatos de Prado Centro] y eso la mantenía muy mortificada.*

Un miedo como el anteriormente relatado se encuentra justificado en relatos como el de la mujer a quien iban a obligar a entrar a una residencia del centro, y se fortalece con noticias de este tipo, pues en esta construcción social también operan fuertemente los relatos que divulgan los medios de comunicación; sin decir que estos sean falsos o exagerados, suman a las ideas en torno a la relación entre habitar las calles del centro y la posibilidad de una violación, una relación que no atiende a un tiempo específico de la ciudad, ni de la historia de las mujeres en todas las culturas.



*Figura 21.* Noticia sobre violaciones en Medellín.  
Fuente: periódico *El Tiempo*. 22 de abril de 1994.

Uno de los *miedos imaginados* que se referenció en este punto, y que involucra también la representación construida sobre los habitantes de calle, parte de una historia que se ha difundido, a manera de rumor, desde hace varios años en la ciudad, pertenece a lo que se conoce como «mito urbano», que, como explica Rosana Reguillo (año, p.): «ponen en funcionamiento visiones y valoraciones sobre el mundo, que se conectan a la dimensión de las identidades sociales». La historia fue escuchada por una de las participantes, y también había sido escuchada por la persona que se la contó; otras participantes aseguraron haber escuchado la misma historia en otros momentos de sus vidas; no hay una víctima conocida

de esta agresión y nadie, a ciencia cierta, sabe el lugar en el que sucedió; sin embargo, el relato ha circulado por diferentes barrios y entre diferentes generaciones y se ubica como uno que da origen a ese miedo imaginado:

***¿Y si el violador es un habitante de calle?***

*Yo recuerdo que, cuando estaba pequeña, en la casa contaron una historia de una mujer que fue violada por un habitante de calle. Al ser un habitante de calle, las infecciones a las que estuvo expuesta eran mucho más graves y esa mujer murió a raíz de las infecciones que le causó la violación. Entonces siempre, pero siempre, porque es una cosa que a mí nunca se me borró, siempre que veo un habitante de calle pienso en esa historia y me da mucho pero mucho miedo que me viole un habitante de calle. En general, que me violen, pero que sea un habitante de calle, peor.*

Además del rumor, en 2015, cerca al centro de Medellín, una mujer vivió una situación similar a la relatada: «Me dijeron que abriera la puerta que, de lo contrario, ellos lo harían. Abrí la puerta y lo que pasó es que esas personas abusaron de mí. Los médicos me encontraron que había adquirido una enfermedad de transmisión sexual», es parte de la historia que apareció en la prensa el 11 de septiembre de 2015.

Radio

INICIO NACIONAL LOCALES DEPORTES INTERNACIONAL

## Mujer denunció que fue abusada por habitantes de calle en vía de Medellín

Septiembre 11, 2015 | 6:09 Am | Tags: Atraco, Femicidio, Habitantes De Calle, Medellín, Vías, Violación

Like 69 f t Save to Facebook



Habitantes de calle / Foto referencial AFP

Milena nunca pensó que el carro que le regaló su esposo de aniversario, se convirtiera en el vehículo que la llevó a vivir el peor capítulo de su vida.

Figura 22. Noticia sobre mujer abusada por habitantes de calle en Medellín.  
Fuente: Noticias RCN. 11 de septiembre de 2015.

### **«Acoso sexual callejero, todo el tiempo».**

Para las mujeres, la experiencia de habitar el espacio público está ampliamente ligada a la necesidad permanente de desarrollar estrategias para enfrentar el acoso callejero. Este se define como «toda práctica con connotación sexual explícita o implícita, que proviene de un desconocido, que posee carácter unidireccional, que ocurre en espacios públicos y tiene el potencial de provocar malestar en el/la acosado/a» (Billi, 2015, p. 12); es un acoso que las mujeres comienzan a experimentar desde que son niñas. En el grupo de mujeres participantes todas manifestaron haber sido «blanco» de esas miradas, palabras, tocamientos y roces por parte de desconocidos en algún momento de sus vidas y esta es una situación que desata en

ellas una cadena de sensaciones y sentimientos que pasan por la incomodidad, el asco, la indignación y el miedo, un coctel muy peligroso para el disfrute del espacio público y para el ejercicio del derecho a la ciudad y que, como explica Shelley Buckingham (año), contribuye a la reproducción de la dominación masculina sobre el espacio.

### **Persecución en el Metro**

#### **(I)**

*Transitando por la plaza del parque Berrío, subiendo las escaleras al Metro, me encuentro un hombre que me dice que mi pantalón me forra muy bien mi «chocha», y de ahí en adelante, siguiéndome muy de cerca y con un actitud muy ansiosa, me repite sus pensamientos frente a lo que va a hacer con mi cuerpo. Me da mucho miedo, tiemblo, cuando logro llegar a los torniquetes le informo al policía y jefe de estación, pero es como si yo estuviera hablando en otro idioma. Me ignoran. El hombre agresor cruza el torniquete y, desafiante y burletero, me espera. Aunque lo señalo, nadie hace nada. Cruzo el torniquete confiada que ya dentro de la estación me va a dejar en paz, pero no es así. Sigue detrás de mí soltando su morbo con voz muy excitada, busca subirse al mismo vagón que yo y lo logra. Está muy cerca de mí, empieza a acariciarme con sus dedos, siento la erección del tipo, y a la altura de la estación San Antonio estoy que me orino del miedo, literal, pues siento que todos ven lo que me está pasando pero a nadie le importa. Podrían violarme en un vagón, en la calle, en una estación y no importaría. Cuando abren la puerta en la siguiente estación, salgo corriendo como una loca en el tumulto, corriendo sin parar hasta llegar a Comfenalco de La Playa. Allí me guarecí a llorar, duré como dos horas ahí. Creía que el hombre del vagón aún me perseguía.*

#### **(II)**

*Estaba en otra estación, en Exposiciones. Yo entro al vagón y hay un viejito, a mí me va como mal con los viejitos, fatal. Entonces el viejito se me viene —el vagón estaba supervacío—, se me viene muy cerca, casi atrás y le digo: «Amigo, respeta mi metro cuadrado»; yo*

*supertranquila, me movía pero el tipo seguía, entonces me volteé y lo miré un poco más agresiva, más retadora y las otras personas me miraban. Entonces el señor se me quedó mirando fijo hasta que me bajé. Me paré así, a verlo un rato, como diciéndole: «Listo, ¿me quieres tocar?, mirame a ver cómo es que es la cosa, pero a mí no me lo hagás». El man se queda así, yo salgo del vagón pensando que ya y el man se baja también. Entonces es muy teso porque tengo la valentía de enfrentarlo en un momento, pero cuando siento que él está ahí, yo salgo pero pitada<sup>16</sup>, corriendo por esas escaleras, bajo a mi ritmo rápido y veo que él también. Una cosa es que se quede por allá mirando pero no, venía detrás. Entonces pensé: «¿Yo qué hago?». Yo ya había salido de la estación y «¿yo que hago?», me le tiré a un taxi y ahí se intimidó. Lo enfrenté y pensé que con eso era suficiente, pero luego, cuando doy la espalda y está detrás, me da temor, ya me sentí más vulnerable. Yo creo que ese es el temor mayor de las mujeres, como sentirnos tan vulnerables ante lo que puedan hacernos porque uno es supuestamente débil.*

En muchas ocasiones, el acoso sexual callejero no contempla el contacto físico, se trata solo de un acoso verbal, lo que conocemos como «piropos» y que durante décadas han estado naturalizados; hoy las mujeres han empezado a reconocer en esta una práctica de dominación masculina a través del ejercicio de la violencia simbólica que representa este tipo de acciones.

[...] en el espacio público dominado por el hombre, podría observarse que la mujer quedaría reducida a un cuerpo en territorio ajeno, que puede ser observado, tocado, del cual se pueden emitir opiniones; es decir, un «cuerpo sin conocimientos, habilidades, emociones ni sentimientos, sin derecho a opinión ni a réplica» (Billi, Guerrero, Meniconi, Molina, Torrealba, 2014, p. 4). (Aranciba et al. 2017, p. 117)

---

<sup>16</sup> Expresión coloquial que significa velozmente.

¿Y por qué se siente miedo frente a este tipo de acoso? En general, las mujeres experimentan una sensación de inseguridad cuando se enfrentan a situaciones de acoso sexual callejero, ya sean verbales o físicas. Por un lado, se encuentra la constatación de vivir en una ciudad en la que aún pervive un ambiente machista que es hostil para ellas; el miedo de usar ciertas prendas, como vestidos o faldas, de transitar por ciertos lugares o a ciertas horas, se convierte en una limitante para el disfrute de la ciudad y el espacio público. El acoso verbal, en sí mismo, constituye una acción violenta, pues evidencia las relaciones de poder en el espacio público y es la demostración de que los hombres «pueden» opinar sobre el cuerpo de las mujeres. Una participante señala:

*Porque los hombres siempre lanzan esos piropos es para causar algo, desagrado o agrado, sea lo que sea; la intención es que vos te movás de ese lugar en el que vas.*

Es decir, el significado del «piropo» puede variar, la carga de las palabras pesa más o menos dependiendo del contexto en el que se pronuncien y de los demás gestos de los que se acompañen: «Cuando aparecen la grosería, los bocinazos o los silbidos, estamos ante algún grado de cosificación, degradación y eventual violencia física» (Faur & Grimson, 2016, p. 234). Tras un «piropo vulgar», eufemismo para hablar de esa violencia verbal, las mujeres sienten, precisamente, ese miedo a que se pueda pasar a una acción física. Aunque algunas de las mujeres han aprendido a responder, también verbalmente, con el ánimo de neutralizar a los acosadores generando en ellos una especie de vergüenza, para otras existe el temor de ser atacadas precisamente por la actitud desafiante.

***Que la ropa no te quede apretada***

*Tenía 17 años, bajaba por el costado del parque Berrío que da a la calle Colombia, venía de clase de inglés, al medio día. Iba con un pantalón muy apretado. Vi venir un hombre de frente,*

*muy de frente, me asusté. Estiró la mano y me la metió entre las piernas, me tocó la vagina sobre el pantalón, muy violentamente, me aporreó. Hoy, casi veinte años después, todavía, me fijo muy bien que los pantalones no me queden apretados en esa zona, no quiero que nadie me diga nada sobre esa parte de mi cuerpo. Y menos quisiera que alguien en la calle me volviera a tocar de esa forma.*

***Cuando el acoso verbal es una amenaza***

*Trabajo en el sector de San Benito y todo el tiempo transito por esa zona. Me acosan todos los días, me dicen cosas, acoso sexual callejero todo el tiempo. Entonces yo estoy en una postura muy fuerte y mirándolos muy feo porque me generan muchísima rabia. Además porque me ha pasado que habitantes de calle me griten cosas como: «Yo puedo violarte» o «qué rico violarte». Es que han pasado cosas muy fuertes con esos habitantes de calle.*

Además, el miedo a este tipo de acosos se vincula a que cada vez pueda ser peor, a que sea una cadena de acciones; es decir, que las miradas intimidantes, esas que son descritas como: «te desnudan con la mirada», se conviertan en roces o tocamientos aparentemente involuntarios o inofensivos, o en expresiones verbales vulgares y ultrajantes que conlleven a acciones más violentas: por ejemplo, que los tocamientos se dirijan a los senos, las caderas o los órganos sexuales, que sean tan fuertes que ya no sean tocamientos sino golpes y generen daño; que prosiga un acto de exhibicionismo, que sean obligadas a sentir una erección en algún espacio congestionado, que sean drogadas y pierdan el conocimiento y que, finalmente, se lleve a cabo una violación. De esa manera se tejen las violencias de género y, de paso, los miedos de las mujeres en el espacio público.

**Un mapa de los miedos de las mujeres: «La tensión entre habitar y no habitar y el miedo de por medio».**

*Yo creo que los miedos se sitúan diferente cuando uno siente que es un lugar por el que puede pasar. y otro cuando siente que es un lugar en el que puede estar. O no puede estar, ni pasar.*

(Mujer habitante del centro, 28 años).

A partir de los testimonios y los relatos compartidos fue posible ubicar los miedos en un mapa del centro de Medellín. El consenso sobre los lugares dio como resultado cinco zonas en las que se ubicaron miedos experimentados, referenciados e imaginados. Recordemos que los miedos experimentados son aquellos que resultan de una experiencia propia; los referenciados provienen de experiencias ajenas o de las referencias de los medios de comunicación o las estadísticas y los imaginados se construyen a partir de rumores, ideas que se tienen sobre los lugares, pero que no están asociados a una experiencia particular.

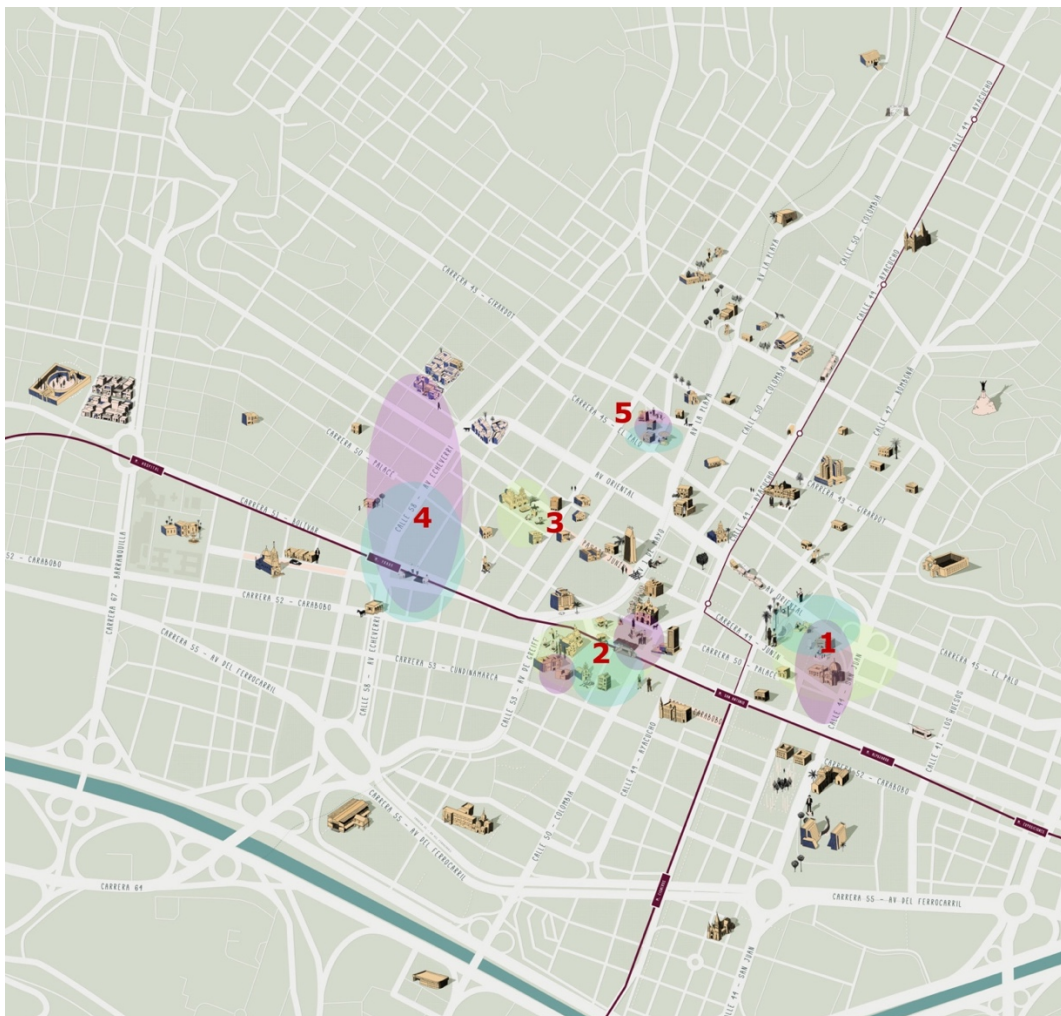


Figura 23. Localización de los miedos de las mujeres en el centro de Medellín.

Fuente: Elaboración propia

1	Zona San Antonio-Niquitao	2	Zona parque Berrío
3	Zona parque Bolívar	4	Zona Prado Centro
5	Zona parque del Periodista		

De los cinco lugares, cuatro son parques o plazas, lo que plantea una pregunta sobre el sentido de estos espacios públicos para la ciudadanía y la construcción democrática de ciudad. Los parques y las plazas se han concebido como lugares para el encuentro y el esparcimiento y, durante mucho tiempo, fueron las centralidades de las ciudades y alrededor de ellos se configuraron otros espacios públicos y privados. ¿Pero qué nos dice del centro de una ciudad que sus parques principales sean los territorios que las mujeres habitan con

miedo? Por un lado, podríamos pensar que ya estos parques no hacen parte de los referentes urbanos, que ya el centro de la ciudad ofrece otra cantidad de lugares que cumplen las funciones que en otro momento pudieron haber cumplido los parques. Por eso estos lugares han ido quedando relegados y se han materializado en ellos las características que aparecen en la representación de un lugar que se asocia al miedo: suciedad, oscuridad, soledad, y la presencia de habitantes de calle o de consumidores de drogas, que también suman a dicha representación. Por otro lado, podría pensarse que justamente su carácter público ha jugado en contra, pues algunos de estos espacios no cuentan con mecanismos de control y organización que posibiliten la seguridad y el tránsito de quienes los habitan. Por último, esto da cuenta de cómo los parques y las plazas, como expresiones del espacio público —y el espacio público como expresión de las relaciones y la identificación de una sociedad—, son escenarios en los que se concretan unas relaciones de poder entre los géneros que parten de formas machistas y patriarcales.

Además de los parques, aparecen de manera insistente algunas calles del centro de Medellín. De forma particular, aquellas que se asocian al consumo de drogas o a la prostitución; se describen dichas calles como oscuras y sucias, y al funcionar como «zonas de tolerancia» no tienen control por parte del Estado, lo que aumenta la percepción de inseguridad. En general, son pequeñas calles que no tienen continuidad o algunos tramos de calles principales.

### ***Calles, callecitas y puentes***

*La calle Colombia no me gusta, me da una sensación de mucha incomodidad; además porque también me dan mucho miedo los puentes peatonales. Un miedo enfermizo. Siempre me*

*imaginaba que me iban a tirar al río. Me dan miedo las alturas y esa sensación de pasar por encima del río, prefiero tirarme a la calle.*

\*\*\*

*Esa callecita para salir de Ayacucho al Palo, la curvita. Casi siempre que paso hay gente inyectándose, y eso me hace sentir mucho temor.*

\*\*\*

*Un temor: los pasajes solitarios, me puedo morir del susto pasando por una calle muy sola.*

\*\*\*

*A veces uno no sabe que es peor: si la calle es concurrida es peligroso, pero si está solo también es peligroso. Porque si hay mucha gente, también pueden aprovechar y te pueden hacer algo; y si está solo, ¡con mayor razón!*

\*\*\*

*A mí me dan miedo los puentes porque son muy solos, y si me encuentro con alguien allá arriba nadie me puede ayudar. Prefiero correr el riesgo de la atropellada.*

\*\*\*

*También le tengo miedo a los puentes peatonales y es porque siempre estoy buscando rutas de escape para la huida y en un puente peatonal no hay, te tendrías que tirar a la calle y eso es como suicidarse. Entonces sí me da miedo el puente que hay para pasar por San Juan hacia el Parque San Antonio. Que da a La Bayadera. A muchas amigas las han atracado en puentes peatonales. ¡Si te va a pasar algo, no hay ruta de escape!*

Pero antes de ubicarnos en cada una de las zonas identificadas en el mapa, este es el listado de los demás lugares señalados por las mujeres en sus mapas personales.

Tabla 5.

*Lista de lugares identificados por miedos experimentados, referenciados o imaginados.*

<b>Experimentados</b>	<b>Referenciados</b>	<b>Imaginados</b>
Torres de Bomboná	Barrio Los Ángeles	Alrededores del Teatro Pablo Tobón y Parque Bicentenario
Tejelo	Parque de Boston	Carrera Girardot entre La Playa y Ayacucho
Junín con Maracaibo	Torres de Bomboná	Maracaibo hasta El Palo
Oriental con La Playa	Estación Cisneros	Parque de Las Luces
Placita de Flórez	Placita de Flórez	Estación Cisneros
Teatro Pablo Tobón	Avenida Oriental con Pichincha	Toda la calle San Juan
Parque de Boston	Parque de Las Luces	Toda la avenida Oriental
San Benito	Todo San Juan	TODO EL CENTRO
Palacé con Cuba		
Maracaibo con El Palo		

En el desarrollo de este subcapítulo también aparecen las estrategias de afrontamiento y de protección a las cuales recurren las mujeres para garantizarse su propia seguridad y tranquilidad y así enfrentar o evitar sentir el miedo. Estas, en general, se refieren a la búsqueda de compañía, las acciones de cuidado de sus objetos personales, el uso de ciertas prendas, el uso de medios de transporte como el taxi, el cambio de rutas o, incluso, el hecho de evitar ciertos tránsitos.

#### **Zona San Antonio-Niquitao: «Siento que es un lugar muy denso».**

A esta zona corresponden el Parque de San Antonio, la avenida Oriental, Palacé y la calle San Juan a la altura del parque, el puente peatonal que conecta a este con la zona de La Bayadera, la glorieta de San Juan con la Oriental y la zona que se conoce como El Palo con el Huevo. Aquí se localizan los tres tipos de miedos: imaginado, referenciado y experimentado. Esto quiere decir que las 28 mujeres con las cuales se realizó el trabajo coinciden en tener algún temor, bien sea porque han escuchado historias, porque han sufrido algún tipo de violencia allí o, sencillamente, porque en su imaginario este lugar aparece como uno peligroso, en el cual hay que tener cuidado o, incluso, evitar.

Muchas de las mujeres participantes han pasado por experiencias traumáticas allí, especialmente atracos, y muchos ocurren sobre la avenida Oriental, donde es común que grupos de atracadores arrebaten los celulares de pasajeros de taxis y carros particulares. Una de las participantes, por una circunstancia personal, tuvo que atravesar este parque en una madrugada, y relata que, a pesar de no haber sucedido nada contra ella, el miedo que experimentó es el más fuerte que pueda asociar al habitar el centro de Medellín.

***Temor a un centro solitario y oscuro***

*Habitar el centro por sus moteles; condición de estudiante, de independiente, de atrevida. Subiendo por Ayacucho aún está ubicado uno que frecuentaba, del cual tuve que salir, casi huyendo, a eso de las 3:00 a. m., por otros miedos que no son del centro. En mi bolsillo un billete de dos mil, mi regreso a casa: bus. 3:00 a. m.; los buses inician jornada a las 5:00 o 6:00. Sentí pavor, mucho temor —aunque no mayor al que me significaba quedarme— de atravesar el parque San Antonio y San Juan (donde arranca el recorrido del bus de Sabaneta), de caminar por este centro solitario y oscuro, sin compañía, y además por parajes de no mucho agrado al caminar. No sé por qué le temo a los habitantes de calle que denotan estar consumiendo; pero es un sector con abundancia de ellos... era lo que más temía.*

El Parque de San Antonio tiene unos habitantes permanentes: la población afrodescendiente. Se ubican allí varios restaurantes de comidas del Pacífico colombiano y muchos de los locales están dedicados a géneros musicales como el vallenato, congregando un alto número de personas provenientes de diferentes regiones colombianas, como el Urabá y el Pacífico, que se han asentado en Medellín. Una de las participantes considera que abundan las referencias racistas de otros pobladores de la ciudad, quienes relacionan directamente el ser negro con ser ladrón o representar algún tipo de peligro. En la revista *Vive Afro* se destaca que la configuración de este espacio obedece, precisamente, a «los

constantes acontecimientos de rechazo por el color de la piel, además de las diferencias culturales» (Márquez & Guaraca, 2017). Esa segregación racial da entonces como resultado una estigmatización del lugar que se debe a las personas que lo habitan:

*El Parque San Antonio es el parque donde se reúnen más los negros y los robos siempre están asociados a los negros... tal vez haya una referencia racista, aunque no nos hayan atracado, pero los taxistas, por ejemplo, siempre dicen que San Antonio está lleno de negros y que es peligroso.*

Los siguientes testimonios dan cuenta de cómo los rumores, las referencias de los medios de comunicación, pero también las experiencias propias de algunas de las participantes, han sido claves en la construcción social del miedo asociado al uso del espacio público de esta zona.

#### ***Entre el atraco y la puñalada***

*Todo el tiempo se referencia que acá roban celulares, e incluso advertencias de que cuidado que ahí apuñalan. Siento que es un lugar muy denso.*

#### ***San Antonio, el parque de los robos***

*Siempre en mi familia, desde que estábamos muy chiquitas, ha habido historias relacionadas con este lugar. Como que la tía fue a reclamar la quincena y se la robaron por San Antonio, o que a Fulanito lo atracaron en San Antonio...*

#### ***Los apetecidos celulares***

*Aunque nunca me ha pasado nada ahí, sí he escuchado las historias más miedosas de la vida: gente que va en el taxi y casi que se les meten por la ventana a robarlos o una amiga también estaba cruzando una calle y dos tipos le robaron el celular, a ella y al novio. Entonces yo siempre que paso por ahí, que habitualmente no paso caminando sino que paso en taxi o en*

*bus, siempre como que el bolso lo tiro debajo, le pongo un libro encima, las ventanas arriba... voy muy asustada. En general, en ese pedacito, no es sino que el semáforo esté en rojo y ya es como el riesgo inminente de que pase algo muy horrible.*

El relato de los robos de los celulares en los taxis, sobre la avenida Oriental, es bastante frecuente; es común transitar la zona y presenciar este modo de atraco o escuchar los gritos de algún taxista o pasajero. También operan en la construcción del miedo las insistentes advertencias de los taxistas sobre guardar el celular durante ese tramo y mantener las ventanas cerradas. La siguiente, si bien fue la experiencia de una de las participantes, es el relato que tantas veces se escucha sobre el tránsito en este lugar.

***El susto, el forcejeo y el robo***

*Avenida Oriental, por el Parque San Antonio, yo iba en el taxi, en la parte de atrás, en medio de dos amigas, adelante iba mi jefe; todos íbamos trabajando con el teléfono, yo era la última que faltaba por mandar el mensaje. Había un espaciecito en la ventana y metieron la mano y me quitaron el teléfono, forcejeamos un poco pero me lo robaron. A Memo también le pasó y lo chuzaron, ahí en el parque San Antonio.*

Y las noticias difundidas en medios de comunicación hacen eco de estos hechos, de forma que también contribuyen a la percepción de inseguridad y a la construcción de miedos. La expresión de una de las participantes con relación a su miedo en el parque San Antonio se articula a la aparición de este lugar en algunas noticias sobre los hurtos en el centro de Medellín.

***Lo que sale en las noticias***

Yo también tengo un miedo referenciado ahí en la estación San Antonio, no sé por qué, me imagino que es porque en las noticias sale que en San Antonio tal cosa, que en el parque San Antonio tal otra cosa.



Según investigadores de la Sijin, los delincuentes prefieren la modalidad de atraco usando armas blancas. Sin embargo, el cosquilleo (robar en un descuido de la víctima) también es muy común, sobretodo en zonas concurridas como Junín, el parque Berrío, La Playa y Carabobo (Centro). La mayoría de los timadores que eligen esta modalidad son mujeres.

Figura 24. Noticia sobre hurtos en el centro de Medellín.  
Fuente: periódico *El Tiempo*. 4 de abril de 2017.



*Orlando Salazar*, quien desde hace siete años vende dulces al lado del comando de la Policía Metropolitana, cuenta que en el Parque San Antonio, a una cuadra de la estación, es donde es más frecuente que se presenten hurtos. Y *Lilliana Torres*, vendedora de minutos de celular en este parque, afirma que "amenazan a la gente con navajas y los cogen entre varios. También les sacan la plata del bolsillo o les arrebatan celulares a los transeúntes. Casi nunca cogen a los ladrones".

Figura 25. Noticia sobre hurtos en el centro de Medellín.  
Fuente: periódico *El Colombiano*. 25 de noviembre de 2015.

Hemos hablado de la oscuridad y la suciedad como factores que construyen unas representaciones de lugar que se asocian al miedo. En esta zona, particularmente hacia la glorieta de San Juan con El Palo, que da la entrada al sector de Niquitao, es justamente la suciedad la que condiciona la relación que se tiene con este espacio. Suelen reunirse hombres y mujeres, habitantes de calle o de los inquilinatos del sector, se evidencia el consumo de bazuco<sup>17</sup>, los malos olores debido a la basura o la deposición de heces fecales.

***Entre el miedo y el asco***

*La oreja de San Juan me parece miedosísima. Me da miedo que mi hieran con algo que tengan, porque siento que me van a infectar con una bacteria. Tengo una amiga que me dice que cuál es mi problema con el olor, con los impactos fisiológicos y todas esas cosas y yo le decía: «Es que yo no tengo por qué olérmele la mierda a nadie». Es que eso es un asunto del ámbito privado, y esa vaina de que no tengan dónde hacer... y también el Estado debería darles las condiciones dignas. Pero a mí me da asco.*

En el imaginario de la mayoría de las mujeres, Niquitao es un barrio o un sector, pero lo cierto es que es solo una calle que atraviesa una parte del centro. La carrera 44 lleva por nombre Niquitao y atraviesa el barrio Colón. Esta forma de concebir los lugares, en una suerte de sinécdoque, quedó evidenciada en uno de los grupos, en el cual una de las mujeres advirtió que no vivía en Niquitao, sino en El Palo —o carrera 45—; sin embargo, el resto del grupo, asumía que ese, Niquitao, era su barrio. En otros grupos también apareció este sector como uno de los territorios sobre los que se han construido miedos, especialmente, imaginados,

---

<sup>17</sup> El bazuco es una droga de bajo costo que se elabora con residuos de la pasta de la cocaína y se procesa con otra cantidad de químicos. Por su valor, suelen ser vendida a personas de bajos recursos y por su rápido efecto, quienes son adictos a ella la consumen varias veces al día.

pues afirman no tener historias o referencias claras, pero sí «una idea muy pesada del sector», como lo expresa una de ellas, mientras que otra afirma que «no caminaría Niquitao de noche».

***Imaginarse desde el taxi***

*Yo no he trabajado en Niquitao, pero tuve muchas compañeras que sí. En los inquilinatos hay unas dinámicas muy complejas, lo que les pasa a los niños allá, muchas historias alrededor de lo que ahí pasaba. Y es un lugar que transito de regreso a casa y de salida a la casa de mis papás, y observo mucho, entonces hay cosas que veo... como que si yo caigo en paracaídas ahí a las dos de la mañana me imagino esas situaciones.*

¿Y qué hacer para afrontar los miedos que emergen con relación al uso de este espacio público? En términos generales, y aplica para otros sectores de la ciudad, las estrategias son más bien evasivas: no ir, no transitarlo, evitarlo después de las siete de la noche. Involucrar a un tercero también es una alternativa para sentir seguridad y disipar el miedo. Los siguientes fragmentos de dos de las participantes, logran resumir lo que otras expresan con relación al parque San Antonio.

***Evitar o acompañarse***

*Yo evito pasar por ahí, cruzarlo. Incluso, si tengo que comprar algo, porque por ahí hay unas tiendas de cosas que a veces necesito, prefiero decirle a mi hermanito: «Hey, ¿vamos juntos?». Porque no me gusta esa sensación... y siento que la prevención no es suficiente, hay una absoluta incomodidad, una sensación de mucha amenaza.*

***Hasta las 8:30 p. m.***

*Le tengo miedo si voy sola a partir de las ocho y media de la noche, si voy acompañada, ya no.*

Como otra estrategia de afrontamiento de este miedo, una de las mujeres señala la importancia de resignificarlo, reconociendo en él un escenario que da cabida a la diversidad cultural y étnica. Por supuesto, la gran pregunta que queda, tras leer el siguiente testimonio es por las políticas y las estrategias más públicas y colectivas, no solo para que las mujeres, sino en general, la ciudadanía, conciban este espacio como un lugar seguro y habitable.

***La cultura para desmontar el miedo***

*Particularmente a ese no le tengo miedo. Yo lo habito, porque además creo que hay un estereotipo. Puedo pasar por ahí y no siento miedo, pero sí está muy referenciado como un lugar en el que puede pasar algo, pero eso lo he venido desmontando, porque este es un espacio muy habitado por comunidades negras, del Pacífico colombiano, entonces ahí hay unos estereotipos: que porque están los negros entonces es peligroso. Eso hace que para mí eso tenga que ser resignificado inmediatamente. Ahí está el restaurante de Tutunendo, y están un montón de cosas asociadas a las lógicas y a las prácticas culturales que tienen las comunidades afro, entonces yo lo he desmontado como referencia de miedo, pero en otros momento de mi vida sí ha estado.*

**Zona parque Berrío: «Atravesar el parque Berrío es estar expuesta a una banda».**

Esta zona contempla el parque Berrío, la plazuela Nutibara, la plaza Botero y, en general, los alrededores del Museo de Antioquia (avenida de Greiff, Cundinamarca y Calibío). Aquí fue posible localizar dos tipos de miedo, el experimentado y el referenciado, pues las mujeres participantes han sufrido alguna situación que lo genera —un atraco, un cosquilleo, un acoso sexual—, pero también existen una cantidad de referencias ofrecidas por los medios de comunicación y las historias contadas, que convierten el lugar en un foco de miedo.

El barrio La Candelaria, donde se ubica esta zona, es el que presenta los mayores índices de hurtos en la ciudad. Descrito por las mujeres participantes como un lugar «populoso» y siendo el espacio en el que las noticias suelen ubicar bandas de atracadores con modalidades como el cosquilleo o el raponazo<sup>18</sup>, estos lugares se transitan con temor y altas dosis de prevención o autocuidado, que se manifiestan en las formas de tomar el bolso, caminar rápidamente, no mirar a nadie ni nada detenidamente y evitar establecer cualquier contacto con personas desconocidas. Si bien la forma de vestir suele ser una de las justificaciones que aparece cuando se presentan violencias de género en el espacio público y muchas mujeres evitan cierto tipo de prendas para evadir situaciones como el acoso, en el caso de los hurtos también parece haber una explicación, como expresa una de las participantes:

*Cuando veo salir a las trabajadoras de tacones y el bolso a un lado, yo digo que es muy diferente lo que yo siento a una mujer que no tiene la facilidad de movimiento y la disposición corporal. Es una manera de protegerse, si uno se cuelga la mochila, permite una movilidad diferente. Esto puede sonar muy mal, pero uno las ve muy «atrachables». Los tacones... el bolso, estos tipos saben que tienen más facilidad con el bolso a un lado porque hay muchas dificultades de maniobrar.*

Si bien esta forma de explicarlo pone la responsabilidad en quien es víctima y no justifica las agresiones, sí parece ofrecer una explicación a las razones por las que esta zona presenta tan altos índices de robos y por las que las mujeres resultan ser el blanco más deseable para los ladrones. Y habría que decir en este punto, ladronas, pues algunas bandas cuentan con la participación de mujeres que, justamente, partiendo del imaginario de que

---

<sup>18</sup> Técnica de robo que consiste en arrebatar violentamente las pertenencias, especialmente bolsos, carteras o celulares.

quienes cometen este tipo de delitos son hombres, logran pasar inadvertidas y acercarse a otras mujeres, establecer algún tipo de contacto, mientras que otra procede a sacar algo del bolso o el bolsillo. Una de las participantes comentó, de manera muy concreta:

*Le tengo miedo a las gordas, cuando dos gordas se me están acercando mucho, camino rápido o cambio la ruta.*

Aunque en el rastreo de noticias relacionadas con hurtos llevados a cabo por mujeres en el centro y en esta zona específica de Medellín no se halló ningún registro, sí aparece una noticia en Bogotá, que justamente hace alusión a esta característica física. Además, algunas notas de medios o videos difundidos por redes sociales, sí retratan a mujeres en medio del acto delictivo, lo que puede ayudar a reforzar la imagen que menciona el testimonio anterior.

## **Video: Ellas son las dos mujeres que roban en los buses de TransMilenio**

*Conocidas como las 'las Gordas', el terror del 'cosquilleo' en TransMilenio, fueron capturadas en las últimas horas.*

*Figura 26. Noticia sobre asaltantes mujeres en Bogotá.  
Fuente: portal Publimetro (s. f.).*

TEMAS DEL DÍA COLOMBIATEX 2018 MUERTE DE NICANOR PARRA NOMINADOS A LOS ÓSCAR CARTA

ANTIOQUIA COLOMBIA INTERNACIONAL NEGOCIOS DEPORTES OPINIÓN CULTURA TENDENCIA

### Las comunas donde más atracan en Medellín



En el último año los casos de hurto a personas, incluyendo las modalidades de atraco, cosquilleo y raponeo, crecieron 45 %. Foto: Esteban Vanegas

#### CONTEXTO DE LA NOTICIA

**PARA SABER MÁS**

TOP 10: LAS COMUNAS CON MÁS HURTO EN MEDELLÍN

1. COMUNA 10 - LA CANDELARIA: 2.394 CASOS  
Parques Berrío  
San Antonio  
Plaza Botero  
Av Oriental.  
San Benito  
El Hueco

Figura 27. Noticia sobre el hurto en Medellín.  
Fuente: periódico *El Colombiano*. 15 de octubre de 2015.

Este tipo de informaciones, sumadas a las demás que tienen que ver con la inseguridad en el centro de Medellín, especialmente en lo que atañe a robos y atracos, contribuyen a la construcción social de un miedo referenciado sobre esta zona, en el cual hay consenso entre la mayoría de las participantes.

#### ***Noticias y comentarios, todo el tiempo***

*La estación Parque Berrío es un miedo muy referenciado, todo el tiempo noticias, comentarios, historias de que a alguien le pasó por esa zona, por la calle Colombia o el parque Berrío.*

### ***La robadera de celulares***

*La esquina de Colombia, a la altura del parque Berrío, donde para el bus Calasanz Boston y el Santra Belén, por el viaducto del metro. Ahí, la robadera de celulares con los buses parqueados, muchas historias, y además me tocó ver.*

### ***La única seguridad es que «voy a salir robada»***

*Por el parque Berrío hacia arriba casi no camino, sobre todo ese sector donde la calle está atiborrada de personas y de ventas [refiriéndose a la calle Boyacá], tampoco me gusta, me da miedo, estoy segura de que voy a salir robada.*

### ***«Fichadas»***

*Por esa zona estuve trabajando y es sentir siempre que alguien te está fichando. Y yo les veía la cara a todos cuando salía de trabajar iba unas tardes al banco de la república y al salir siempre estaba sucediendo algo, entonces estoy siempre muy avisada en ese espacio.*

### ***El miedo también es una cuestión de estadísticas***

*Parque Berrío, porque tiene la estadística de ser el sitio más peligroso del centro. Por ahí se cruzan unas bandas muy peligrosas del Centro. ¿Imaginado o referenciado? Es algo que está en las noticias pero nadie me lo cuenta, para mí es imaginado.*

Y como parte de la estadística, algunas de las mujeres también han sido víctimas de atracos o de robos no violentos, lo que ha dejado en ellas instalado el miedo a transitar por este sector. Estas son algunas de sus experiencias:

***La prevención con el gentío***

*Una vez caminaba sola por la calle Colombia por el lado del Parque Berrío y me tocó sentir que me tocaban el bolso, pero fue un intento de robo, fallido, un pequeño susto que desembocó en una prevención para caminar entre el gentío.*

***La robadera de celulares, otra vez***

*Yo no sé cuantos celulares he perdido en el parque Berrío; me los han sacado, me lo han quitado, uno me robaron aquí en la avenida Oriental con La Playa, iba hablando por teléfono... tenía que contestar, no sé por qué carajos tenía que contestar, y llevaba el morral en un lado, entonces me hicieron como fuerza en el morral para yo descuidar el teléfono, y por pelear por el morral, me quitaron el teléfono. Otro me lo sacaron del bolso, no sé cómo carajos le abren a uno el bolso sin que uno se dé cuenta, no sé cómo hacen. Todo eso en parque Berrío subiendo por Ayacucho o Colombia.*

El anterior relato se parece bastante a uno encontrado en un medio de comunicación local, en el que, justamente una mujer, denuncia tener un ladrón propio en el Parque Berrío.

## Historia de un atraco Ladrón propio en Parque Berrío

María Laura Idárraga Alzate

El jueves primero de noviembre de 2012, durante la manifestación de los vendedores ambulantes, Sandra iba de camino a coger el Metro en la Estación Parque Berrío para terminar unas diligencias de su trabajo. Gritos, pancartas, personas corriendo por las calles, la policía lanzando gases lacrimógenos contra los venteros. "¡El centro está hecho un caos!", pensaba ella mientras caminaba apurada entre la muchedumbre.

Sandra creyó que lo más seguro era irse en Metro y no en bus, no sólo por la multitud, sino porque al parecer había unos encapuchados infiltrados en la manifestación. De pronto, una llamada de su jefe le entró al celular. Varias veces le habían advertido que en el Parque Berrío, ni por equivocación, podía contestar una llamada, pero como buena asistente, contestó.

Poco antes de ingresar a la estación, la sorprendió por la espalda un encapuchado que pasó corriendo y le arrebató el celular. Entre sí, cerraron la estación, dejándola atónita y sin transporte.

Cinco minutos después abrieron nuevamente y Sandra entró como si nada. Estaba tan acostumbrada a los atracos del parque que ya ni susto le daba. "Parce, tengo ladrón propio en el Parque Berrío", pensó, pues varias veces la habían robado en ese sector.



Más sobre Me robaron y Punto aquí



Y meses después le volvió a suceder, aunque esta vez en otro lugar del centro. Después de quedarse sin teléfono, Sandra había invertido en un nuevo celular más moderno, un Smartphone de Alcatel. Un lunes en la tarde estaba por pasar la calle Ayacucho cuando la acorraló un tipo drogado con un "chuzo aterrador que me dijo que le entregara el celular", recuerda. En la cara del ladrón veía algo así como "una paranoia producto de la traba". Sandra se lo dio sin titubear. Al parecer, la seguía desde hacía rato y la había visto guardar el celular en el bolso.

A diferencia de los robos del Parque Berrío, que le parecían tan normales, esta vez sintió mucho susto. Desde entonces, Sandra transita con preocupación por cualquier lugar del centro. Dice que ha sentido crecer en ella un delirio de persecución, aunque se ríe de su mala suerte. "¿O será un maleficio?", se ha llegado a preguntar.

Ahora ya no saca su celular para contestarle a nadie, ni aunque sea su jefe. Tampoco gasta su sueldo en "celulares chéveres", como ella los llama. "Ya no vale la pena comprar algo que sé que me van a robar, pero espero aportar con mi historia a otros transeúntes descuidados". UC

Figura 28. Artículo sobre hurto en Medellín.

Fuente: periódico *Universo Centro* (s. f.).

En uno de los grupos de discusión se dio una situación particular: al leer los relatos, una de las mujeres contó cómo había sido atracada estando dentro de un taxi, por la esquina del parque Berrío, sin especificar cuál. Otra participante se sorprendió, pues la historia que había escrito era otra, sin embargo, la situación que se estaba narrando era exactamente igual: el robo del celular, a mano armada, a través de la ventanilla de un taxi, lo que da cuenta de un *modus operandi* que se ha popularizado y que justifica las excesivas advertencias de los taxistas con pasajeros y, sobre todo, pasajeras. Este es el relato:

### ***Un miedo que nubla la conciencia***

*Yo no recuerdo nada en detalle, o bueno, una sola cosa: el cuchillo que metió por la ventanilla uno de los ladrones, era pequeño y de extremo puntudo. La otra, la compañera del primero de ellos, fue la encargada de abrir la puerta trasera del taxi, justo la puerta donde yo estaba ubicada. Me arrebataron el bolso, me lo arrebataron porque yo no concebía que un desconocido se llevara mis cosas. Nunca había sentido tanto miedo, al menos no uno que me nublara la conciencia. El miedo se hizo más fuerte cuando la policía los detuvo, en ese momento tuve que mirarlos a la cara, luego denunciarlos, luego leer sus nombres en el documento de citación a la audiencia. Pasaron muchos días para que volviese a caminar tranquila por esa zona, el miedo se quedó, no quiero que me roben, por eso miro hacia atrás siempre, echo seguro a todas las puertas de los taxis y nunca, nunca, saco celulares.*

Recordemos que frente a la construcción del miedo en algunos espacios, cobran importancia la hora y las condiciones del lugar. En el caso de esta zona, la noche, y con ellas la oscuridad y la soledad son detonantes del sentimiento de miedo y condicionan las relaciones con ella.

### ***La noche: «código rojo»***

*Un día pasé por ahí, a las 8:30 o 9:00 de la noche, me bajé por el Museo de Antioquia. Subí hacia la Oriental, y es verdad que en ningún momento me sentí vulnerada, pero yo sabía que debía ir más rápido porque la zona es código rojo.*

### ***En la noche, buscar compañía***

*El parque Berrío y la plaza de las Esculturas, si es de día, voy tranquilamente, pero de noche, por ejemplo, me da más seguridad la estación del metro que la plaza de las Esculturas, porque de la estación yo entiendo que la gente viene de trabajar, entonces es una ruta y me siento como acompañada.*

**«Aterrador», así de simple**

*Es que un sitio solo es muy aterrador, y la plaza de las Esculturas después de las 8:00 p. m... es aterrador.*

**Zona parque Bolívar: «Aquí cualquier cosa me puede pasar».**

En el Parque Bolívar se concentran muchos recuerdos de infancia, la misa, la retreta, las palomas, los pasteles y las paletas de agua forman parte del relato que muchas de estas mujeres construyen cuando hablan de su relación con el centro de Medellín. Sin embargo, para ellas, este territorio está marcado por miedos imaginados y referenciados, pues son muchas las historias que cuentan con este sector como escenario. Aunque es uno de los lugares del centro que más se impone como referente histórico y patrimonial, debido al Teatro Lido, la Catedral Metropolitana, los edificios «viejos» de grandes apartamentos o la feria artesanal de Sanalejo —que se sigue realizando cada mes—, también es un lugar que se asocia a la prostitución, pues en sus alrededores se asientan, especialmente, trabajadores sexuales de la comunidad transgénero. También está asociado al consumo de droga, y si hay demanda, hay oferta; por lo tanto, para muchas de las mujeres participantes hablar del parque Bolívar es hablar de plazas de vicio, de habitantes de calle, de atracos y, en general de una atmósfera de temor, particularmente en las noches o los domingos, pues la soledad y la oscuridad, como representaciones del miedo, aparecen fuertemente en esas horas. Para muchas es paradójico, pues reconocen que en el sector persisten edificios de viviendas, lo que debería significar mayor tránsito de personas y mayor seguridad para el sector.

**«Ya no es como cuando éramos niñas»**

*Cuando era niña nos llevaban al parque Bolívar a espantar palomas y a comer helado.*

*Recuerdo que era cada ocho días, a «dominguar» al parque con mi papá. Cuando nació mi*

*sobrina, que es mayor que mi hija, mi papá le dijo a mi hermana que quería llevar la niña al parque Bolívar y entonces mi hermana como con pena, porque le daba miedo, le paró la caña. Se bajaron del taxi, caminaron por Junín, llegaron al parque, pero a mi papá le dio tanto miedo lo que encontró después de 30 años de no haber ido, de no habitar el espacio, que le pidió a un policía bachiller que los acompañara otra vez hasta el metro. Se sorprendió ya de ver el entorno de travestis y prostitutas. Ya es un espacio diferente, ya no es como cuando éramos niños, no.*

Además del Parque, se encuentra la zona conocida como Barbacoas, una calle que desde hace unas cuatro décadas es habitada por la comunidad LGBT y que ha sido uno de los focos de prostitución y expendio de drogas en el centro de Medellín. Sobre estas calles también recae un fuerte miedo, basado la asociación directa que se hace entre prostitución, drogas y delincuencia.

#### ***Atracos detrás de la iglesia***

*En el parque Bolívar nunca me ha pasado nada, pero sí sé que en esa callecita para entrar a la zona donde están todas las chicas, Barbacoas, sé que han atracado a muchas personas de noche. Por esa zona, detrás de la iglesia hacia Villanueva.*

#### ***Violencia sexual al parque***

*No me ha pasado nada pero sí tengo una amiga que la cogieron dos tipos con un cuchillo y la iban a violar. Ella porque lloró y lloró... la obligaron a hacerles sexo oral en plena calle, en un resquicio de una puerta. Ella todavía llora contando eso.*

A la iglesia del parque Bolívar —la Catedral Metropolitana—, un importante referente arquitectónico de la ciudad, la acompaña una historia particular, curiosa, se puede decir: «los drogadictos de la zona raspan con paciencia y saña sus ladrillos: literalmente se están

fumando la catedral», cuenta la periodista Sol Astrid Giraldo en la revista *Arcadia*. Esta imagen, que también por efecto del rumor se ha expandido en la ciudad —hasta el punto que algunas personas tienen la idea de que son las iglesias de Barrio Triste o de la Candelaria—, también tiene incidencia en la idea que se construye del sector. Cuenta una de las participantes:

***Y si me drogan...***

*Cuando paso al lado de la iglesia me imagino que pueden drogarme, no sé si es alguna relación con este relato que cuenta que se estaban fumando la iglesia, pero el asunto es que siempre me imagino que puede pasar algo malo en relación con que me droguen, me echen algo.*

Las cifras y las condiciones cambian, pero el miedo permanece. En 2013, se dio inicio a la erradicación de «ollas<sup>19</sup>» en este sector del centro, con agresivas acciones por parte de los organismos de seguridad, información ampliamente difundida en medios de comunicación. Hoy se habla de una zona transformada en la que habitan familias, se habla de erradicación de las «ollas» de vicio y de un mejoramiento del entorno; pero el miedo a habitar y transitar este lugar persiste. Las cifras pueden cambiar, pero las percepciones sobre un lugar no necesariamente se mueven al mismo ritmo. Estas son algunas de las noticias difundidas entre 2013 y 2017; sin embargo, en ninguno de los testimonios y los relatos asociados al parque Bolívar y sus alrededores se habla de ese mejoramiento.

---

<sup>19</sup> Término para señalar lugares tomados por expendedores y consumidores de drogas alucinógenas.

MEDELLÍN | 4/22/2013 12:00:00 AM



## Así se intervino 'Bronx' paisa

Con operativos, la Policía y la Alcaldía de Medellín llegaron a los sitios de mayor consumo de drogas en Medellín.



Figura 29. Titular de operativo a zonas de consumo de drogas en Medellín.  
Fuente: *Revista Semana*. 22 de octubre de 2013.

## Policía erradicó "ollas" de Barbacoas

Autor: Andres Fernando García Hernández  
31 de Mayo de 2013

Algunos sectores de la comunidad han pedido a la Policía que este sea un plan piloto de lo que debe hacerse en otros sitios donde ocurren situaciones similares a las de Barbacoas.



Figura 30. Titular de operativo a zonas de consumo de drogas en Medellín.  
Fuente: periódico *El Mundo*. 31 de mayo de 2013.

MEDELLÍN 8:26 AM - 30 DE JUNIO DE 2017

## Casas de vicio demolidas en el centro de Medellín tenían puertas de seguridad reforzadas con acero



Das fueron las viviendas demolidas en Barbacoas. Foto: consalia Policia.

Figura 31. Titular de operativo a zonas de consumo de drogas en Medellín. Fuente: Noticias Caracol. 30 de junio de 2017.



TEMAS DEL DÍA

COLOMBIAEX 2018

LAS NUEVAS CARAS DE NACIONAL

VÍCTIMAS QUIEREN IR AL CONGRESO

CARTAGENA

ANTIOQUIA
COLOMBIA
INTERNACIONAL
NEGOCIOS
DEPORTES
OPINIÓN
CULTURA
TENDENCIAS

### Presencia de numerosas familias, la nueva cara de Barbacoas









Por las dos calles que comprende Barbacoas, en el centro de Medellín, hoy se ven numerosas familias con sus niños, lo que amerita que continúe la intervención integral del Estado, para garantizarles los derechos a esos menores. Foto: HENRY AGUDELO

Sin embargo, esta cotidianidad hogareña, que parece extractada de una calle de un barrio de la ciudad, contrasta en la noche con la constante circulación de habitantes de calle, consumidores de drogas y miembros de la comunidad Lgtbi dedicados a la prostitución.

#### Solo sellaron las ollas

El antropólogo, experto en conflicto urbano, *Gregorio Henríquez*, opinó que después de la intervención quedaron unos edificios que fueron sellados con adobes, los pintaron y les pusieron dibujitos en la fachada, pero el sector quedó como estaba.

"De hecho, no se hizo un trabajo consciente que recuperara verdaderamente Barbacoas. Todo quedó solo en una forma de mostrar efectividad, pero el problema siguió latente", comentó.

Figura 32. Noticia sobre intervención del Estado en zonas de consumo de drogas en Medellín.  
Fuente: periódico *El Colombiano*. 25 de enero de 2016.

Quizás por su cercanía con el barrio Prado Centro y la estación Prado del metro, se comparten las representaciones de lugar asociadas al miedo. Una de las participantes concluye:

*Mis miedos imaginados los puse el parque Bolívar y también en la estación Prado Centro, son imaginados porque es una zona en la que uno dice: «Aquí cualquier cosa me puede pasar», pero nunca me ha pasado nada.*

#### **Zona Prado Centro: «De todas las esquinas puede salir un malandrín».**

Esta zona contempla los alrededores de la estación Prado, en el cruce de la avenida Oriental con la carrera Bolívar, y todo el corredor de comercio informal que se extiende sobre Bolívar desde la Avenida de Greiff hasta la estación. También, en general, aparece el barrio Prado Centro, el único barrio de Medellín con declaratoria patrimonial, en el que permanecen grandes casonas construidas a inicios del siglo xx que hoy se encuentran ocupadas por organizaciones sociales y culturales, conventos católicos, hogares geriátricos, centros de rehabilitación, agremiaciones médicas e inquilinatos (Spitaletta, 2015, p. 143).

En los «bajos del metro», que se extiende por la carrera Bolívar y ocupa tanto la parte inferior del viaducto, como la acera del costado oriental, es posible encontrar carretas, chazas y tendidos —unos seiscientos, según el periódico *Universo Centro* (año)— con una amplia oferta de productos: ropa, zapatos, legumbres, antigüedades y «segundazos» de cualquier artículo imaginable. Tal movimiento comercial viene acompañado de una agitación permanente, el tránsito se hace denso, debido a la congestión, además, está la suciedad, y de todo ello deriva el miedo a ser robadas o «manoseadas», pues el apiñamiento característico del sector posibilita ese tipo de acciones.

Sobre el barrio Prado Centro, además de su carácter patrimonial, se destacan unas condiciones que lo convierten en un lugar temido para el tránsito y la permanencia. Sus calles son solitarias y en las noches «se llena de oscuras soledades que lo han vuelto inseguro y fantasmal» (Spitaletta, 2015, p. 143). Los inquilinatos se han convertido en un problema para el barrio, pues con estos se relacionan también el consumo y el expendio de drogas, la explotación sexual de menores y la indigencia. Una de las participantes, habitante de este sector, lo describe así:

***Inhabitable***

*No es un lugar para habitar. Que donde yo viva salga tranquila a la esquina y no que tengás que estar prevenida para abrir la puerta, es como que es impropio vivir en un lugar en el que hay tanta hostilidad. Hay algunas tiendas, pero todo venido a menos, son lugares desagradables, con mucha basura.*

Para 2016, según un reporte del periódico *El Colombiano*, en Prado Centro había alrededor de 35 inquilinatos; los cobros se hacen diarios, semanales o mensuales y, de ahí derivan los problemas anteriormente mencionados. Estas referencias aportan a la

construcción de un miedo basado en esas representaciones que parten de la presencia de habitantes de calle y drogadictos y que se roza con la suciedad y la pobreza, como ocurre en la zona de San Juan y Niquitao.

**C.** TEMAS DEL DÍA COLOMBIATEX 2018 LAS NUEVAS CARAS DE NACIONAL VÍCTIMAS QUIEREN IR AL CONGRESO CAR

ANTIOQUIA COLOMBIA INTERNACIONAL NEGOCIOS DEPORTES OPINIÓN CULTURA TENDEN

### Caserones de Prado se convirtieron en inquilinatos sin control

f  
t  
G+  
in  
+

Aspectos del eje de la carrera 51 (Bolívar), desde el sector de la estación Prado del metro hasta la estación Hospital. Se trata de una de las zonas donde la ONG C3 ha denunciado la existencia de varias problemáticas de tipo social que afectan la seguridad y la calidad de vida.

Las fachadas de las antiguas casas del barrio Prado están varadas en una condición patrimonial que aún no ha sido reivindicada con acciones concretas de recuperación. Al tiempo, la nostalgia por el pasado en deterioro sobrevive junto a la prostitución, el abuso sexual de menores, ollas de vicio y miembros de grupos ilegales.

#### De caserones a inquilinatos

“Hay inquilinatos porque si yo tengo 80 años –como es común entre los propietarios más antiguos– y vivo en una de esas casas gigantescas, a lo mejor opto por subdividirla por piezas”, sostiene *Jorge Eliécer Arango*, que reside con uno de estos ancianos de más de 80 en una casa de las proporciones que describe cuando habla del barrio Prado. “Eso genera mucha inseguridad porque obviamente quienes llegan a vivir bajo esas condiciones son por lo general personas con pocos o nulos estudios académicos y en situaciones económicas y de vida muy complejas”, anota.

Figura 33. Noticia sobre el cambio de usos del suelo en el barrio Prado Centro de Medellín.  
Fuente: periódico *El Colombiano*. 15 de febrero de 2016.

Uno de los valores patrimoniales de este barrio está en la concepción de «ciudad-jardín» bajo la cual fue construido (Spitaletta, 2015, 137); de ahí que muchas de sus casas cuenten con grandes antejardines que se han ido enrejando. Paradójicamente, esta característica, que supone un atractivo estético, también es percibida como uno de los factores de inseguridad. Una mujer cuyo lugar de trabajo está ubicado en Prado Centro advierte que, por las condiciones del sector, es intransitable en horas de la noche:

***La noche prohibida***

*Prado Centro es un lugar que yo no camino de noche. Alguna vez una colega me decía que como son casas tan grandes y los antejardines son lo suficientemente amplios, que alguien acuda a ayudarte es muy complicado porque no te escuchan, porque no van a llegar rápido, entonces quienes transitan Prado Centro pueden más fácilmente ser atracados o violentados de cualquier manera. Esa referencia me hace a mí tener alertas, me gusta mucho Prado Centro de día pero en la noche nunca lo habito, yo creo que la noche es lo que me da miedo. Y chiquita me daba mucho miedo la oscuridad entonces puede que ahí esté conectado.*

De esta forma, el barrio Prado Centro se ha vuelto, incluso, hostil. La permanencia en él más allá de las 6:00 p. m. supone un riesgo. Para las mujeres que trabajan o han trabajado en esta zona aparecen diversas advertencias: no salir después de las cinco, no sacar el celular en la puerta, caminar rápido y rumbo a la avenida Oriental, evitando adentrarse en el barrio, «de todas las esquinas puede salir un malandrín», afirma la participante que vive allí. Y como estrategia de afrontamiento, la recomendación es no caminar en las noches y no llevar pertenencias visibles para no atraer la atención de los ladrones:

*En Prado de noche siempre estoy sin nada. Ir a la estación del metro, a Prado o a Hospital, me mortifica, porque es muy cerca de mi casa, pero yo por la noche no voy. ¡Es que tengo que*

*transpirar tanto de mi casa al metro pensando que me van a atracar! Eso me indispone mucho. Por eso es un miedo experimentado.*

Entonces, el miedo al barrio se encuentra con el miedo a la estación y al corredor de comercio informal que se señaló anteriormente. El día suele ser hostil por la gran afluencia de personas y cualquier roce podría significar un robo o una agresión. En la noche, la hostilidad es mayor, pues es una zona en la que se concentran gran cantidad de habitantes de calle, los rezagos de vendedores ambulantes y, una vez se cruza el viaducto, la zona se vuelve más agreste. De la carrera Bolívar hacia abajo, talleres mecánicos, litografías y plantas de reciclaje que empiezan a cerrar sus puertas, y bares que empiezan a abrirlas. Allí, la vida nocturna es otra: altos índices de prostitución, indigencia y consumo de drogas: tres referencias que se asocian al peligro. Por eso, para muchas de estas mujeres, no es posible siquiera identificar un miedo allí, pues son zonas vetadas a las que mujeres de sus características no suelen acceder.

*Me pasa algo con Prado porque trabajo ahí, en la Casa del Patrimonio. Me voy desde la Casa hasta la estación a las 8:00 p. m., y yo sé que es peligroso, pero yo voy tranquila. Uno se va familiarizando. Pronto voy a trabajar por la placita de Zea, y creo que ese es el peor lugar posible. Como queda por la Minorista, ahí está la olla.*

Volviendo a la zona señalada en los grupos de discusión, y aunque en el trabajo se identificaron miedos experimentados y referenciados, lo cierto es que al hacer una revisión de dichas situaciones, estos podrían ubicarse como miedos imaginados, pues la mayoría de relatos que aparecen no concluyen en agresiones físicas, no hay robos ni acosos, excepto en la historia del hombre del perro, donde se presentó una intimidación directa. Por lo demás, las narraciones de las mujeres participantes aluden a un miedo sentido, que para ellas es

real, pero que se basa en percepciones asociadas, por ejemplo, a la soledad del sector, como en el siguiente relato:

***Una marcha interrumpida***

*Salía en la tarde de la U. de A., iba en búsqueda de unos amigos y de una marcha que un momento antes había salido. Comencé a caminar con tranquilidad por Carabobo, leyendo unos letreros que habían quedado en las paredes luego de que pasaran los marchantes. Seguía caminando, pero no encontraba ni la marcha ni a mis amigos. Mi propia marcha siguió por Carabobo hasta llegar ya a Prado y al pasar por debajo del metro mi celular sonó. Paré, abrí el bolso, sin sacar el celular de allí, solo para ver quién me llamaba. Volví a cerrarlo y crucé la calle. Luego de esto comencé a sentir la presencia de dos mujeres muy cerca de mí, detrás, acelerando el paso cuando yo también lo aceleraba. Mi marcha iba cada vez más rápido, le perdí el rastro a los letreros que me estaban guiando, no encontré nunca a mis amigos y la única salida que encontré fue la de refugiarme en Villanueva, el centro comercial, intentar tranquilizarme, darle tiempo a aquellas mujeres de que también perdieran mi rastro, esperar un poco más y continuar mi propia marcha por el centro de Medellín.*

En la historia anterior, el miedo lo produce la presencia de sujetos amenazantes, que se perciben así por la capacidad de leer las señales que pueden representar tal amenaza, como el cambio de ritmo de los posibles atracadores —en ese caso las dos mujeres— o la imposibilidad de encontrar una ruta de escape o una ayuda por parte de otras personas. Sin embargo, en otros casos, como la siguiente historia, el miedo surge del encuentro real y de la confrontación con esos sujetos:

***La soledad, la oscuridad, los habitantes de calle y Prado***

(I)

*Una vez en la estación Prado, porque yo vivía por Prado con mi mamá, iba para la estación, iba a trabajar y me iba en el Metro. Eran por ahí las 9:00 a. m. de un domingo. Un indigente se me paró al frente y me dijo: «Dame lo que tengas, no te vas a hacer la valiente, piroba». Y yo pensaba: «¿Qué hago?». Me sonaban un montón de monedas en los bolsillos, entonces ni modo decirle que no tengo nada. «Vea, lo único que tengo son estas monedas», y saqué un montón de monedas, se las tiré y me fui. Esas son cosas que pasan con los indigentes.*

**(II)**

*Iba saliendo de un teatro en Prado Centro acompañada de otras dos mujeres. Nos encontramos un habitante de calle y de una sentí que nos iba a empezar a perseguir. Las tres aceleramos el paso hasta llegar a la Oriental, que era un lugar donde nos podíamos sentir más seguras, porque donde estábamos, por Prado, estaba muy oscuro y muy solo, así como lo describen. Era de noche. Una noche oscura. Y sentíamos que alguien estaba detrás, nos asustamos, y cuando llegamos a la Oriental ya bajamos ese miedo que sentíamos.*

En esta zona se conjugan dos tipos de espacios con marcadas diferencias. Es posible, en cuestión de minutos, pasar de solitarias calles con bellas construcciones arquitectónicas, que dan la sensación de estar caminando por otra década, a un ambiente de cafeterías y farmacias, con alguna construcción moderna como un hospital o una clínica y, luego llegar al caos y la congestión propios de los bajos del metro. Pero, a pesar de los cambios en territorios que haciendo parte de la misma comuna y el mismo barrio son tan diversos, el miedo es un factor común en ese tránsito.

*Mi miedo experimentado, señalo todo Prado Centro, yo no estoy temblando en Prado, pero siempre estoy prevenida. De todas las esquinas puede salir un malandrín.*

**Parque del Periodista: «Uno no sabe quiénes son los que mandan».**

Hay alusiones exclusivas al parque del Periodista, que está ubicado en el cruce de la calle Maracaibo con la carrera Girardot; sin embargo, la calle Maracaibo hasta Córdova, también puede contemplarse en esta zona, tanto por experiencias propias<sup>20</sup>, como por la representación asociada al consumo de drogas y altos niveles de consumo de alcohol, una situación que tampoco le es ajena al parque.

El Parque del Periodista ha sido concebido —o al menos lo fue en otros momentos de su historia— como un lugar de encuentro en el se daban cita personas de todas las edades, «universitarios, poetas, exnadaístas, aprendices de escritor, y otros aventureros de la nocturnidad», como cuenta en su blog Reinaldo Spitaletta (2017.). Una ocupación que tuvo lugar tras el cierre de un famoso bar que era el sitio de reunión y la apertura de uno nuevo que se ha convertido en símbolo del parque, El Guanábano. Así, esta pequeña plazoleta «mutó de una soledad antañosa a una dinámica urbana con múltiples presencias» (Spitaletta, 2017). Sin embargo, el parque hoy también es reconocido como una plaza de vicio; dedicada especialmente a la venta de marihuana —controlada por unos cuantos jíbaros—, el consumo de sustancias como bazuco o pegante —lo que representa también un control en cuanto a la presencia de habitantes de calle— y los robos o atracos en la zona del Parque, siendo los atracadores blanco de los linchamientos anteriormente mencionados. Podría decirse que ellos «cuidan el parque», lo que supone, por las dinámicas de este tipo de control territorial, mayor sensación de inseguridad, algo que las mujeres identifican como incomodidad y que, en últimas, hace su tránsito hacia el miedo, sobre todo, cuando en las referencias o en las

---

<sup>20</sup> Estas experiencias no tendrán referencias directas, por petición de las participantes.

experiencias, aparecen historias como las siguientes que, casi todas, están relacionadas con las drogas:

*En el parque del Periodista una vez me atacó una mujer que estaba trabada. Si estoy en El Guanábano, bien, pero afuera, no. Además está muy sucio.*

\*\*\*

*En el Periodista me siento más tranquila de noche que de día. Antes, yo me hacía afuera, cuando estaba en la universidad, y aunque era una época difícil porque pasaba el camión de la policía y hubo disparos, nos tocó ver varias cosas, me gustaba más afuera, es que antes era más despoblado.*

\*\*\*

*Una vez mataron a uno en el Periodista y yo estaba en el bar, estaba de espaldas hacia la calle y sonó el disparo, muy fuerte, se confundió con un carro de basura. Era como un martes, no fin de semana. Y no sé, la gente aquí distingue muy bien el disparo de otras cosas, como pólvora. Yo no entiendo eso, pero la gente aquí en Medellín conocen un disparo. Todo el mundo se agachó, es como la reacción espontánea... con temor salimos y vimos fue el río de sangre. Es muy impresionante. Y eran muy miserables porque no había ningún doliente. Después de eso dejé de ir como un mes. La sensación es que ahí había aparentemente una guerrita de los jíbaros... esto va a sonar horrible, pero es así: como no era mi guerra y era una guerra entre malos, pues, uno como que dice: «Esto no es conmigo, se están matando otros y son malosos», ¿cierto?, una banda que uno sabe que persiste ahí, pero están es matándose entre ellos.*

\*\*\*

*Siento una incomodidad en ese parque, me siento como ahogada en ese espacio.*

\*\*\*

*Era estudiante universitaria y me fui a hacer un trabajo al parque, cuando uno está en la U, siempre quiere hablar como de los bajos mundos, como en el 2005. Saqué mi camarita para*

*tomar unas fotos, por la tarde, todo muy normal, lo hice sin misterio. Y se me arrimaron dos a decirme que para qué las fotos, que es que allá eso no se podía, que la guardara y me fuera. Aunque ahora voy con alguna frecuencia, me quedó esa imagen de que en el parque uno no sabe bien quiénes son los que mandan, puede ser cualquiera que esté ahí sentado al lado de uno.*

En el parque del Periodista es escasa la presencia de policías, pues este es concebido como una zona de tolerancia en la que el consumo de drogas y de alcohol en el espacio público<sup>21</sup> está «permitido». Además, las redes de microtráfico que se mueven en la zona instalan sus propios poderes, sus propias normas y sus propios mecanismos de seguridad y control. Los siguientes relatos son de mujeres que habitan con frecuencia el parque y que han comprado y consumido marihuana en él.

### ***Acusada y golpeada***

*Era un miércoles santo, llegué al parque del Periodista a fumarme un baretico, me encontré con un amigo y nos sentamos en el murito. Mientras tanto pasaban cientos de bicicletas por la calle Maracaibo, había ambiente de fiesta. El trancón que generó la Sicleada<sup>22</sup> fue aprovechado por los policías para una redada a los jíbaros del Parque. Se llevaron a la chica que casi siempre daba la cara ante el público consumidor. Cuando los ciclistas acabaron su jornada por el centro, todo volvió a la normalidad, seguimos sentados en el murito, llegaron más personas a acompañarnos. La policía se fue, se escuchaba la música de los bares, y al cabo de una media hora, uno de los jíbaros me pidió revisar mi teléfono para confirmarle a los otros que yo no había sido la que llamó a la policía. Los últimos mensajes y llamadas fueron a mi jefe. Nos fumamos el porrito, estábamos tranquilos, no teníamos por qué estar alerta; de*

---

<sup>21</sup> Recientemente, comenzó a regir un nuevo Código de Policía en el país y una de las prohibiciones es la del consumo de licor en el espacio público; sin embargo, dicha norma no se ha instalado en el Parque del Periodista.

<sup>22</sup> Recorrido masivo en bicicleta que se realiza en Medellín todos los miércoles.

repente el peso del mundo se me vino encima, la mujer que se había llevado la policía fue liberada y creía que yo la había delatado, así que su rabia se volcó sobre mí en medio del parque.

La chica se me fue encima a cascarme, por detrás, los chicos que estaban conmigo me trataron de separar y los jíbaros la cogieron a ella. Entonces era como un encuentro, los jíbaros a un lado y nosotros, al otro. Llegó el jíbaro ese, el que me pidió el teléfono, y dijo: «No, ella no fue, mirá que yo ya le revisé el teléfono», y bueno, ya me entraron al bar. Me rompió las gafas, sí me dio muy fuerte, llegó el jíbaro jefe como a preguntar qué había pasado y pues no, nadie sabía qué había pasado, estábamos todos como en shock. Él se disculpó conmigo, que me iban dizque a pagar las gafas. Habló con los del bar, porque cómo le van a hacer eso a la gente que viene al parque, sabiendo que uno viene todos los días, uno viene y abre el bar porque uno trabaja acá, y yo les dije: «No soy capaz de venir al parque mientras esa mujer esté trabajando acá». Y el jíbaro me dijo: «No, yo tengo alguien que la cuide todos los días». Y yo: «No, pues, ¿qué es esto? ¡Un jíbaro me va a cuidar de otro jíbaro!». Yo venía a trabajar por la tarde, acompañada, y si me tenía que ir, me acompañaban también. Pero dejé de venir por ahí unos dos o tres meses. Solamente venía a trabajar, pero no era capaz de pasar por ahí, me daba mucho susto. Después me enteré que a esta chica, en el organigrama de la plaza, la habían degradado y la cambiaron de plaza. Ya después me enteré que había estado en la cárcel. Entonces mi espacio de trabajo, durante un tiempo, me dio mucho miedo.

\*\*\*

Alguna vez estábamos en el parque tomándonos un vinito, fumándonos un porro y sonaron unos disparos, hubo que salir corriendo, y en cuestión de segundos otra vez todo el parque lleno y, ¿que pasó?, nadie supo.

### **El otro control**

Los jíbaros son muy pesados todo el tiempo. Yo parcho mucho también con amigas y amigos que no fuman, vienen a acompañarme y ellos dicen: «Si no van a comprar, ¿qué hacen aquí?».

*siempre la pesadez. Y si vengo a armarlo también me han dicho como: «Hey, usted sabe que aquí no se puede armar». Y bueno, uno siempre tuvo un jíbaro de confianza que duró aquí toda una vida y con él era un asunto como distinto también, porque además de que sabía que una sí compraba y que a veces también traía y lo consumía acá, estaba en otra tónica, era su trabajo. Pero sí he visto la película del jíbaro, que si son una pareja de orientación sexual distinta, gays, lesbianas, entonces vienen a montársela porque se están besando públicamente. A los habitantes de calle también los cogen a pata por estar pidiendo o por recolectar las botellas, también eso es otro control. Entonces sí, con los jíbaros han pasado muchas experiencias muy malucas todas.*

La particularidad del parque del Periodista, con relación a las demás zonas identificadas, es que las mujeres que le temen son las mismas que lo habitan, puesto que no suele ser un lugar de tránsito obligado, como ocurre con los demás parques, que por su cercanía a estaciones del metro o a sectores altamente comerciales, resultan en muchos casos parte de las rutas de acceso a los lugares de trabajo, de compras o de diligencias. «¿Por qué siguen yendo?», preguntaba una mujer cuyo lugar de trabajo es a pocas cuadras del parque, pero que nunca tenía que pasar por ahí. La respuesta está en la costumbre, en la posibilidad de encontrarse con otros y en cómo esos otros, a pesar del miedo, son factores de protección que permiten afrontarlo.

### **¿Ser mujer es tener miedo? Asociaciones entre la construcción social del género y la construcción social del miedo**

Una de las grandes preguntas, que atraviesa todo este trabajo, es cómo se tejen las relaciones entre el sentir miedo y el ser mujer, partiendo de que en ambos casos nos enfrentamos a construcciones sociales. Es la dinámica social en la que nos movemos la que

nos dice a qué temerle y ha sido también la dinámica social la que nos traza las formas en las que se debe ser mujer. Y, en ese sentido, la mayoría de las participantes reconocen en su crianza e historias familiares aspectos que se reflejan en sus maneras de habitar el espacio público y las prevenciones o los riesgos que toman, señalando que en algunos casos esos comportamientos adquiridos tienen que ver con haber seguido los patrones aprendidos en la familia y, en otros, representan contradicciones y luchas contra esos modelos. Los siguientes testimonios retoman formas de crianza y dinámicas familiares que marcan diferencias entre los géneros y sus relaciones con el espacio público desde la infancia misma. Son comunes en estos relatos que las niñas o las adolescentes «no pueden estar en la calle solas» o que los horarios son diferenciados entre hermanos y hermanas, poniendo siempre a las mujeres en una situación de desventaja para el disfrute del espacio público, pues este tiene para ellas mayores restricciones y condiciones (la presencia de otro, un horario más reducido, etcétera).

**«La niña no puede ir sola a la calle»**

*Creo que muchos de nuestros miedos tienen que ver precisamente con qué es eso de ser mujer y con lo que nos enseñan sobre cómo ser mujeres en las familias, que hace que seamos más vulnerables, miedosas, que tengamos más miedos imaginados. Por ejemplo cuando te dicen: «la niña no puede ir sola a la calle».*

**¿Qué hace una mujer bebiendo cerveza sola en un bar?**

*En mi casa somos dos y el hermano mayor es hombre, entonces era la niña de mi casa, y hasta muy adulta me decían: «¿Dónde está la niña?, ¿sí llamaron a la niña?», y es una palabra que no me gusta. Me cuidaban mucho. Yo reñía mucho con la religión y con cosas como que las mujeres son de la casa, y mi mamá se sorprendía mucho porque mi hermano sí era más de lo femenino: cocinaba, me hacía el almuerzo a mí. Pero sí era como la protección, que a la mujer hay que llevarla; mi hermano nunca le decía a mi papá: «Acompáñeme hasta allí». Como*

*que te enseñaron que ser mujer es ser débil y si está en la calle está expuesta. ¿Qué hace una mujer bebiendo cerveza sola en un bar? Y yo hoy bebo sola en bares.*

***Las chicas se entran más temprano que los chicos***

*Yo tengo una hermana de 21 y un hermano de 16. Y para mí han sido muy evidentes los cambios en la educación. Nosotras a los 15 años teníamos que estar a las nueve de la noche en la casa, así estuviéramos en la unidad. En cambio mi hermano, a las once o doce y no importa dónde esté. Recuerdo cuando todavía vivía con ellos, de unos 19 años, siempre a las diez de la noche me estaban llamando al celular, preguntándome que dónde estaba, diciéndome que ya tenía que estar en la casa.*

La idea de que las mujeres no pueden estar solas en las calles es bastante común, casi como uno de los preceptos de la crianza. En términos generales, las mujeres narran que en su infancia y adolescencia la posibilidad de salir estaba condicionada por la compañía masculina, un hermano mayor, un amigo. Y esto, por múltiples advertencias que desde pequeñas recibieron, sobre todo en lo que a la sexualidad se refiere. Se siembra el miedo, no solo a ser violadas sino a vivir la sexualidad tranquilamente, puesto que una de las ideas que acompañan esa crianza, todavía, es que una mujer libre y abierta con su cuerpo «no se hace respetar» y por ello «se busca lo que le pasa», lo que está estrechamente vinculado con la idea extendida de que las agresiones sexuales contra las mujeres ocurren por su «culpa». En estudios realizados en cinco ciudades del cono sur en Latinoamérica, surgieron respuestas que corroboran estas ideas sobre lo femenino y el uso del espacio público:

En relación con los comportamientos esperados para las mujeres en la ciudad, y específicamente en los espacios públicos, surgieron afirmaciones como «las mujeres debieran evitar vestirse provocativamente para no ser agredidas o molestadas en la

calle», «las mujeres no debieran transitar ni permanecer solas en los espacios públicos, para evitar riesgos». [...] Lo importante es la pervivencia de pautas culturales arraigadas en la sociedad, donde la violencia hacia las mujeres encuentra explicaciones causales en la conducta de las propias mujeres. (Rainero, 2009, p. 168)

Y los testimonios recogidos en los grupos de discusión a la hora de hablar de estas construcciones, ratifican que, efectivamente, sobre las mujeres recae el peso por lo que pueda sucederles en la calle. Asuntos como vestirse de ciertas formas o transitar lugares bajo ciertas circunstancias —oscuridad, soledad, consumo de drogas, etcétera— son comprendidos como factores que justifican el hecho de que algunas situaciones se den.

#### ***¿«Mostrona»?***

*Llega uno al extremo de cuestionarse: «¿Será que por estar muy “mostrona” ese día fue que me pasó?».*

#### ***«Mientras más mal arreglada, mejor»***

*Yo, por ejemplo, nunca me arreglo para venir al centro. Mientras más mal arreglada vaya mejor, me siento más tranquila. Como que paso más desapercibida, posiblemente.*

Es importante recordar que para abordar las ideas y las construcciones sobre lo femenino se partió del cuento *Una niña mala*, de Montserrat Ordóñez, un relato en voz femenina, aparentemente infantil, que expresa su decisión de controvertir los patrones del ser mujer que observa en su hogar y que le resultan molestos. Así operan los estereotipos de género, asignando a mujeres y hombres cualidades «ideales» para desenvolverse en el mundo y en sus relaciones con el otro género. Los ideales femeninos, entonces, dibujan mujeres débiles, con miedo, recatadas, sumisas y silenciosas; y, preferiblemente, mujeres que no

estén mucho por fuera de sus espacios privados, que no es solo la casa, pues ellas también pertenecen al colegio, a las aulas de clase de las universidades o a las oficinas pero, de puertas para afuera, pareciera que aún el terreno no está lo suficientemente ganado, no solo en la posibilidad de la ocupación y uso del espacio público, sino también en la ocupación de la esfera pública.

Evidentemente, las mujeres están hoy en la calle, las vemos conduciendo carros, caminando por las aceras, cruzando avenidas, las vemos solas en los bares o acompañadas por otras mujeres, pero, aun así, persiste un dominio masculino en el espacio público, ese mismo que hoy sigue justificando los delitos y el acoso contra las mujeres en las acciones o las omisiones de ellas. Por eso, para muchas de las participantes, es fundamental trabajar permanentemente en la ruptura de esos ideales femeninos.

**«Usar la compañía masculina»**

*Yo he intentado mucho superar ese asunto de ser como la damisela, que no le puede pasar nada, y también me parece que conozco hombres muy bonitos. Me da mucho pesar tener que usar la compañía masculina a veces, porque los uso: «acompañame hasta la estación Parque Berrío», por ejemplo, siempre les pido eso, y no se lo pido a una mujer. Y uno no piensa que qué le irá a pasar a él que se va a devolver solo.*

**La biología no es la explicación**

*También tenemos muy proyectado el hecho de que somos débiles por naturaleza. Eso de la discriminación biológica está desmontado, las mujeres podemos ser fuertes. He encontrado mujeres levantando bultos. Creo que tenemos eso muy incorporado y que nos limita también para accionar.*

**«¿Por qué tan solita?»**

*A veces me siento en un parque a ver pasar la gente, a ver los edificios, y siempre hay alguien que dice: «¿Por qué tan solita?». Quisiera estar tranquila ahí, sola. Yo necesito momentos solo para mí. Pero socialmente se entiende que necesitas compañía. Y compañía de un hombre.*

La presencia masculina, al tiempo que amenazante, también es para muchas mujeres un factor de protección que se vincula a una idea de relaciones entre los géneros en la que estos se presentan como sujetos con mayor fuerza física y más intimidantes, razón por la cual es posible que al andar con un hombre los peligros pasen de largo. Esta idea, como vimos anteriormente, se crea desde la infancia, cuando las niñas aprenden que con la compañía masculina siempre hay mayor seguridad y que cualquier actividad en el espacio público requiere de dicha compañía para ser llevada a cabo o cuando comprenden que para los hombres hay mayores libertades y menos condiciones. En el caso de la mujer que fue drogada con escopolamina, su narración, tras el efecto de la sustancia, hace énfasis en la dificultad que le suponía llamar a su esposo, pues las construcciones sobre su lugar como mujer le indican, en primer lugar, que no puede caminar sola por la calle, menos aún por el centro, y que, ante una situación de peligro, debe recurrir a un hombre, pues solo alguien del género masculino está en capacidad de una acción de rescate o de salvación, algo que tiene explicación en la forma en la que se han concebido sus relaciones familiares. En el caso del segundo relato a continuación, en la construcción simbólica del género en esta familia, eran muy claros y diferenciados los roles masculinos y femeninos, por ellos se comprendían ciertas tendencias de la niña como una masculinización.

### ***Los protectores***

*Tengo un papá muy protector desde el amor. Para mí ese es el reflejo claro de por qué siempre mi figura de protección es un hombre; y ahora que tengo una hija, pasa lo mismo: mi marido*

es su figura de protección; pero yo quisiera desde la crianza de ella, que no le haga falta un hombre para que la cuide. Porque yo soy consciente que a mí sí me hace falta. Mi marido está de viaje y a mí me da durísimo dormir sola y cierro todas las chapas y le pongo tranca a la puerta, Soy superdébil en mi imaginario de «sola me puedo defender». A pesar de ser muy independiente en mi forma de ser, en lo laboral, en lo que me gusta hacer, en mis decisiones, sé que me hace falta la protección que reflejó en mi vida mi papá. Yo no me voy a dejar matar, pero sí necesito de mi papá, mi hermano, mi marido... como una figura masculina a mi lado para sentirme protegida.

**«Yo no era un muchachito»**

Nosotras somos tres hermanas, yo soy la mayor. Y aunque tampoco hay una comparación entre lo masculino y lo femenino, sí me pasó que mi papá, desde que estaba muy chiquita, decía que yo era el niño que nunca tuvo, porque me gustaba estar con él, salir a la plaza o a caminar por las mangas o por el centro. Pero luego, cuando era adolescente, decía que no me dejaba salir porque yo no era un muchachito, así que siento que ese fantasma de lo masculino siempre estuvo ahí, y que era claro que era más divertido que lo femenino, que era como estar encerrada y ser buena estudiante —porque era normal que los primitos, por ejemplo, fueran malos estudiantes, pero yo perdía una sola tarea y ya era un problema—, entonces parecía que eso de ser mujer no era tan chévere como lo de ser hombre. Creo que por eso siempre fui «callejerita», me volaba para donde las amiguitas, me volaba para Sanalejo o para un concierto, y así, digamos que a las malas, he aprendido a andar la calle sola, no suelo caminar con miedo, aunque cuando un tipo me dice algo en la calle, tampoco me atrevo a enfrentarlo, como hacen muchos. Y creo que ese gusto por la calle y la facilidad de recorrerla sin necesidad de mucha protección es algo que mis hermanas también aprendieron.

Sucede también que cuando en la composición familiar sobresalen las mujeres, por ejemplo cuando son solo hermanas, cuando hay una madre cabeza de hogar o cuando en una

separación la crianza queda en manos de la madre con una mínima presencia masculina, estas ideas también se van transformando desde la infancia misma. Las mujeres crecen mucho más seguras y suelen sentir mayor confianza para habitar los espacios públicos. Incluso, la actitud frente a los miedos experimentados es distinta, para algunas se trata solo de una historia más en el habitar la ciudad y aunque en su momento llegaron a sentir miedo, no quiere decir que se haya quedado algo instalado que ahora les impida vivir con tranquilidad los espacios públicos. Asimismo, la presencia de una figura masculina no se vuelve tan indispensable, como veremos en los siguientes testimonios:

### ***Personalidades femeninas***

*No tengo miedo, por ejemplo, de caminar desde el parque del Periodista hasta la casa de una amiga en Boston, pero cuando he tenido alguna sensación, si voy caminando con una amiga, mujer, me siento segura, no necesito la presencia masculina. Tengo dos hermanas, somos tres mujeres y nos crio mi mamá. Ahí se construyeron personalidades diferentes que no dependen de que es hombre o mujer, porque no hay hombres, obviamente, entonces hay una más fuerte, otra más miedosa, la que acompaña a la chiquita a cruzar la calle , aunque la «chiquita» ya sea una «viejorra» de 27 años. Pero construimos eso entre mujeres, no hay una comparación entre la masculinidad y la feminidad.*

### ***Ser mujer siempre en contra***

*Siempre he tenido la figura de una mujer que es mi madre, que es «la matrona» y disminuye al hombre. Eso ha hecho en mí y en mi hermana, creo, mujeres que somos solas, independientes, que no nos da miedo, que nos enfrentamos. Desde el estereotipo de mujer, he aprendido desde muy pequeña, desde mi familia, a defenderme sola. Y no quiere decir que colectivamente no me nos tengamos que proteger, porque no se trata tampoco que yo soy la superpoderosa y lo puedo todo, no, es un asunto colectivo, tanto de hombres como de mujeres.*

*Pero yo siento que soy una mujer que está todo el tiempo rebelándose frente a un estereotipo, es que uno tiene que ser la calladita, tiene que ser la que esté en la casa, todavía lo siento así. Entonces a veces pienso como mujer y digo: «¿Por qué no podemos vivir la vida simplemente, sino que también es un asunto de ir en contra de la sociedad?». Debería ser una cosa más simple, no tener que vivir en contra de nadie. Yo soy solamente un ser humano, independiente de que sea una mujer, independiente que sea un hombre, un niño. Tengo derecho a hacer una vida como me plazca.*

Hemos hablado de que existen diferentes estrategias para afrontar los miedos en el espacio público y, en general, podemos decir que controvertir los estereotipos de género femenino ya representa en sí una estrategia; y en el caso del espacio público, cualidades muy propias de lo femenino —según el estereotipo— entran a ser revisadas y transformadas por las mujeres cuando deciden habitarlo. Al analizar estas formas en los relatos de las participantes, se identifican cuatro grupos de acciones que dan cuenta de ello:

- Cuando las mujeres deciden salir solas o solo acompañadas por otras mujeres, es decir, sin la presencia de una figura masculina que haga las veces de protectora.
- Cuando le dan más importancia a su comodidad o a sus gustos que a lo que otros puedan decir sobre sus cuerpos por la forma en la que están vestidas.
- Cuando deciden disfrutar de la noche, y esto incluye tomar transportes públicos, caminar o visitar un lugar específico.
- Cuando confrontan a los agresores.

Ahora, en cuanto a otro tipo de estrategias de afrontamiento, además de confrontar los estereotipos de género, es posible identificar tres grupos: las preventivas, que son las estrategias para evitar el contacto con cualquier situación que les genere miedo; las evasivas,

que son a las que recurren cuando el miedo enciende la alerta y les permite evadir la situación que lo produce; y las reactivas, que son aquellas que se ponen en marcha cuando la situación generadora de miedo es inminente. En el siguiente cuadro se detallan las que más destacaron las 28 participantes.

Tabla 6.  
*Estrategias de afrontamiento según las participantes de los talleres.*

<b>Estrategias de afrontamiento</b>		
<b>Preventiva</b>	<b>Evasiva</b>	<b>Reactiva</b>
Aislarse de las congestiones	Correr	Golpear con las llaves o la sombrilla
No mirar a los ojos a nadie	Cambiar de acera	Sostener la mirada
Simular que no escucha	Disminuir la velocidad	Devolver una pregunta
No consumir licor	Tomar taxi	Insultar
No estar hasta tarde	Dejar de frecuentar lugares	Gritar
Agachar la cabeza		Cortarse el cabello (después de un episodio de violencia sexual)
Cuidar a las amigas cuando están ebrias		Gesto corporal desafiante
Usar un bolso tipo mochila que permita correr		Dar dinero para evitar una agresión
Fumar		
Usar audífonos		
Tomar taxi		
Caminar erguidas y seguras		
Estar acompañadas		
Mostrar mala cara		
Cambiar de trayecto		

### **Estrategias preventivas.**

Las acciones correspondientes a este tipo de estrategia tienen por objetivo evitar enfrentarse a la situación amenazante, pues ya hay una advertencia previa sobre los peligros que dicha situación acarrea y, por lo tanto, ya hay un miedo referenciado, imaginado o, incluso, experimentado por ellas mismas previamente. Es evidente que la estrategia de afrontamiento preventiva es la que cuenta con un número mayor de acciones, lo que podemos leer como que, en general, estas mujeres, aunque tienen un vínculo con el espacio público y

un deseo de habitarlo casi de forma permanente, también tienen una larga lista de acciones que suponen vivir el espacio público con prevención y con miedo. Aunque hay acciones que parecen contradictorias, esto tiene que ver con las ideas que unas y otras tienen sobre cómo debe ser una mujer en la calle: mientras que, para algunas, una mujer que se ve segura de sí misma corre menos riesgos, para otras, es mucho mejor mostrarse tímidas o no mostrarse, por eso prefieren agachar la cabeza o evitar que su mirada se cruce con la de otros. Una acción como tomar un taxi se encuentra en este grupo y en el de las evasivas, pues según el momento en el que estas se presenten, funciona para prevenir el tener que enfrentarse a la situación o para huir o evadir una situación de riesgo.

Algunas de las expresiones que dan cuenta de la estrategia preventiva son:

- *Yo pienso que tengo un mecanismo de defensa y es que soy muy malacarosa y eso ha funcionado, me pongo el mal rostro, lo que más pueda, para salir a la calle.*
- *Yo sola no camino en el centro.*
- *Como no soy capaz de irme sola, cojo un taxi.*
- *No soy capaz de salir sola, ni en taxi, ni en Uber, ni en nada.*
- *No tengo idea de lo que es estar en el centro borracha o prendida sencillamente porque nunca lo hago.*
- *Es muy importante desarrollar el sentido de la solidaridad con las amigas.*
- *Uno desarrolla estrategias para hacer caso omiso, para hacerse el que no escucha. En mi caso, son los audífonos, siento que dan cierta distancia con el otro, me aíslan.*
- *Para mí fumar es una forma de seguridad en la calle, para que nadie se me acerque.*
- *Trato de buscar gente que se parezca más a mí y menos a ellos.*
- *Casi nunca ando sola, de pronto, de día. Pero de noche, siempre acompañada y en taxi.*

- *Siempre me acompañaba una amiga, se quedaba conmigo un rato y si me tenía que ir, ella venía por mí.*
- *Cuando tengo que hacer vueltas de dinero, le digo a un amigo que me acompañe.*
- *Generalmente me aílo, procuro ni siquiera mirar a los ojos a quién me esté hablando.*
- *Soy una de las que optamos a aislarnos, yo estoy en la calle y soy como si estuviera caminando sola, me pueden decir X, Y, Z y yo lo evito y me hago la que no escucho, justamente para evitar ese tipo de enfrentamientos.*

### **Estrategia evasiva.**

En cuanto a la estrategia evasiva, esta se presenta cuando ya se está frente a la situación de peligro, lo que evitan estas acciones es que la situación que produce el miedo, que también se experimenta a partir de las referencias, las representaciones o lo ya vivido por ellas, tenga una consecuencia que las afecte. También aparecen acciones contradictorias, por ejemplo, para algunas, resulta más efectivo correr y así huir del posible agresor o del lugar, mientras que para otras es preferible disminuir la velocidad y así disimular o confundir al agresor, haciéndole sentir que están tranquilas y no sienten miedo, en algunos casos, caminar más despacio y parar en algún lugar aparentemente conocido, permite que el agresor siga su paso. Algunas expresiones que dan cuenta de esta estrategia son:

- *Nos tocó salir corriendo, y eso es lo que he hecho en varias ocasiones: salir corriendo.*
- *Corrí con la sensación de que el chico venía detrás de mí, pero él también se asustó y estaba corriendo en la dirección contraria.*
- *Cuando veo tipos raros, me cambio de acera.*

- *Cuando veo a alguien sospechoso me cambio de acera, cambio de ruta o salgo corriendo, pero sé que esa no debería ser la reacción, que debería enfrentarlos de alguna manera, pero no he encontrado la forma de hacerlo.*
- *Pienso que si me van a atracar, me tiro a la calle para evitarlo.*
- *Por lo general, siento miedo y termino cogiendo un taxi.*
- *Después de eso, dejé de venir al centro como tres meses.*

### **Estrategia reactiva.**

En esta estrategia se contemplan una serie de acciones que son reacciones a las situaciones de peligro. Contrario a la estrategia evasiva, al identificar el peligro, las mujeres confrontan al agente agresor, en muchos casos reconocen que no es premeditado y que es más bien producto del miedo que están sintiendo, que se instala de manera irracional y que, en ocasiones, las lleva a pensar posteriormente que quizás se pusieron en un riesgo mayor. Son reacciones verbales y físicas de confrontación con el otro, que pasan por la palabra y van, incluso, hasta los golpes. Cabe anotar que las mujeres que acuden a esta estrategia suelen ser las más jóvenes del grupo. Así narran sus reacciones:

- *Al principio guardaba silencio, pero ahora siempre digo algo, como: «¿Qué me dijiste?». Siento que hay que enfrentarlo y decir siempre algo, es algo que aprendí y es algo que hago, con mucho susto, pero lo hago.*
- *Cuando me enfrento al acoso callejero también pregunto siempre: «¿Perdón, qué me dijiste?». Pero muy querida, no malacarosa, sino como haciéndole creer que pensé que me estaba preguntando algo, para ver la vergüenza con la que reaccionan y generalmente se intimidan también, entonces me gusta devolverles un poco eso.*

- *En estos días iba caminando y sentí que el man que venía detrás de mí me quería atracar, entonces volteé y me quedé mirando también un poco como queriéndole decir: «Qué hubo». Ya no es una opción el miedo, caminar con miedo, dejarse intimidar tan fácil, cada vez es menos frecuente en mí*
- *Yo sí me envalentono. Lo único es que a veces miro bien la situación para no generar que le hagan algo a la persona que están atracando.*
- *Cuando me he sentido segura, por ejemplo, en un centro comercial o un lugar donde uno sienta que no está solo, sí les he respondido y en las dos ocasiones que lo he hecho, no han sido más, el personaje se ha sentido súper incómodo.*
- *Iba caminando y se me vinieron dos tipos, muy jóvenes, a los dos lados y me cogen las manos: «A ver malparida que te vamos a robar»; y yo me suelto y les digo así: «A ver, ¿qué me vas a hacer, hijueputa?»; otra vez me cogieron, y otra vez yo: «¿Qué me vas a hacer?, decime de una vez qué me vas a hacer». ¡Les estaba pidiendo hasta explicaciones! Y los manes claro, como que dijeron: «Esta es cosita seria», entonces conversaron entre ellos, se pasaron la calle y desde el otro lado me gritaron: «Malparida, te tengo fichada». Nunca me hubiera esperado reaccionar así.*
- *A veces lo que hago también es que miro a los ojos y le digo: «Yo también estoy acá, véngase». Es algo que he asumido para tener más seguridad, enfrentar el miedo. Mirarlos. Si se va a venir, véngase. Claro que primero me fijo si hay gente, por si sí me pasa algo.*
- *Reacciono dependiendo de donde esté, pero generalmente, por ejemplo cuando un habitante de calle me pide plata, les digo: «No», y me quedo ahí.*
- *Hago un gesto corporal desafiante, pero no soy capaz de insultar.*
- *Me han pasado cosas en que he reaccionado fuerte y lo que he sacado es un puño.*

Estas estrategias no siempre resultan efectivas, por lo tanto, se mantiene la tensión entre el deseo de habitar el espacio público y la necesidad de autocuidado y prevención. Y en

ocasiones lo segundo contradice lo primero, pues como hemos visto, hay circunstancias en las que el solo hecho de estar en la calle, es un riesgo. Y si se combina con el hecho de ser mujer, el riesgo es doble.

### ***La búsqueda del anonimato***

*Esta sociedad no respeta la soledad de las mujeres. Piensan que una está deprimida o que está esperando que alguien le ponga atención y no se puede conservar el anonimato. Yo hago muchas cosas sola, y me gustaría también estar en un bar sola, pero no lo hago porque no me siento anónima. Siento que otros se dan cuenta de que hay una persona sola. Eso es como muy antioqueño o muy colombiano, como que el otro que está solo se nota. Es muy difícil evadirse. A lo sumo he llegado a una cerveza. Yo creo que cuando es un hombre no se asume que está esperando a alguien, sino que él está buscando, entonces esa actitud activa lo protege de la atención, mientras nosotras atraemos las atenciones que no siempre estamos buscando.*

Para algunas mujeres no es suficiente, particularmente cuatro mujeres del grupo de 28 reconoce un miedo casi enfermizo en el centro de Medellín, una suerte de paranoia que las hace sentirse en permanente riesgo de ser violadas o atracadas. Esas mujeres han sufrido experiencias traumáticas diversas y no sienten que ninguna de las acciones puede contrarrestar el miedo, excepto las preventivas, que en el caso de ellas se resumen en no salir al centro, a menos que sea estrictamente necesario, por razones laborales, por ejemplo. El siguiente relato resume un sentir de impotencia, ira y miedo.

### ***El miedo que nos lleva a extremos***

*Siempre he querido andar armada, porque reconozco que al primer miedo me inmovilizo, entonces he pensado mucho en tener una navaja, o mínimo ese spray, en realidad no lo tengo*

*porque mi hermano, que es muy protector, me dice: «Vos como sos, que te lo quiten y te den con eso», entonces es lo que me limita un poco, la inseguridad que te da estar armada, pero lo he pensado muchísimas veces, estar armada. Incluso he llegado al punto, en situaciones extremas de decir: «¿Cómo consigo un arma de fuego?», he llegado a ese extremo.*

Enfrentar el miedo es una manera de combatirlo, quizás, incluso, de eliminarlo. Recordemos a Heller cuando nos dice que el hábito contribuye a disminuir el sentimiento, en este caso, el miedo. Para muchas mujeres, la costumbre que han adquirido de ir a ciertos lugares o en ciertas horas, ha sido el antídoto contra algunos miedos; sin embargo, debido precisamente a la costumbres, les cuesta moverse de ellos y asumen que otro espacio, así esté ubicado una cuadra más abajo, puede ser más peligroso. Para algunas, entonces, hay que seguirlos afrontando; para otras, las cosas están bien así, tal como están, aprendieron a vivir con sus miedos y no sienten que hay condiciones para transformarlos. Dos testimonios dan cuenta de estas actitudes, pero al tiempo, dan cuenta de una contradicción que se hace presente en todas las mujeres que fueron parte de este proceso:

*Se puede decir que en la ciudad siempre tengo miedo, pero es algo que se ha normalizado, pero ya no es algo tan vívido. Está presente pero ya se normalizó en general en mi relación con la ciudad, por eso digo que no siento miedo cuando camino por la ciudad, pero ahí está.*

*He peleado mucho con eso de hacerme la valiente, porque no me gusta que me obliguen a pelear. No me gusta. Me aterra que la sociedad me esté pidiendo que esté en una posición en la que no me interesa estar. ¿Por qué me estás diciendo que tengo que hacer algo que a mí no me da la puta gana de hacer? ¿Entonces me tengo que enojar con todo el mundo y vivir brava todo el tiempo y si no entonces me van a atracar y me van a violar? Pero de todas*

*maneras sí creo que yo, a pesar de todo, sí me enfrento a las situaciones, me enfrento a todos esos miedos.*

## Conclusiones

Sobre las mujeres recae un peso histórico, uno que las hace responsables de su cuerpo y de lo que con ese cuerpo sucede. En muchos casos, las violencias de género, que se ejercen específicamente sobre ellas por el hecho de ser mujeres, desconocen su origen en una cultura patriarcal y machista y se suelen explicar en su actitud y comportamiento; por ello, esta investigación parte de la inquietud por los miedos de las mujeres cuando reconocen o están inmersas en estas realidades, especialmente, en lo que tiene que ver con el uso y el disfrute del espacio público, pues cuando en la construcción social del género, femenino en este caso, se hacen notorias las desigualdades, y estas se empiezan a evidenciar desde la crianza misma, las formas de relacionarse con ese espacio también están condicionadas. Y, en efecto, para las mujeres participantes de la investigación, los modelos de crianza están estrechamente relacionados con las formas en las que hoy asumen dichas relaciones.

La literatura sobre el miedo nos permite acercarnos a este como un sentimiento cuya elaboración también parte de construcciones sociales; en las ciudades, los que muchos han llamado miedos urbanos, pueden sentirse a partir de las experiencias propias, las referencias que otros entregan o los imaginarios asociados a lugares o personas específicas; de esta forma, las ciudades y, para el caso de esta investigación, el centro de una ciudad, está cargado de una atmósfera en la que, para la mayoría de las mujeres participantes, gobierna el miedo como sentimiento común pues a partir de su condición femenina, estos miedos son particularmente aprendidos y además porque el miedo actúa como un mecanismo de control, tanto para sí mismas —siento miedo y reacciono para protegerme—, como frente a los otros —imparto miedo para que los otros actúen de acuerdo con mis intereses—.

Ahora bien, en el espacio público, siendo este un escenario de relaciones e interacciones, es inevitable la presencia del miedo en cualquiera de las dos vías mencionadas. Por un lado, se reconoce que en algunas zonas existen mecanismos de control y hay agentes encargados de impartir dicho miedo y, por otro, existen una serie de ideas e imaginarios asociados a ciertos lugares del espacio público —principalmente plazas y parques, algunas calles y puentes— y características como la oscuridad, la suciedad, la congestión excesiva o la soledad que hacen que estos espacios sean temidos. Esto también opera con cierto tipo de personas, de manera particular, con los habitantes de calle y con las personas, especialmente hombres, que evidencian un estado alterado de conciencia generado por el consumo de alcohol o drogas.

En lo que al género se refiere, el espacio público es un escenario en el que se reflejan algunas de las desigualdades existentes entre hombres y mujeres; el poder sobre los cuerpos femeninos se hace evidente en acciones como el acoso callejero, una forma de violencia sexual que en ocasiones culmina en agresiones directas y altamente traumáticas como la violación. Esta realidad implica que las mujeres habiten el espacio público con desconfianza y temor y que, cuando deciden hacerlo, recaiga sobre ellas una mirada acusadora que, finalmente, justifica las agresiones como si fueran consecuencia de su propio comportamiento. Que las mujeres no salen solas a la calle, no deben tomar taxis solas, no deben pasar de ciertas horas o no deben vestirse de una u otra forma son mandatos sociales que condicionan la vivencia del espacio público y desembocan en un temor profundo.

Específicamente en el centro de Medellín, las experiencias, las referencias y los imaginarios, lo convierten en un lugar cuyo espacio público, a pesar de los esfuerzos gubernamentales y de la sociedad civil, representa una alta peligrosidad. El centro

corresponde a la comuna 10 de la ciudad, que tiene los más altos índices de homicidios y de diversos tipos de hurtos, donde la mayoría de las víctimas, según registran los medios, son mujeres. Ante las evidencias, resulta imposible pensar el habitar este espacio sin miedo a sufrir cualquier tipo de ataque. Hay, como decíamos, esfuerzos gubernamentales para disminuir la inseguridad, casi todos, de tipo policivo, lo que, contrario al efecto esperado, en muchos casos representa mayor percepción de inseguridad, pues a mayor vigilancia, mayor es la sensación de que el lugar no está bien, de que hay amenazas constantes. En cuanto a las mujeres, puntualmente, también se identifica esta como una de las zonas más peligrosas para ellas, y aunque aún no hay estudios específicos, la administración municipal planea intervenirla según los lineamientos de ONU Mujeres y su programa de Ciudades Seguras para las Mujeres. Sin embargo, como una evidencia de la falta de planeación integral que suele caracterizar a las administraciones, desde ya se adelantan intervenciones al espacio público que bien podrían contar con la mirada de las mujeres que habitan esta comuna para propiciarles espacios más seguros y cumplir así también con el programa de Territorios Seguros para las Mujeres —nombre que tomó el proyecto en Medellín— de la mano de Plan de Intervención Integral del Centro, logrando intervenciones con enfoque de género.

Hablar de los enfoques de género —y de género de forma amplia— nos supone, en primer lugar, una reflexión que parte de construcciones sociales y formas culturales, y aunque en muchas ciudades latinoamericanas el miedo de las mujeres a habitar el espacio público está relacionado con lo que se espera de ellas por pertenecer al género femenino, en Medellín y Antioquia la historia de una sociedad patriarcal y machista, en la que se ha concebido a la mujer como un sujeto responsable de la casa y de otros espacios privados, cristaliza mucho más esos miedos, pues se mantiene una idea de que la calle no es su lugar. En las discusiones

surgían asuntos como lo aprendido en sus familias con relación a lo que debe ser una buena mujer, que sigue coincidiendo con relatos de finales de siglo XIX, inicios o mediados del XX, en los que las mujeres eran castigadas por no obedecer a un patrón específico.

Con todos estos elementos, fue posible identificar entonces cómo son las relaciones que teje un grupo de mujeres entre los 25 y los 40 años con el espacio público del centro de Medellín, mediadas por miedos experimentados, referenciados e imaginados, y constatar que siempre hay uno de estos miedos haciendo presencia a la hora de estar o habitar el centro de Medellín; por lo tanto, las mujeres desarrollan estrategias para confrontar dichos miedos que pueden ser preventivas, evasivas o reactivas, dependiendo del momento en el que lo implementen. Dichas estrategias, de las que despliegan acciones a veces muy cotidianas, no son identificadas como tales; para muchas, el hecho de sentir miedo es tan natural como el tener que estar atentas a cualquier señal de peligrosidad. Sin embargo, valientemente, algunas de ellas dicen que **el miedo ya no es una opción**.

Sobresalen como espacios públicos de miedo los parques y las plazas, un asunto paradójico si se tiene en cuenta que estos son espacios abiertos y que deberían ser diseñados para el encuentro y el reconocimiento de un sujeto como parte de una comunidad. En el centro de Medellín se identificaron cuatro zonas que contemplan parques en ellas: parque San Antonio, parque Berrío, parque Bolívar y parque del Periodista. Además, el barrio Prado Centro y la estación Prado del metro, que se caracteriza por ser un barrio oscuro, deshabitado y peligroso. En todas estas zonas persisten los miedos, bien sean experimentados, referenciados o imaginados. Para algunas, el centro ha sido casi un enemigo: en él les han robado sistemáticamente, las han violado o las han acosado, suelen ser zonas con alta presencia de habitantes de calle, que resultaron ser los sujetos que mayor temor generan y

en algunos de ellos, o en sus alrededores, se identifican plazas de venta de droga y de alto consumo, lo que también incrementa la percepción de inseguridad y, por lo tanto, el miedo.

Ahora, ¿a quién se le teme? Se destacan en los testimonios de las mujeres participantes los habitantes de calle como esos sujetos que generan mayores temores. Las razones son diversas, pero la más fuerte es que se asocian con el consumo de drogas, y sobre quienes consumen se puede decir que sus reacciones son inesperadas, que hay un alto grado de incertidumbre frente a la forma en la que van a reaccionar; por eso, incluso cuando los hombres no denotan ser habitantes de calle, si manifiestan estar en estas condiciones, también se genera temor, y esto es algo que puede notarse en formas de caminar, de hablar o en miradas particulares. Volviendo a los habitantes de calle, las mujeres también relatan que su aspecto es agresivo y que sus formas de acercarse, por ejemplo a pedir dinero, también suelen ser agresivas o intimidantes, lo que se suma a la suciedad y los malos olores, convirtiendo a estos personajes en verdaderos «rostros del miedo» para las mujeres.

Sin embargo, y aunque también se han presentado agresiones por parte de mujeres, en general se le teme a los hombres con ciertas características, partiendo de referencias o imaginarios: los hombres que usan ciertas prendas de vestir —gorras, chompas o chaquetas anchas—, que caminan de ciertas formas o que vienen acompañados de uno o más hombres, también son vistos como posibles agresores; por esta razón, ante la presencia de este tipo de sujetos, las mujeres prefieren acudir a una estrategia evasiva, como cambiarse de acera, o evitar cualquier contacto visual, físico o verbal.

¿Pero a qué se le teme? ¿Cuáles son los principales miedos de las mujeres de estas edades que habitan el centro de Medellín? Podríamos resumirlo en **miedo a que se afecte su**

**integridad física**, principalmente. Por supuesto que ninguna de ellas quiere ser atracada, pero esperan que cuando este tipo de acciones violentas se dan, no salgan dañadas, aporreadas o heridas. Cuando se analizan y clasifican los principales miedos de las mujeres, aparecen dos categorías: las violencias urbanas y las violencias de género; y es con estas últimas que se evidencia con mayor contundencia que una mujer, en la ciudad y en el espacio público, tiene miedos distintitos a los que tiene un hombre; en cuanto a las violencias urbanas, si bien las acciones a las que se temen podrían ser similares contra hombres y contra mujeres, estos miedos —afirman ellas— pueden llegar a experimentarse y a tramitarse de formas distintas también, pues estas mujeres se reconocen en condiciones de mayor vulnerabilidad, por asuntos que parecen tan simples como usar tacones —lo que les impide correr—, o por la forma en la que sienten que estar solas las hace blanco fácil de hombres que con mayor fuerza física pueden atacarlas.

Volviendo a las violencias de género, donde, ya dijimos, se marca la mayor particularidad de los miedos de las mujeres, se identifican como acciones de las cuales son o han sido víctimas, la violación y el acoso sexual callejero, tanto verbal como físico, y en diferentes niveles; este miedo tiene su explicación en dos situaciones: la primera, la constatación de que persiste una cultura machista que las intimida y disminuye, y la segunda, que tras las miradas intimidantes, roces o tocamientos, o expresiones verbales vulgares y ofensivas, siga algo más fuerte, como tocamientos muchos más violentos en los senos u órganos sexuales, por ejemplo, un acto de exhibicionismo o una violación.

Ahora, el miedo se combina con el deseo de habitar el espacio público, de ejercer allí los derechos de una ciudadanía democrática que tiene, justamente en el espacio público, su gran escenario de expresión. Las mujeres que tienen entre 25 y 40 años y que se relacionan

con el centro de Medellín no quieren renunciar, de cuenta del miedo, a ese espacio ganado; por eso, en sus construcciones, aparecen las estrategias de afrontamiento, unas que si bien evidencian que el miedo está presente, les posibilitan hacerle frente y seguir ganando terreno en ese derecho a la ciudad.

Debe reconocerse que este grupo de mujeres es reducido y representa a una población más bien homogénea, así que quedan preguntas por otros grupos poblacionales: por ejemplo, cómo habita el centro una mujer de la tercera edad, cómo se construyen las relaciones con el espacio público desde la niñez, qué relación tienen hoy las mujeres que se dedican al trabajo sexual o cómo son los miedos cuando se aplican criterios de interseccionalidad. Seguramente en ellas las respuestas y los miedos serán diferentes. Por otro lado, si a las mujeres se les asigna, desde su rol de género, una condición de vulnerabilidad o de fragilidad, y a los hombres una de valentía y arrojo, valdría la pena explorar cómo, desde la construcción social del género masculino se construyen los miedos asociados al espacio público; especialmente, resultaría interesante establecer un contraste entre las masculinidades hegemónicas y las que hoy reconocemos como nuevas masculinidades; todo ello con miras a identificar formas, usos, restricciones culturales y posibilidades para un espacio público más democrático, en el que el género no marque la diferencia.

## Lista de referencias

- Alcaldía de Medellín. (2014). *El joyero de Sofía. Una propuesta pedagógica para la transversalización del enfoque de género*. Medellín, Colombia: Universidad de Medellín.
- Alcaldía de Medellín. (2016). *Plan de Desarrollo Medellín Cuenta con Vos*. Recuperado de [https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/pccdesign/SubportaldelCiudadano\\_2/PlandeDesarrollo\\_0\\_17/Publicaciones/Shared%20Content/Documentos/2016/GACETA%204383.pdf](https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/pccdesign/SubportaldelCiudadano_2/PlandeDesarrollo_0_17/Publicaciones/Shared%20Content/Documentos/2016/GACETA%204383.pdf).
- Alcaldía de Medellín. (2017). Caracterización comuna 3. Proyecto Ciudades Seguras para las Mujeres. [Inédito]
- Alcaldía de Medellín. (2017). *El centro, el barrio de todos. Plan Urbano y Ambiental para el Centro de Medellín*. Recuperado de: <https://www.medellin.gov.co/irj/portal/medellin?NavigationTarget=navurl://dfc92155a6ed1c158e7be979bb39ca86>.
- Alonso, L. (1995). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en prácticas de la sociología cualitativa. En J. Delgado & J. Gutiérrez (Coord.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 225-240). Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Aramburu, M. (2008). Usos y significados del espacio público. *Arquitectura, ciudad y entorno*, 3(08), 142-150.
- Barbero, J. (2003). Los laberintos urbanos del miedo. *Universitas Humanistica*, (56), 69-79.
- Bauman, Z. (2006). *Miedo líquido*. Barcelona, España: Paidós.
- Beauvoir de, S. (1949). *El segundo sexo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Benito, P.; Cuervo, R. y Plá, R. (2007). *La zona*. México: Sacher Film.
- Betancur Gómez, J. (2013). *Déjame gritar*. Medellín, Colombia: Planeta.
- Borja, J. (2001). Centros y espacios públicos como oportunidades. *Perfiles Latinoamericanos*. (19), 115-130.

- Borja, J. (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Branciforte, L. (2008). *El «singular» recorrido de las mujeres en los espacios públicos contemporáneos*. En: Género y espacio público. Nueve ensayos. Madrid, España: Grupo Kóre de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid.
- Buckingham, S. (2011). Análisis del derecho a la ciudad desde una perspectiva de género. *Revista de Derechos Humanos – Dfensor*, (6-12). Recuperado de <http://www.corteidh.or.cr/tablas/r26773.pdf>.
- Canales, M. y Peinado, A. (1995). Grupos de discusión. En J. Delgado y J. Gutiérrez (Coord.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 288-316). Madrid, España. Editorial Síntesis.
- Cano Medina, F. (2006). *Los lugares de encuentro*. En: Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanía. Bogotá, Colombia: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Carballeda, A. (2007). *Cartografías e intervención en lo social*. En: Cartografía social. Investigación e intervención desde las ciencias sociales, métodos y experiencias de aplicación.
- Carrión, F. (2007). Espacio público: punto de partida para la alteridad. En Segovia, O. (Ed.), *Espacios públicos y construcción social* (pp. 79-100). Santiago, Chile: Ediciones Sur.
- Carta por el derecho de las mujeres a la ciudad. (s. f.). Recuperado de [http://www.ugr.es/~revpaz/documentacion/rpc\\_n5\\_2012\\_doc2.pdf](http://www.ugr.es/~revpaz/documentacion/rpc_n5_2012_doc2.pdf).
- Cobo Bedia, R. (2014). *Aproximaciones a la teoría crítica feminista*. Lima, Perú: Comité de América Latina para la Defensa de los Derechos de la Mujer – CLADEM.
- Corporación Región. (2002). *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín, Colombia: Corporación Región.
- DANE. Departamento Administrativo Nacional de Estadística (2015). Perfil sociodemográfico 2005-2015. Medellín.
- Damasio, A. (2010). *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona, España: Ediciones Destino.
- Delemeau, J. (1978). *El miedo en Occidente*. Madrid, España: Taurus.
- Delgado, M. (1999). *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.

- Delgado, M. (2011). *El espacio público como ideología*. Madrid, España: Catarata.
- Duby, G. (1995). *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello.
- Faur, E. y Grimson, A. (2016). *Mitomanías de los sexos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.
- Fuentes Gómez, J. y Rosado Lugo, M. (2008). La construcción social del miedo y la conformación de imaginarios urbanos maléficis. *Iztapalapa*, (64-65), 93-115.
- Gadamer, H. (2003). *Verdad y método I*. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- García Márquez, G. (2004). La idea que da vueltas. Recuperado de <http://www.secretosparacontar.org/Lectores/Contenidosytemas/Laideaquedavultas.aspx?CurrentCatId=293>.
- Guardia Calvo, I. (2007). Tantas caperucitas como lobos. *Extravío, Revista Electrónica de Literatura Comparada*. (20-35). Recuperado de [http://www.uv.es/extravio/pdf2/i\\_guardia.pdf](http://www.uv.es/extravio/pdf2/i_guardia.pdf).
- Harvey, D. (2012). *Ciudades rebeldes*. Madrid, España: Akal Pensamiento Crítico.
- Heller, A. (1999). *Teoría de los sentimientos*. México: Ediciones Coyoacán.
- Hernández García, Y. (2006). Acerca del género como categoría analítica. *Nómadas Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Recuperado de <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/13/yhgarcia.pdf>.
- Hoyos, J. (2017). El centro de Medellín: ¿punto de encuentro o tierra de nadie? Recuperado de <http://portal.udea.edu.co>.
- Illouz, E. (2007). *Intimidaciones congeladas*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Jaramillo Arbeláez, A.; Sánchez Medina, L. y Villa Martínez, M. (2003). *Rostros del miedo. Una investigación sobre los miedos sociales urbanos*. Medellín, Colombia: Corporación Región.
- Klein, V. (1990). *El carácter femenino: historia de una ideología*. Barcelona, España: Paidós.
- Lagarde y de los Ríos, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres*. México D. F., México: Siglo Veintiuno.

- Laub, C. (2007). La ciudad, los miedos y la reinstauración de los espacios públicos. En Segovia, O. (Ed.), *Espacios públicos y construcción social* (49-56). Santiago, Chile: Ediciones Sur.
- Lindón, A. (2008). Violencia/miedo, espacialidades y ciudad. *Laberintos del Tiempo*, 1(04), 8-14.
- Lopera Echavarría, J.; Ramírez Gómez, C.; Zuluaga Aristizábal, M. y Ortiz Vanegas, J. (2010). La interpretación. En *El método analítico* (pp. 192-212). Medellín, Colombia: Centro de Investigaciones Sociales y Humanas Universidad de Antioquia.
- López, A. (2016). *Mujer y tiempo*. Medellín, Colombia: Confiar en la Cultura.
- Marina, J. (2006). *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*. Barcelona, España: Anagrama.
- Martínez-Guzmán, A. y Montenegro, M. (2014) La producción de narrativas como herramienta de investigación y acción sobre el dispositivo de sexo/género: Construyendo nuevos relatos. *Quaderns de Psicologia*, 16(1), 111-124.
- Maupuassant, G. (2003). *¿Fue un sueño?* Recuperado de <http://www.biblioteca.org.ar/libros/1687.pdf> .
- Medellín cómo vamos. (2014). *Encuesta de percepción ciudadana Medellín cómo vamos*. Recuperado de <https://www.medellincomovamos.org>.
- Medellín Cómo Vamos. (2017). *Encuesta de percepción ciudadana Medellín cómo vamos*. Recuperado de <https://www.medellincomovamos.org>.
- Mongardini, C. (2007). *Miedo y sociedad*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Niño, S. (1998). *Territorios del miedo en Santafé de Bogotá*. Bogotá, Colombia: Observatorio de Cultura Ciudadana.
- Ordóñez, M. (1996). Niña mala. En Rivera Izcoa, C. (Ed.), *17 narradoras latinoamericanas*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *Esquema de Salomé*. En: *El Espectador*. Madrid, España: Salvat.
- Ortega, A. y Rosano, S. (2005). Mapa e itinerarios en los imaginarios femeninos latinoamericanos. *Revista Iberoamericana*, 210 (71), 115-119.

- Ortiz, L. (2012). El testimonio como instrumento de la construcción de la memoria en Colombia. En Estripeaut-Bourjac, M. (Ed.), *Palabras de mujeres: proyectos de vida y memoria colectiva* (pp. 43-75). Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Páramo, P. y Burbano Arroyo, A. (2011). Género y espacialidad: análisis de factores que condicionan la equidad en el espacio público urbano. *Universitas Psychologica*, 10(1), 61-76.
- Perrot, M. (2008). *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Pinkola Estés, C. (2005). *Mujeres que corren con los lobos*. Barcelona, España: Zeta.
- Pires, T. (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona, España: Editorial Gedisa S. A.
- Poe, E. [1843]. *El corazón delator*. Recuperado de <http://ciudadseva.com>.
- Reguillo, R. (2001). La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas. En S. Rotker (Ed.), *Ciudadanías del miedo* (pp. 185-201). Caracas, Venezuela: Nueva Sociedad.
- Restrepo, L. (1993). Oh, Medellín, placer y padecer. *Cartilla La Hoja de Medellín*, 2, 7-9.
- Riaño Alcalá P. (2002). Las rutas narrativas de los miedos: Sujetos, cuerpos y memorias. En: *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín, Colombia: Corporación Región.
- Sánchez, C. (1993). *El contrasueño*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Satizábal, C. (1996). *Utopía del habitar urbano: diez estrategias para el control social de la gestión pública*. Bogotá, Colombia: Veeduría Distrital.
- Suárez, J. (2006). *La mujer construida: comunicación e identidad femenina*. Sevilla, España: Editorial MAD.
- Tolstoi, L. (2010). *Guerra y Paz*. Barcelona, España: Austral, Planeta.
- Toro Jiménez, J. y Ochoa Sierra, M. (2016). Violencia de género y ciudad: cartografías feministas del temor y del miedo. *Sociedad y Economía*, (32), 65-48.
- Valles Martínez, M. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. Barcelona, España: Editorial Síntesis.

Vargas, V. (2009). La violencia de género: pistas para un análisis. En: Ana Falú (Ed.). *Mujeres en la ciudad: de violencias y derechos*. Santiago, Chile: Ediciones SUR.

Villegas Botero, F. (2003). *El alma recóndita del pueblo antioqueño, un triple mestizaje: genético, cultural y religioso*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Biogénesis.

Yoon, J. (2005). *The Pink and Blue Project*. Recuperado de [http://www.jeongmeeyoon.com/aw\\_pinkblue.htm](http://www.jeongmeeyoon.com/aw_pinkblue.htm).

## Anexos

### Anexo 1. Matriz de categorías

Tabla 7.  
Matriz de categorías aplicadas a los relatos escritos y orales

Amenazas			Estrategias de afrontamiento	Representaciones del centro		
Posesión	Integridad física	Bienestar subjetivo		De sujetos	De situación	De lugar
Atraco	Asesinato	Acoso verbal	Evasivas  Verbales  Físicas  Con terceros	Habitante de calle	Oscuridad	Transporte público
Robo no violento	Violación	Acoso físico		Hombre borracho o drogado	Soledad	Puentes
	Lesiones			Hombre	Suciedad	Calles
				Grupo de hombres		Parques o plazas

### Anexo 2. Matriz de descriptores

Tabla 8.  
Matriz de descriptores

Tipo de descriptor	Categorías predominantes
Descriptores positivos	Movilidad y transporte
	Encuentro y vida nocturna
	Actividades económicas
	Oferta cultural y artística
	Sentimientos y cualidades
	Movimiento
	Historia y patrimonio
	Diversidad
Descriptores aversivos	Contaminación
	Riesgos o amenazas
	Sentimientos aversivos
	Congestión
	Personajes y estereotipos

### Anexo 3. Cartografías colectivas



Figura 34. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 1.



Figura 35. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 2.



Figura 36. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 3.



Figura 37. Cartografía colectiva realizada en el grupo de discusión 4.